AY DIOS, ES UN NERD



MIRANDA COLTON

AY DIOS, ES UN NERD

Miranda Colton

Derechos de autor © 2026 Miranda Colton

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.

Esta obra ha sido escrita y redactada íntegramente por un ser humano, sin el uso de textos generados por inteligencia artificial.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso de la autora.

1.

—Por favor, Tim, ¿puedes pasar la diapositiva?
Tim abrió mucho los ojos y me hizo un gesto de pánico con las manos. Entendí. La diapositiva no estaba. Alguien debió haberla borrado por error. Miré a los clientes en la sala de reuniones. Era un cliente importante. Necesitaban datos objetivos para tomar una decisión millonaria. Respiré hondo. Me lo voy a inventar todo.

◆ ◆ ◆

Mi nombre es Brenda Higgins. Vivo y trabajo en Manhattan. Soy una profesional de las ventas en una prestigiosa empresa. Despacho con ventanas y vistas a la gran manzana, lo tengo. Carrera con futuro. Lo tengo. Treinta años y un gato. ¡Los tengo también! Soy, en definitiva, una business woman que sabe lo que quiere.
—Brenda, tu problema es que nunca te escuchas —me dijo Liss, en la máquina de café, durante el descanso del meeting—. Dices que lo tienes todo y luego no paras de quejarte de que estás sola y de que no conoces a nadie.
Liss es como aquella voz de mi conciencia a la que debería escuchar de vez en cuando. Una amiga en esta jungla de corporación. Tomé un sorbo de mi café.
—¿Por qué no te descargas una aplicación de citas? —continuó—. Yo conocí a mi novio en ella.
—¿Qué probabilidad hay de que encuentre al hombre de mi vida en una de esas? Además, he visto documentales. Existen timos…
Liss suspiró mientras agitaba su cabeza redonda.
—Lo mejor que puedes hacer es probar. Wink se merece un padre.
Las dos nos reímos. Wink es mi gato. Pero sí, se merece alguien.
Tengo que reconocer que el meeting fue un éxito. Al menos la parte que me tocaba. Después, Tim no paró de hablar de logros pasados y

uno de los clientes incluso se durmió. Me alegré mucho cuando finalmente el día acabó.
Al llegar a casa estaba completamente agotada. Wink salió a saludar un momento y se subió al sofá, donde estaba más calentito. Lo acompañé y relajé la vista mirando hacia el paisaje de Central Park. Mi apartamento no era muy grande, pero se salva por las vistas. Mi teléfono vibró un momento. Era Liss otra vez.
HAZLO, había escrito con letras mayúsculas.
Me pregunté si Liss se llevaba alguna comisión con las apps de citas.
—Wink, ¿qué hago?
El gato movió la cola por toda respuesta.
—¿Sabes qué, Wink? Voy a probarlo.
Esto es una experiencia de la que salgo más fuerte. Como un *training*. Quién sabe. A lo mejor es como cuando cierro un trato con un cliente… Se trata de negociar y de vender lo que uno quiere. Una inversión de futuro.

Descargué la *app*. Hice un perfil.

Brenda, 30. Businesswoman. Me gustan los gatos, Friends, y comer helados.

Puse tres fotos de las últimas vacaciones de verano. La verdad es que hacía ya siete meses desde entonces, pero las fotos eran aún una buena representación de mí misma.

Y después comencé a hacer *swipe*. ¡Qué aburrimiento! ¡No me gusta ninguno!

—Wink, ¿cuál te gusta a ti?

—Miaaaau —dijo el gato con la panza vacía.

—Le voy a decir que sí a uno cualquiera, y después hago una cena. Para ti también.

La comida congelada volvió a salvarme. Saqué todo del microondas y me lo llevé al sofá. Wink se quedó apurando su lata de comida.

Abrí el móvil y tenía un mensaje.

Hey guapa, ¿cómo estás? Veo que estás cerca. ¿Vienes a tomar unas copas cerca del parque?

¿Por qué no un helado?, le respondí. En algún momento le había hecho *swipe* al perfil de este tío. Brad, 31. *Finance Bro*. Atleta. Fotos esquiando, con perros y en el gimnasio. Básicamente perfecto.

¿Es así como se decide todo? ¿Y si fuera un error por mi parte no lanzarme a una aventura? Este tío podría ser lo que estaba esperando. Examiné su cara como un cirujano facial. Había algo en su nariz que no terminaba de encajar. Leí una vez que hay un tipo de nariz que indica cierto tipo de personalidad. Su sonrisa levanta una pequeña arruga en esta foto. ¿Está cansado? Yo soy una persona muy energética. Quizá no somos compatibles al fin y al cabo. Además, perros y gatos no se llevan bien. Brad y Brenda no suenan muy bien juntos, ¿o sí?

LO HAS HECHO?, otro mensaje de Liss.

Dicen que si los acostumbras desde pequeños, los perros y los gatos se toleran. A lo mejor tiene que ver con la tolerancia, al fin y al cabo.

¡De acuerdo! ¿Nos vemos a las 21:00 en el bar Destiny?, le respondí a Brad.

¿En qué estoy pensando? Ni siquiera tengo energía para vestirme y arreglarme para una cita. ¿No es un poco sospechoso que me diga que está cerca? Aunque si tengo que tomar el metro, todo se vuelve más difícil.

Una falda negra, medias, blusa roja… Estoy lista.

Bajé en el ascensor del edificio y me dirigí hacia el bar. Era un sitio al que siempre había querido ir, pero tenía ese aire de cita que hacía que me diera un poco de vergüenza ir sola. La mayoría de los cafés en Manhattan tienen gente trabajando con *laptops* o haciendo cosas introvertidas. Este es claramente para compartir un momento íntimo: con cortinas rojas, mesas de madera, luces cálidas. Quizás me había anticipado demasiado.

Cada vez estaba más nerviosa. ¡No estoy segura de si es lo suficientemente guapo para ser el hombre de mi vida! Llegué al bar. Las luces de neón iluminaban débilmente las mesas. Me senté. Brad no llegaba. Pasaron cinco minutos.

No pude aguantarlo más. Volví a casa con las lágrimas a punto de salirse. ¡No me imaginaba lo que era la sensación de rechazo hasta que no la sentí yo misma! ¡Me ha dejado plantada!

Llegué al portal de mi edificio y busqué la llave en mi bolso… Pero no estaba ahí. Me empecé a poner nerviosa. ¿Ahora me había dejado las llaves del portal en casa? Comenzaba a llover.

De repente sonó una voz detrás de mí.

—Disculpa, ¿me dejas pasar? —Un chico estaba detrás de mí. Llevaba una caja abierta, llena de libros.

2.

—¡Qué suerte! Me he dejado las llaves en casa —le dije. Me estaba empapando y hacía frío.

Él no respondió. Nunca había visto a este tío tan raro.

Pasamos dentro y llegamos al ascensor, que era lo bastante grande para subir juntos. Él pulsó el botón del tres. Yo vivo en el cuarto.

—¿Necesitas ayuda? —le dije mientras subíamos. La verdad es que no parecía muy apurado, pero la caja era bastante grande.

—No —dijo.

En ese momento la puerta del ascensor se abrió para dejarnos pasar. Él salió delante y tropezó con el escalón de la puerta. La caja se cayó al suelo.

—¿Estás bien? —me arrodillé para ayudarle.

—Sí… Al final resulta que sí necesitaba ayuda. No conozco este edificio. Me estoy mudando.

Era un chico mono con gafas. Llevaba un aspecto descuidado, con el pelo desordenado y ropa sin combinar. Los libros se habían desparramado por el suelo del recibidor del tercer piso.

—Déjame ayudarte… —Me puse a recoger los libros. Sin querer leí el título de uno: *La Odisea*, de Homero.

—¿Te gustan los Simpson? —pregunté.

—Me *gustaban* los Simpson de las primeras temporadas —dijo él.

—Okey…

Reparé en que olía bien. De hecho, era bien parecido. Recogimos todo y él ya estaba abriendo la puerta de su casa.

—Si necesitas algo, soy Brenda. Vivo en el cuarto piso. ¿Y tú eres?

—Brad.

El corazón me dio un salto. ¿Era el mismo chico de la *app*?

—Encantada de conocer… —la puerta de Brad se cerró— …te.

Qué tío tan raro. Subí las escaleras y llegué a mi apartamento, del cual sí tenía llaves. Wink no salió a saludarme. Dormía plácidamente en el sofá con la panza llena. Fui al congelador a sacarme una tarrina de helado. Miré las notificaciones de la *app*.

Mensaje de Brad, hace veinte minutos:

Hey, lo siento, me he retrasado. Llego en 5 minutos :)

Ahora me puse a echar un ojo a sus fotos. Definitivamente no era la misma persona. Empecé a escribirle un mensaje a Brad, el *Finance Bro*.

Lo siento, Brad. Al final tuve que quedarme en casa. Será en otra ocasión, escribí, y dejé el móvil apartado en la mesita, lejos, donde no pudiera cogerlo.

—Wink, parece que he sido yo la que ha dado plantón esta noche…

Estaba ya amodorrada y a punto de dormirme en el sofá. Justo en ese momento sonó el timbre de mi apartamento. Había alguien en la puerta. Me levanté desorientada, con el corazón en un puño.

Intenté ver por la mirilla, pero estaba muy oscuro. Esperé unos instantes. Una voz finalmente rompió el silencio:

—Pizza.

Abrí la puerta.

—Pizza —dijo un repartidor.

—Sí, ya te he oído. No es aquí.

—¿Este es el cuarto? Tengo aquí la dirección impresa en la factura. Es un pedido *online* —dijo, y me mostró la factura.

Brad Morgan, 4.º piso.

—Escuche, este chico vive en el tercero.

—Mire, tengo factura porque la pizza ya está pagada. Por eso se la voy a dejar aquí. Buenas noches —dijo, y me dejó la caja con grasa en mis manos.

Me quedé de repente sola en el rellano con el olor a queso que subía hasta mi nariz. No había cenado nada, solo un poco de helado. ¿Qué hacer ahora? Podía comerme esta pizza, pero entonces Brad se quedaría sin nada. ¿Y si fuera a llevársela?

El pensamiento fue tan raro que me hizo sacudir la cabeza. Pasé dentro de casa y dejé la pizza en la mesita. Quizás debería comerme la pizza, aunque fuera un bocado…

No sé qué me ocurrió en ese momento. Pensé en Brad, en lo cansado y solo que se sentiría después de mudarse, llevar cajas y encontrarse a chicas raras. Muerto de hambre en la Gran Manzana. Esos libros parecían muy cerebrales; el tipo de libros que un empollón lee.

Me acordé de su pelo enmarañado. Gafas finas. Ojos un tanto distantes, pero dulces cuando empieza a hablar. Delgado, pero fuerte para llevar sus cajas de libros.

¿Tendría novia?

¿En qué estoy pensando? Yo hice *swipe* al Brad el atleta, no a Brad el *nerd*.

Suspiré. Cuando volví a tomar aire recordé que había una pizza grasienta en la mesita del salón. Había que tomar una decisión.

Cogí la caja y bajé al tercer piso. Llamé al timbre y… no sé qué pasó. Salí corriendo. Dejé la pizza en el suelo.

Volví a casa muy confundida y me metí en la cama.

Al día siguiente me levanté cansada, totalmente arrepentida de no haber cenado. Me arreglé y desayuné como pude, y salí para la oficina.

—Ah, Brenda, ahí estás. Escucha, no sé si viste el *email* de ayer a las 22:15 —me dijo Tim al llegar.

—No, a esas horas ya no miro los *emails*.

—¡Deberías! —dijo Tim. Yo creo que se está divorciando de su mujer. Continuó—: El cliente dice que nuestra propuesta es sólida y que quiere cerrar el trato.

—¡Genial…! ¿Sabes que me inventé toda mi parte, verdad?

—¿Qué? ¡Ah, claro, la diapositiva! Es verdad. Estás hecha para esto. Que sepas que nos vamos a pasar del *target* de este mes.

Me sentí bien: eso significaba un *bonus* a final del periodo. Con ese tipo de logros puedo conseguir llegar bien al final del día sin arrastrarme.

—¡Ese precio ya está negociado! Independientemente de cómo se venda… —dijo Samantha.

No aguanto a esta tía. Samantha Puglia. Se cree mejor que nadie. Cuando no está hablando de los viajes que hace con su marido y sus hijos, habla de la nueva casa que se ha comprado, de sus *hobbies* —como pintar y hacer deporte—, y de lo maravillosa que es.

—…Pero aún así el cliente se durmió, Tim. Tu parte de la presentación era muy densa —continuó Samantha.

—¡Somos un equipo! Confío en vosotras para que saltéis cuando haga falta darle más énfasis a alguna cosa.

—¡No lo dudes! —Samantha sonrió. Víbora. Después me miró solo a mí.

—Querida, Brenda, ¿estás bien? Pareces enferma.

¡Sabía que era mala!

—Estoy bien, gracias. Son las prisas de llegar a tiempo por las mañanas.

—No te canses, cariño.

Los dos salieron y yo respiré por fin aliviada. Me fui a mi despacho a hacer unos *emails*. A la hora de la pausa quedé con Liss en la máquina de café.

—De verdad que me alegro de que estemos en departamentos diferentes —le dije—. No veo el momento de desconectar de estas movidas tóxicas.

Liss guardó silencio.

—¿Entonces? —preguntó.

—¿Entonces qué?

—¡¿Lo hiciste o no?! —exclamó. Sus ojos brillaban.

—Bueno, sí, lo hice. Creé un perfil y fui a una cita.

Liss dio un chillido pequeño.

—Brenda, sabía que lo ibas a hacer y que ya había llegado el momento… Cuéntame sobre él. —Liss no podía evitar una gran sonrisa; estaba deleitada antes de saber los detalles.

—Brad. Es básicamente perfecto. Atlético, *Finance Bro*, guapo. Le gustan los animales… Según sus fotos, claro.

Le enseñé el perfil de Brad en la *app* a Liss y le conté lo que había pasado.

—Espera, ¿no quedaste con él al final? ¿Solo hablasteis? —preguntó Liss. Estaba decepcionada.

—No. Al final le di plantón al chico.

—¿Le hiciste un *ghosting*? ¡Pero qué cruel!

—Es una larga historia… ¿Cómo explicarlo? Hubo un accidente que no tenía que haber ocurrido. Al final de la tarde conocí a otro chico. Me refiero, es un vecino al que ayudé. Muy mono, por cierto, aunque nada que ver.

—¿Dos? Brenda, esto sí que no me lo esperaba. ¿Quieres decir que tienes varias opciones entonces?

—En realidad no. Es un vecino que se acaba de mudar. Un rarito al que le gustan los libros. También se llama Brad. No es que me guste. A lo mejor es al contrario y le gusto yo a él. Estuvo hablándome sobre los Simpson y cosas suyas. En fin, no es para mí.

—Te voy a dar un consejo. Céntrate en uno solo. Crees que vas a poder tener dos, pero en realidad no puedes —dijo con sorna Liss—. Ahora crees que tienes dos Brads: Brad el atleta y Brad el... *nerd*, pero en realidad no tienes ninguno.

—No sé en qué estás pensando, Liss.

—Deberías ir a conocer a Brad en persona. Me refiero a este guapo del que me has hablado, el atleta, no al *nerd*. Estas *apps* son muy

engañosas, no te puedes fiar de una foto. Tienes que saber la verdad por ti misma.

—Lo cierto es que él es muy guapo. Al menos guapo de una manera convencional. Como si fuera de un *stock* de fotos.

—¡Por eso mismo! —exclamó Liss—. ¿Es que te da miedo no estar a la altura?

—Claro que no, pero quiero tener la capacidad de elegir, tener varias opciones… —hice una pausa—. ¿Tú crees que soy atractiva como para elegir? —pregunté con un poco de humor.

—Espera… ¡Jones! ¡Jones! —Liss estaba llamando a un compañero de trabajo—. Ven aquí. ¿Tú crees que Brenda es atractiva?

—Yo diría que está por encima de la media —dijo Jones sin vergüenza ninguna. Es gay.

—Ya ves, Brenda. Ve a por el atleta. Está en tu liga.

—¿Oh, me he perdido algo? —dijo Jones con pícara curiosidad.

—¡Okey, gracias por vuestra opinión! —dije sofocada—. Ahora tengo otro *meeting*.

¡Qué confusión! Me dan su opinión cuando todavía no tengo las cosas claras. A veces me arrepiento de pedir consejo: me quedo más confundida. Pierdo la claridad mental que tenía. Creo que por eso soy un poco reservada con los demás. Necesito un poco más de tiempo para hacerme una idea de los demás.

3.

Volvía a casa después del trabajo. Cuando esperaba al ascensor, escuché una voz que venía de las escaleras:

—…Realmente es una autora con un punto de vista desfasado. Pero eso es lo que lo hace interesante: leerla no por aquello en lo que acierta, sino en lo que se equivoca.

Era Brad. El *nerd*, por supuesto.

—¿Pero no crees que al leer a Ayn Rand estás influenciando tu propia opinión? —dijo una voz de chica.

Ambos bajaron por las escaleras y llegaron al rellano del ascensor donde yo estaba.

—¡Hola! —dije—. ¿Qué tal la mudanza?

—Ah, bien. Ya está terminada —dijo Brad. Era bastante apuesto. Después le indicó a la chica—: Esta es la vecina de la que te hablé.

—¡Hola! Yo soy Pearl. Encantada.

Un poco más baja que yo, alegre, muy alegre, como una ardilla listada. Con gafas, pelo oscuro. Su voz era aguda, un poco irritante. Aire de rata de biblioteca.

—Igualmente. Soy Brenda.

—Nos vemos —dijo Brad.

Llegué a casa y me puse la *app*. Busqué los mensajes de Brad, el atleta:

Hey, hoy es viernes. ¿Te viene bien esta tarde?, le pregunté.

Él estaba disponible y confirmó la cita. Me arreglé con la falda negra y la blusa de la otra vez y salí de casa.

Fui al bar *Destiny*. Esta vez no estaba nada nerviosa. Mis pasos eran firmes y seguros. Irradiaba confianza. Brad estaba ahí.

Realmente me pareció más pequeño de lo que aparentaba en las imágenes, pero a decir verdad era un tío bien atractivo, con un aire a *stock* de fotos. Atlético. Pelo rubio, bronceado de playa. Sonrisa perfecta, del tipo que funciona bien en un *meeting* de empresa. Mandíbula esculpida. Ojos de cazador.

—¡Ah, Brenda, por fin! ¿Cómo estás? —me saludó con una sonrisa.

Nos sentamos para pedir algo. Yo quería un cóctel bien cargado. Por supuesto, empezamos a hablar.

Él trabajaba en el departamento de Finanzas de otra empresa de Manhattan, no muy lejos de la mía. Hablamos mucho del trabajo. Una hora aproximadamente.

Casi me dieron ganas de recomendarlo para un puesto de mi empresa. Sentí esta cita como una entrevista de trabajo.

—Cambiemos de tema —tercié yo—. Cuéntame sobre tu familia, tus *hobbies*, ya sabes.

—¡Sin problema! Pero déjame que te diga que deberían darte una promoción a *manager*. Tienes un aire de entrevistadora.

Hay una sección en las entrevistas en la que se habla de cosas personales. Efectivamente, lo que sucedió a continuación es que pasamos a relatar nuestras fortalezas y nuestras debilidades, con ejemplos de cómo habíamos superado las adversidades. ¡Nuestros departamentos de recursos humanos deberían estar orgullosos!

Pero al menos sé que a este chico le gusto. ¿O no? No es que faltara un componente de seducción en la interacción. Es que él no llegaba a donde yo estaba. O quizás era la luz. No le veía bien la cara.

A veces las cosas se resuelven con el tiempo. Se crean sentimientos poco a poco, y a veces no. Pensé en que era cuestión de tiempo saberlo. ¿Eso significa que le iba a dar una oportunidad?

—Fue muy agradable conocerte, deberíamos vernos otra vez.

—¡Claro que sí! Después de todo somos casi vecinos. Vivo en ese edificio —Brad señaló una torre cercana—. ¿Qué tal si intercambiamos números?

Me hizo una llamada perdida y guardé su número como BRAD.

Después él fue a por el beso. Yo ya estaba tan desesperada que no me resistí. Beso corto. Apenas nos tocamos. ¡No significa nada!

Volví a casa y encontré a Wink encima de la encimera de la cocina. Siempre hace eso para llamar mi atención, porque sabe que no me gusta. Últimamente no le he dado mucho cariño.

—Ya estoy aquí, gordito.

Me tumbé en la cama con el móvil y me puse a escribir en el buscador:

Ayn Rand.

Filósofa ruso-americana. Objetivismo. *Atlas Shrugged*.

Yo me encogí de hombros, sin saber muy bien qué hacer de esto. Afuera hacía viento, que golpeaba en las ventanas. Al mismo tiempo, una pregunta había estado dándome golpes en la cabeza, sin que hubiera podido reconocerla.

¿Quién es esa Pearl? ¿Es su novia? Tan alegre y pizpireta. ¿Han estado hablando de mí? Espera, ayer se comieron la pizza. Efectivamente, era una pizza grande, por lo que solo podía ser para dos personas. A no ser que él haya guardado un trozo para hoy. Sentí un deseo muy grande de saber más.

De repente oí un ruido abajo. Brad vivía en el tercero, justo debajo de mí.

Me bajé de la cama y me tiré al suelo. Apoyé la cabeza contra el laminado. El pelo se me cayó todo encima de la cara, pero conseguí colocar la oreja.

Wink vino y se puso a frotarse contra mi pelo. Muy adorable. Después me arañó con sus uñas.

No conseguí oír nada. Pero a lo mejor debería dejar de fijarme en la felicidad ajena. Si eran novios y estaban juntos, mejor para ellos… Aunque parece que ella no vivía allí.

—¿Qué estoy haciendo, Wink? Estoy aquí espiando al vecino cuando acabo de tener una cita con un hombre de diez.

Por toda respuesta, Wink se fue a su caja de arena y comenzó a escarbar.

Decidí darme una ducha muy larga antes de cenar. El vapor se sentía muy bien, casi como un abrazo. Había sido un día tan largo. Tardé un rato antes de salir.

Necesito empezar a tomar opciones más saludables. Otra vez comida congelada para cenar.

Al día siguiente desperté totalmente renovada. Incluso me acordé de que había tenido una cita ayer. Es un subidón de autoestima sentirse deseada, al menos. El sábado por la mañana tiene otro ritmo. Estaba desayunando cuando oí el timbre. Fui a la puerta.

4.

Era Brad, el *nerd*. Ahí estaba yo con el pijama y sin arreglar. Fui rápido a lavarme la cara. Abrí la puerta.

—¡Ah, hola, Brad! —dije casualmente. Él pareció extrañado.

—¿Te he dicho cómo me llamo?

—Sí.

—Okey, bueno. Escucha, parece que hay un recalo en el techo de mi piso. Se ha formado una mancha grande de agua. ¿Puedes verlo con tu casero? Yo voy a llamar al mío.

¡Oh, no! ¡La ducha!

—¡Vaya! ¡No sé de qué ha podido ser! Voy a mirarlo, sí.

—Déjame tu número. Te digo en cuanto sepa algo. Es posible que haya que entrar en tu piso para ver si hay una tubería rota.

—Tú… ¿quieres entrar?

—No, va a venir alguien.

—Yo creo que ya no sale más agua. Quiero decir, que no parece haber agua. Que vengan a revisarlo si quieren —dije apurada.

Intercambiamos números. Yo lo guardé como BRAD.

—Okey, gracias. El bricolaje no es mi especialidad. Exacto, que lo mire alguien. Tengo libros y cosas en casa. Ya sabes.

¡No, no lo sé!

—Entonces quedamos así.

—¡Okey, sin problema!

Cerré la puerta y me senté en el sofá. ¿Este chico no se peina nunca? El gato me miraba divertido.

Miré la agenda de contactos de mi móvil. En efecto, ahí tenía dos números bajo la B:

BRAD

BRAD

¡Pero ¿cuál es cuál?!

En ese instante recibí una llamada de Krisi.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? ¿Lista para echarme una mano en el mercado?

El sol de la mañana entraba radiante por la ventana. Hacía un día espléndido fuera y yo había quedado con una amiga para pasar el día. Krisi participaba en un mercadillo local en un parque y necesitaba ayuda en el puesto en las horas de más clientes.

Hablé de un par de detalles con Krisi y me preparé para salir. Mientras me vestía de casual, me quedé pensando. En efecto, tenía ahí en la agenda de mi móvil dos números que no sabía a quién pertenecían. Estaba atándome las zapatillas cuando caí en la cuenta de que podía ver la foto de contacto asociada al número.

Fui a la entrada en la agenda del primer Brad: foto de una montaña.

Después miré la del segundo: no hay foto (puede desactivarse por privacidad).

Suspiré. Por un instante me puse a razonar cuál era el que tendría más posibilidades de tener la montaña como imagen y cuál se preocupaba más de su privacidad. Sin embargo, no era posible saber con la información que tenía en ese momento. Pero estaba segura de que lo que había pasado esta semana habría tenido un impacto en ellos, de algún modo. Por tanto tenían que enviarme un mensaje. Los chicos siempre dan el primer paso, ¿verdad?

Llegué a tiempo tras tomar el metro. Krisi estaba ya en el puesto. La conozco desde hace años. Es una chica alternativa que suele tener un punto de vista diferente al mío, normalmente. Es sorprendente la cantidad de caminos diferentes, opiniones, posturas, que toman las personas sobre un mismo tema. Con todo, siempre aprecié esa diferencia: ella tiene un corazón de oro.

—Brenda, ¡te has arreglado mucho! Sabes que lo que vamos a vender mancha.

No, en realidad no lo sabía. Encima de la mesa había unas postales, unas velas artesanales, unos muñecos tricotados, un pote de vino caliente y una plancha para hacer tacos de queso.

—Quería traer un *foodtruck*, pero no conseguí alquilarlo a tiempo —dijo con una sonrisa—. Hay delantales aquí detrás. Tengo un par de cuencos hechos a mano con arcilla; me puedes ir ayudando a ponerlo todo en las mesas.

Me puse el delantal y empecé a trabajar a su lado. Empezamos a hablar y a ponernos al día de nuestras cosas.

—¿Cómo va todo? —pregunté.

—Está todo bien. Estuve de viaje de mochilera en Europa hace unas semanas. España, Francia, Italia… Cuando volví a Nueva York me di cuenta de que no había vuelto al mismo sitio del que salí. De algún modo me sentía transformada.

—¿Quieres decir que te sentías diferente?

—Aún soy yo, pero mis experiencias han cambiado la manera en la que veo el mundo —respondió—. No sé. A lo mejor tengo que volver a salir pronto. Me estoy poniendo muy filosófica. ¿Qué tal tú?

—Igual que siempre. Mucho trabajo. Intento ir a ver a mis padres cuando puedo… A mi padre, al menos. Estoy muy absorbida por la rutina.

—Te veo diferente, Brenda. ¿Hay algo que haya pasado? ¡Espera! ¡Conociste a alguien!

—Krisi, ¿tú tienes poderes?

—Aprendí de una adivina en Lisboa. Te puedo echar las cartas.

—Realmente no hay nadie en mi vida ahora, si soy realista.

—¡No te preocupes! Alguien vendrá. Ahora, si me disculpas, tengo que gritar —Krisi hizo un cono con sus manos y se dirigió a las personas que empezaban a recorrer el mercadillo del parque—:

¡Postales de San Valentín! ¡No se olviden de sorprender a su alma gemela!

—Ay, Dios, ya me había olvidado de esto… —dije yo tapándome la cara.

—Brenda, cada año es una nueva oportunidad. La semana que viene te va a tocar a ti. Lo estoy viendo.

—Si puedes ver el futuro, dime: ¿cara o cruz?

Krisi se quedó pensando.

—Cara. Definitivamente cara.

—¡Brenda, cariño! —dijo de repente una voz que me heló la sangre.

Paseando entre la multitud estaba Samantha Puglia con su familia.

—¡Querida! ¡Qué sorpresa verte! —dijo.

—Samantha, ¡qué coincidencia!

—Oh, no sabía que hacías voluntariado.

Ella siempre pica con veneno.

—Ah, estoy solo ayudando a una amiga a vender en su puesto —respondí.

—¡Hola! —saludó Krisi—. Tenemos vasijas de arcilla, velas…

—Ah, pero yo no puedo tener nada de eso en casa. No con mis hijos. Ahora que lo pienso, Brenda, ¡nunca te los he presentado!

—Sí, nunca hemos coincidido.

—Venid aquí, niños. Aquí están Jaden, Cameron y Charlie. Y este es mi marido Dilan.

—Ah, sí, nos conocimos en una cena de Navidad —dije yo.

—¡Hey! —saludó Dilan—. ¡Es verdad! Recuerdo que te sentaste a nuestro lado en el pico de la mesa porque no tenías pareja en la cena.

¿Cómo olvidarme? Por suerte Krisi salió al rescate, como una encantadora de serpientes.

—¿Les interesan las postales de San Valentín? Nunca es tarde para renovar el amor y dar una sorpresa romántica.

—¡Dilan! Escríbeme una de estas, y yo te escribo una a ti. Okey, me voy a llevar dos.

—¡Pero así no hay sorpresa!

—La sorpresa la escribo yo dentro —dijo Samantha pícaramente.

Quise morir.

—Llévense también una vela. Es muy romántica y perfumada. Solo para poner cuando los niños estén durmiendo —dijo Krisi, guiñando el ojo.

Cuando Samantha se fue, sentí como si una presencia maligna se hubiera levantado.

—Uf, gracias, Krisi —dije.

—¿Gracias por qué? En realidad ha sido mi primer cliente. Yo te doy las gracias a ti por atraer negocio.

—Esta tía muerde como una cobra y siempre tiene veneno para mí.

Krisi se quedó pensativa por un momento.

—Mmm, yo creo que no. En realidad es muy simpática y está deseando conectar contigo. Ser madre no es fácil. Lo que a mí me parece es que estás proyectando sentimientos en ella. Representa muchas cosas que no tienes en tu vida: amor, familia, un futuro compartido. Cosas que a ti te gustaría tener.

—¿A mí? Yo…

—¡Reconócelo! —Krisi estaba riendo. No sé si estaba hablando en serio. Pero sabe tocar en el punto exacto. A lo mejor sí tiene poderes. Algo de razón sí que puede que tenga.

5.

Volví antes del final del día a casa. Durante el camino de vuelta en el metro miré el móvil. 0 mensajes recibidos. Silencio total.

Recibí un mensaje de Krisi:

¡Gracias por ayudarme hoy! Lo pasé muy bien. Por cierto, tengo una intuición acerca de ti y un chico. ¡Quién sabe si alguien me compró una postal de San Valentín hoy para ti!

¡No, no me des esperanzas!

San Valentín es siempre la prueba brutal de si estoy sola o no cada año. Es lo que es. Realmente no podía esperar nada aún de Brad. Estamos a menos de una semana del día. Pero por lo menos podía esperar un mensaje. O quizás debería ser yo la que enviara el mensaje.

Me miré en el espejo del baño. Pelo largo, castaño, del que me gustaría cuidar más a menudo. Soy un poco pálida y necesito bastante protección al sol. Veo mil imperfecciones en mi cara, pero me imagino que está bien, si dicen que estoy por encima de la media…

Brenda Higgins, treinta años. Es lo que es. Y está todo bien. *Businesswoman*. Tengo capacidad de decisión y confianza en mí misma para lo que yo quiera.

Puedo mandar el mensaje yo misma. ¿Pero a quién? Y lo peor es que todavía no sé a quién pertenece cada número.

¿Me gustan los dos Brads? Imaginemos que mando un mensaje a uno y me equivoco… Se acabarían mis posibilidades con ese Brad. Me puse a pensar. ¿Existiría algún mensaje que pudiera enviar a los dos? De esta manera deduciría cuál era cuál a partir de la respuesta.

Era un plan perfecto.

Hey, Brad! Espero que estés teniendo un buen fin de semana. En cuanto a lo que hablamos, ya me dices, ¿ok?

Tenía sentido. Con Brad el de la cita, habíamos hablado de volver a quedar… ¿no? Cielos, no me acuerdo. Es más, muchas veces hablo y, cuando estoy nerviosa, digo cosas por decir. Eso significa segunda cita. Okey, mejor asumo que va a haber una segunda cita. Espero que no suene a desespero.

Y con Brad el vecino, es un mensaje perfecto. Un *follow-up* a la conversación sobre el recalo de la ducha. Por algo se empieza.

A veces pienso si no analizo mucho las cosas. Pensé en Krisi y en cómo vive ella la vida, sin pensar en las consecuencias. Una vida libre en la que cada episodio es una pieza de puzle que encaja perfectamente con la anterior. Es cierto que no siempre es como esperamos, pero al menos dejamos de luchar contra lo que nos ocurre.

Qué pensamiento tan zen. Igual tengo que dejar de querer tantas cosas y concentrarme más en lo que ya tengo.

Recibo dos mensajes en el móvil:

Hey, igenial! Sin problema. (Brad de la Montaña).

Hola, perfecto. Te digo. (Brad sin foto).

Mmm, no había pensado en esto. ¿Quizás Brad sin foto era el vecino? Menos entusiasta, pero mostraba más resolución. ¿Y el de la cita no debería ser más lanzado? ¿Qué pasa?

6.

Al día siguiente resolví ir al MoMa yo sola. Estoy pensando en que necesito dejar un espacio a un cierto tipo de reflexiones, quizá inspirada por el arte de este museo. Me vestí de manera sencilla y salí a la calle. El día era fresco, pero soleado.

El museo es enorme. Me permití pasear por las salas sin itinerario alguno, simplemente confiando en mi intuición. Una sala grande tenía unas luces colgando del techo. Según el ángulo desde donde mirases, producía formas diferentes. Un zumbido suave rodeaba la sala. Me quedé ahí parpadeando un rato.

Oí una voz que se me acercaba:

—Brenda, ¡hola!

Era Pearl, la amiguita de Brad.

—¡Hola, Pearl! ¿Cómo estás? ¿Disfrutando del domingo? —pregunté yo.

—¡Muy bien, y tú? Estoy trabajando. Hago un turno aquí los fines de semana.

Me di cuenta de que estaba vestida con un uniforme del museo. Era una de las personas que vigilaba las salas y te decía algo si intentabas tocar las obras. Me relajé: me di cuenta de que Brad no estaría aquí si ella estaba trabajando.

—No sabía que te gustara el arte. ¿Trabajas en Manhattan, verdad? —me preguntó.

—Sí, soy representante de negocios en una empresa de la zona.

—Sí, me lo imaginaba.

¿Te lo imaginabas? Respiré hondo un microsegundo. Me estaba poniendo a la defensiva.

—¿Y tú vives también por aquí? —pregunté.

—Bueno, yo vivo en Brooklyn.

—Ah, vale. Como últimamente te he visto cerca de mi casa, no sabía.

—Sí, vine para ayudar a Brad con la mudanza. Somos compañeros de clase en el máster.

¿Son estudiantes?

—¡Ah, claro! Pensé que tú eras su novia y venías a vivir también.

—No, no, solo somos amigos muy cercanos.

¿Qué está pasando aquí?

—¡Qué suerte poder estar tan cerca del arte de estos museos, verdad! —dirigió su mirada a la exhibición de luces, hizo una pequeña pausa y después se giró hacia mí—. Es muy inspiradora. ¿Qué te parece a ti?

—Me parece… una propuesta alineada de una manera muy moderna.

Ella se rió.

—Disculpa, es que me acabas de hablar en jerga de negocios. Mi especialidad es la antropología y a veces analizo a la gente subconscientemente. De algún modo lo esperaba.

Yo también empiezo a ver un patrón aquí.

—Bueno, creo que este arte está aquí para hablarnos y darnos un mensaje que puede ser distinto para cada uno de nosotros —le respondí.

—Son formas de verlo. Lo que dices es totalmente válido, pero una formación en arte enriquece enormemente la apreciación de esta pieza. Hay conexiones, influencias… cosas que no se pueden ver a simple vista.

Sentí que me estaba arrastrando a zonas que yo no conocía. Ella sintió la creciente incomodidad.

—¡Disculpa! En ocasiones hago muchas preguntas. No te lo tomes de forma personal. Mi padre era policía —dijo.

—Para nada, hoy estoy aprendiendo mucho, en general. Bueno, ya nos veremos. Saluda a Brad de mi parte.

—¡Ciao! Disfruta de la visita. Si necesitas algo, dime. ¡Y no uses flash! —se despidió con una sonrisa.

Me dirigí a una parte del museo que estuviera tranquila. Había varias esculturas hechas con material reciclado y varios bancos. Me senté. Sentí como un remolino a mi alrededor. La conversación con Pearl me dejó exhausta. Ardillita. No quería ponerme a la defensiva, pero había algo en el tono que atacaba partes de mí que no sabía que estaban ahí. Esbocé una sonrisa.

De camino a la salida vi el cuadro *La gitana dormida*, de Henri Rousseau. Me sumergí en los colores oníricos y la atmósfera de sueño. Sí, tenía razón: yo podía hablar con el cuadro igual que él me hablaba a mí. Podía ser yo misma y reflejarme en esa otra imagen, totalmente diferente de mí, que estaba al otro lado. En el cuadro, un león toca con el hocico a una mujer que duerme en el desierto.

Tuve la certeza de que estaba a punto de conectarme con algo, y que ese algo había estado dentro de mí desde hacía mucho tiempo, esperando a ser contactado.

Salí con la sensación de que había merecido la pena ir al museo, y que quizás algún día habría oportunidad de compartir estos sentimientos con… alguien.

De vuelta en casa, Wink me tocó para saludarme. Mi león. El fin de semana me había dejado muy cansada. Vi que tenía mensajes de los Brads. Decidí renombrarlos en la agenda para no confundirme aún más. Casi tiro el móvil contra la pared después de ver los mensajes.

Brad 1: *Oye, ¿te viene bien el viernes?*

Brad 2: *El viernes 14 está bien.*

El viernes 14 de febrero. ¡San Valentín!

¿Tengo una cita, dos o ninguna? Me hice un ovillo en la cama. Solo quiero un abrazo.

7.

—¡Brenda! Me tienes en ascuas —dijo Liss.

—Y yo quiero enterarme de todos los detalles —dijo Jones.

Mis dos compañeros de oficina estaban salivando en la cocina de nuestro edificio.

—¡Venga, pero si lo estás deseando!

—¿Te da vergüenza? ¡Pero si yo os cuento todo!

Suspiré. Mejor tomármelo con humor.

—Tengo muy poco que contaros. Fui a un mercadillo el sábado y al MoMA el domingo.

—¿Y la cita? ¿No hubo cita?

—Bueno, tuve una cita el viernes.

—¡Ay, lo sabía! —Liss estaba tamborileando en la mesa.

—¿Entonces está aprobado? ¿Le hiciste la entrevista? —preguntó Jones.

Sé que Jones lo preguntaba de manera ingenua, pero la verdad es que la cita fue una verdadera entrevista.

—Sí, tengo una cita con él este viernes.

—¿Oh, San Valentín? ¡Brenda, a ti te gusta de verdad! —Liss batía palmas.

—Solo hay que ver la velocidad a la que vas con él: hablas en la *app*, cita, cenita de San Valentín… —canturreó Jones con voz aflautada.

—¡No es rápido para nada! —saltó Liss—. A partir de los treinta todo se acelera. Ya no vas a esperar años para ver si todo funciona, conocer a sus padres, casaros, tener hijos… ¡Ay, que a mí ya me toca! —se rió con estruendo.

—También se aceleran las arruguitas —bromeó Jones—. Date prisa en pillar a uno guapo mientras puedas.

—Oye, Jones, que a los hombres también les salen arruguitas.

—Esos son los que a mí me gustan.

Entró Tim en la cocina.

—Brenda, te estaba buscando. Voy a necesitarte para un proyecto urgente. Los alemanes van a necesitar una presentación mañana. ¿Puedes encargarte tú?

—Sí, claro —respondí.

Perfecto. Empezar la semana con esta tensión. No sé si voy a poder con todo. De hecho ya estoy pensando en cancelar las citas. Necesito resolver definitivamente lo de los números de teléfono.

Cuando Tim salió, le conté el problema al consejo de sabios de Liss y Jones:

—En fin, esta es la situación. Ahora no sé qué hacer. Necesito vuestra ayuda.

Se quedaron pensativos un instante.

—Yo creo —dijo Liss— que deberías preguntarles algo que solo uno de ellos puede saber. Por ejemplo, un detalle de la cita.

—Pero tienes que sacarles respuestas diferentes que los identifiquen —apuntó Jones.

Hubo un silencio.

—Brenda, diles que cancelas las citas —propuso Jones.

—¡Jones, qué estás haciendo! Brenda, ¡no lo escuches! —exclamó Liss.

—Calma, no tiene por qué cancelarlas al final. Ahora mira —abrió su móvil—, el viernes va a haber bastante lluvia. Diles que va a llover bastante, si no les importa hacerlo otro día. Cada uno dirá una cosa. Luego tú confirmas, cancelas o haces lo que quieras.

Eso podría funcionar.

—Voy a probarlo, chicos. Os doy las gracias.

—¡De nada! Ya nos cuentas —Jones guiñó un ojo.

—¡Brenda, no canceles las citas! ¡Tienes que ir! —dijo Liss.

En mi despacho me puse a trabajar inmediatamente en el PowerPoint que necesitaba Tim. Mientras escribía unos guiones sobre cómo presentar la empresa a estos señores extranjeros, me pregunté cuántas veces se podía reescribir un mensaje tratando de transmitir un significado específico. Incluso si me esfuerzo en verter en él las palabras que yo quiero, el peso de comprenderlo está en la otra parte. *Fifty-fifty*. ¿Una comunicación efectiva requiere de interpretación? ¿Eso quiere decir que si al final encuentro a alguien, es esa persona que te entiende? No tengo tanta experiencia en relaciones.

Abrí mi móvil. Escribí un mensaje para los dos:

Hola! Parece que el viernes va a llover mucho, ¿puede ser otro día?

Enviar.

Qué maneras más complicadas tenemos los seres humanos de comunicarnos. Incluso hablando el mismo idioma, las palabras tienen sentidos diferentes.

Tim entró en mi despacho.

—Brenda, disculpa. Los clientes están aquí.

—¿Qué? Pensé que era mañana, por videoconferencia.

—No, han aterrizado esta mañana. Pero han ido a comer, por lo que vamos a tener una visita esta tarde —informó Tim—. Por cierto, cometí un error: no son alemanes, son holandeses. Hans Van den Berg y un compañero.

—¿Y me lo dices ahora? He puesto imágenes de banderitas alemanas por toda la presentación.

—¿Son fáciles de quitar? Mejor que las quites entonces, a ver si van a pensar mal.

Obvio, Tim. Pasé los siguientes treinta minutos repasando diapositivas, para después saltar directa al *meeting*. Por el pasillo vi a Samantha:

—¡Cariño! ¡Buena suerte!

8.

¿Me estoy haciendo mayor? Son las ocho de la tarde y ya no tengo ganas de hacer nada. Vivo con el tiempo muy justo para cualquier actividad. Solo pensar en una relación me hace pensar en un horario que tendría que diseñar. ¿Cuánto tiempo dedicar a cada cosa? Suena frívolo, pero hay quien lo hace. En cualquier caso yo estoy abierta a un cambio, si es bueno, claro. Una relación…

Recibí mensajes de los Brads.

Brad 1, el de la montaña, dice:

Hey, mejor no cancelar. Viene un tío a mirar la gotera el viernes. Si lo cambio, son casi dos semanas que voy a tener que esperar para que me miren esto.

Brad 2, el que no tiene foto, dice:

Hey, pensaba que querías hacer algo por San Valentín. Podemos ir a algún sitio de aquí cerca, cubierto.

Te tumbé en la cama. Aclarado finalmente. El de la montaña es mi vecino. Una montaña impenetrable, inexpugnable. Ahí estaba resaltándose contra el cielo azul, remoto, difícil de escalar, alzándose como un desafío para las alpinistas como yo.

Y el otro es mi cita. Sin foto. ¿Qué quiere decir? ¿Tiene que ver algo con los controles de privacidad?

Ok, sin problema entonces, ¿me dices luego la hora cuando puedas?, le respondí al Monte Brad.

Y después:

¡Ah, claro! ¡Podemos ir a algún sitio! ¿Me recoges en mi casa y vamos? Esta es mi dirección, le escribí a Brad, el del beso, y a continuación le pasé mis detalles.

¡Quiero una cita de San Valentín! No me apetece pensar más. Miré hacia la ventana. Los árboles de Central Park se veían agitados por el viento. El parque estaba frío y oscuro.

Pasé la semana rápido, agitada por el ritmo del trabajo. Fui un día al gimnasio. Hay siempre mucha gente y las máquinas están ocupadas. Conseguí hacer diez minutos de ejercicio, lo cual es un récord para mí. Saqué algo de tiempo para comprarme algo bonito.

Liss trató de sacarme más información durante las pausas, pero reconozco que estaba empezando a cerrarme, sin saber muy bien por qué.

El día antes de San Valentín, recibo un mensaje de Brad, el *nerd*:

Hey, van a venir mañana, a las diez de la mañana. ¿Vas a estar disponible?

Por supuesto que no, a esa hora estoy trabajando. Al menos voy a pedirle a Tim trabajar remoto en casa ese día. No debería haber ningún problema. Le confirmé y listo. Después me puse a limpiar y ordenar la casa.

Me fui a dormir tratando de no pensar en nada. Bloqueando todo. Zen. Lo estoy consiguiendo.

9.

Llegó el fatídico día de San Valentín. Encendí el portátil, revisé un par de *emails* y dejé el ordenador encendido mientras desayunaba.

En ese momento, entraron dos cartas por el buzón. Un administrador del edificio a veces me pasaba la correspondencia.

Una era una carta del banco, normal. Al girarla me di cuenta de que me la había colado por error. El destinatario es el vecino del tercero, Brad Morgan. Luego le digo. Dejé la carta sobre la mesita junto a la puerta.

La otra era un sobre pequeño y bien cerrado. Tuve un presentimiento. Abrí el sobre de inmediato. Era una postal de San Valentín artesanal, hecha con un papel reciclado con acabado rústico, tan grueso y rígido que parecía que luchaba por abrirse. En la portada tenía un árbol al que le habían grabado en su corteza dos corazones entrelazados. Un símbolo de amor. Abajo, las letras: *I've been thinking about you*. Esto es de una canción, ¿verdad? El corazón me estaba palpitando. Abrí la postal. No había nada, solamente la siguiente frase escrita a mano:

Desde el momento en que te vi, ocupas un lugar en mis sueños. Brad.

Casi me caigo al suelo al leerlo. ¡Había recibido una postal de San Valentín! Pero no solo eso… ¿Estamos hablando de una declaración de amor? ¿Está enamorado?

¿Quién ha sido? ¿Cuál de los Brads? Mi intuición me estaba diciendo que tenía que ser el de la cita, es decir, como consecuencia de la cita. Quizás le di a entender demasiadas cosas… Soy consciente de que hago muy bien el papel de ventas. A esto se le llama deformación profesional. Solo podía ser ese, pensé. Y por encima de

todo tengo que ser sincera: a Brad el *nerd* lo he visto solo un par de veces, no me va a escribir una carta por eso.

Me siento un poco ahogada. No me esperaba esto de Brad el atleta. Esperaba un movimiento más *cool* por su parte. Quiero decir, hablamos, tenemos una cita con un par de copas, nos conocemos un poco, nos damos un beso, sí, reconozco que lo besé. Y él va y se declara por San Valentín. Al menos no es un ramo de flores o una serenata por el balcón. Me imagino que va en serio, o que no va a huir en ningún momento.

¿A esto se refería Liss con que todo se acelera a los treinta? ¡Qué vértigo!

Dejé la postal en la mesita junto a la puerta. Hice un par de respiraciones antes de volver al ordenador. Tenía un mensaje de Liss deseándome buena suerte. Los compañeros estaban enviándose GIFs y memes de San Valentín por *Teams*. No había opción de evadirse de la realidad hoy. Por la tarde iba a encarar al autor de la postal.

Llamaron al timbre de mi puerta. Eran las diez.

Era el señor Dukakis, mi casero, y Brad.

—¡Brenda! Buenos días. Disculpa que te moleste, sé que estás trabajando a estas horas. Le estaba diciendo aquí al nuevo inquilino que tú eres el orgullo del edificio. Además pagas siempre y a tiempo… —dijo Dukakis. Por supuesto, mi casero siempre se ahorraba dinero haciendo las cosas él mismo.

—Nos conocemos. Hola, Brad —dije.

—Hey —saludó él con un poco de vergüenza. A su edad ya podía perder la vergüenza.

—…por eso me extrañó mucho cuando me dijo que salía agua de tu piso. De verdad, no lo esperaba. Además, le hice una reforma al piso hace cinco años. Entonces, ¿puedo pasar? —dijo Dukakis mientras entraba por la puerta.

—¡Adelante! Por favor.

Y fue para mi cuarto de baño. Wink se escondió en alguna parte.

—¿Dukakis es también tu casero? —le pregunté a Brad.

—Sí, me ha pedido que le eche una mano llevando las herramientas. Tu piso es mucho más grande que el mío…

—¡Sí, pero también es más caro! —dijo Dukakis, que lo estaba oyendo todo desde el cuarto de baño—. El tuyo es de renta controlada… Suertudo. En fin, disculpa, Brenda, por tener que oír todo esto.

—Estamos en Manhattan. Vivo sola y puedo ver Central Park desde mi casa. Incluso pagando lo que pago, yo también me considero una suertuda.

Miré a Brad. ¿Este chico no se peina? Llevaba unos pantalones de chándal, una camiseta cualquiera y las zapatillas de estar por casa. No voy a criticarlo; por mi parte, yo iba igual. Ese día no tenía *meetings* y ni siquiera me había maquillado.

Hay algo en sus ojos que me dice que no es el tipo de hombre que estoy acostumbrada a encontrarme en los *meetings* de la oficina. Mira la habitación, procesa, analiza… Después su boca parece que dice algo… y no dice nada.

—¿Qué te parece mi piso? ¿El tuyo no es igual?

—Ah, las vistas son las mismas, pero tiene una ventana menos. En efecto, creo que tiene unos metros menos que el tuyo.

—Espero que tengas espacio para poner tus libros.

—Sí, no es un problema. Tú no tienes muchas cosas, aparte de los muebles, ¿verdad?

—Bueno, es un estilo… minimalista —dije. Me sentí orgullosa de mí misma por encontrar la palabra a tiempo—. Paso mucho tiempo en el trabajo, por lo que me gusta desconectar en casa.

—Ah, a mí me sucede justo al contrario. Es en casa donde me inspiro. Necesito rodearme de cosas —dijo Brad.

No me esperaba este choque. Quizás somos personas diferentes e incompatibles.

—¡Disculpa, Brenda! Voy a necesitar apartar tus jabones y champús —dijo Dukakis—. Ya sé por dónde se cuela el agua. Brod, ¿me traes la masilla?

—Sí.

Esperaba tener una oportunidad de conocer algo más de Brad, pero con el casero oyéndolo todo no me lancé a hacer preguntas personales.

—Entonces ya estás totalmente instalado.

—Sí, estoy cambiando mi dirección. Estoy esperando un par de cartas importantes de la universidad.

Entonces ¿es estudiante? Otro tanto en su contra.

—¡Ah, por cierto! Me llegó una carta para ti —le dije—. La he dejado en la mesita junto a la puerta.

—Ok, gracias.

—Bueno, esto ya está —dijo Dukakis saliendo del cuarto de baño—. He tapado con masilla una grieta del azulejo. Debería funcionar por ahora. Luego me dices. De momento hay que dejarla secar. ¡Hoy no te duches! —y se rió.

—¡Pero cómo que no puedo ducharme! Hoy necesito salir.

—Me dices luego cómo ha quedado, a lo mejor tengo que venir después a lijar la masilla. ¡Gracias, Brenda! Que tengas un buen día.

—¡Hasta luego! —dijo Brad.

Se cerró la puerta. Respiré aliviada, aunque era un alivio minúsculo. Aún tendría que lavarme y arreglarme sin usar la ducha.

Cuando terminé el día de trabajo empecé los preparativos. Quizá necesitaba inspirarme para esta cita. Para encontrar el amor es necesario creer en el amor. Si no, ¿cómo voy a reconocerlo cuando lo encuentre? Fui a buscar mi postal de San Valentín para cargarme de esa energía.

No estaba.

Miré por todas partes del salón. Por el dormitorio. Incluso en sitios donde sé que jamás estuvo, como el cuarto de baño y la cocina.

Nada. Intenté reconstruir la escena mentalmente: esta mañana abrí la postal, casi me caí al suelo y después… dejé la postal en la mesita junto a la puerta.

La revelación me atravesó como un relámpago. Visualicé en mi recuerdo la postal, que se quedó semiabierta encima de la carta del banco. Cuando Brad se llevó su carta del banco, debió haberse llevado la postal, probablemente.

Si la lee, a lo mejor va a sentirse celoso. Pero debería ir a pedírsela en cualquier caso. Algo como: *Hey, disculpa, ¿tienes una postal de San Valentín que me han enviado?*. Pero la va a leer igualmente, eso seguro.

¿Cuál era el mensaje de la postal?

Desde el momento en que te vi, ocupas un lugar en mis sueños. Brad.

Caí al sofá y me quedé inmóvil con la boca abierta más de diez minutos mientras trataba de analizar las consecuencias de este detalle. Brad, el que me manda postales, había escrito un punto y luego su nombre. Esto es la manera convencional de firmar una nota a mano, ¿no? Quizás debería haberlo escrito un renglón más abajo, apartado del texto de la dedicatoria. Porque al dejar el punto, parece como si…

Desde el momento en que te vi, ocupas un lugar en mis sueños. Brad.

Porque visto así, parece como si yo misma le hubiera escrito la postal a Brad, a mi vecino el que se lleva mis cosas.

Es un punto, ¿verdad? ¿O una coma? Si es un punto creo que no pasa nada. Pero si es una coma, sí. Ya no me acuerdo. Alguna gente escribe comas como si fueran puntos, o al contrario. Muchos ni siquiera saben usar los signos de puntuación correctamente.

Cabía la posibilidad de que se la hubiera llevado por error. Pero el hecho es que se la había llevado y muy probablemente la había leído ya. Y él no es una persona que no sepa interpretar la ortografía, estoy segura: él lee mucho.

Bloqueé todos mis pensamientos. Me puse en modo automático para terminar de vestirme. Me miré al espejo. ¡Tengo una cita!

10.

Sonó el timbre de la puerta de abajo. Era Brad, mi cita. Bajé rápidamente por las escaleras. Allí estaba Brad con un paraguas en la mano. Era un hombre sacado de una película romántica. Gran sonrisa, presencia física, encantador. Lo que cualquiera hubiera deseado.

—Hola, Brenda. Me alegro de verte —dijo con una sonrisa. Después cambió su tono—. ¿Te encuentras bien? Parece como si hubieras visto un fantasma.

—¡Hola! Estoy bien, ¿y tú? Lista para la cita.

Fuimos a cenar directamente a un sitio a unas manzanas de mi casa. Por el camino hablábamos de nuestra semana. Él sujetaba el paraguas y me cubría de la lluvia. En ocasiones notaba que acercaba mucho su cuerpo al mío y después se alejaba.

El restaurante francés *Petisserie* tenía fama de caro y romántico. Para el día de hoy habían hecho una decoración de San Valentín con globos en forma de corazón y guirnaldas rojas. Nos sentamos en una mesa con velas.

—¡Buenas noches! Soy Gaetan, su maître para esta noche. Queremos ofrecerles una experiencia única para esta ocasión tan especial. Tenemos un menú de San Valentín con el que pueden celebrar el amor y acercarse más y más, con cada plato, a la unión con su alma gemela. ¿Desean el menú completo de siete platos con maridaje de vinos?

—¡Por supuesto! —dijo Brad—. ¿Qué te parece, Brenda?

—C-claro, claro. ¡Por supuesto! —dije apabullada.

—*Magnifique!* —dijo el maître—. Si tienen algunas alergias, díganme. Ahora les dejo con un vino de bienvenida.

Parece que estaba dando pasos significativos esta noche. Me sentí como si la ropa me apretase. El ambiente era un poco sofocante. Al menos empecé a relajarme después de unas copas de vino. Los platos fueron degustaciones diminutas, acompañados de una extensa explicación del maître.

Brad estaba contando una historia muy divertida de su trabajo. Yo hacía un esfuerzo por tratar de memorizar la historia y los nombres de los colegas por si alguna vez volvía a contarla, pero de algún modo mi atención quería salir de ahí.

—…y este otro tío, Jordan, de Accounts Payable, viene con el informe que había hecho yo y me dice: *El Director te ha enviado esto*, y yo le digo: *¡No, lo he escrito yo mismo!* —Brad se reía con una copa de vino en la mano.

—Ajá.

—Ya ves que se me da bien lo de crear mensajes —sus ojos miraban casi de lado, detrás del cristal de la copa—. A propósito de eso, ¿qué te pareció mi postal? No me has dicho nada.

La pregunta me cayó como una ducha de agua fría. No sabía muy bien qué contestar. Realmente no la tuve en mis manos más de diez segundos.

—¡Ah! Una propuesta muy alineada con el día. Quiero decir, muchas gracias. Fue un detalle escribir a mano —respondí. Empezaba a sentir más calor y un cierto sentimiento de desorientación.

—Quería que supieras cómo sé crear momentos especiales… —dijo Brad arrastrando las palabras.

Se me cayó el tenedor al suelo.

—¿Desean postre? —dijo el maître Gaetan, que acababa de venir.

—¡No, gracias! Está todo bien —respondí yo.

—¿Quiere que le traiga otro cubierto?

—No se preocupe, de verdad. ¿Nos puede traer la cuenta, por favor?

—¿Estás bien? —preguntó Brad cuando el maître se fue.

—Sí, es solo… es el cansancio de la semana. Disculpa.

Pensamientos positivos. ¡Zen! Estoy bloqueando todo muy bien.

Volvimos a casa. Llovía bastante, por lo que no hablamos mucho. Al llegar a mi portal, Brad me dijo lo siguiente:

—Brenda, comprendo que quieras esperar. A mí no me importa esperarte.

¿Qué es esto? ¿Psicología inversa? Me manda una postal de amor, me hace la corte en el restaurante romántico y ahora dice que no le importa esperar. Dejemos a un lado lo que yo pienso, porque realmente no es importante en este momento. Él tiene claramente una intención y ahora me tira la bola a mí. Creo que ha llegado el momento de hablarle claro de una vez.

—No te preocupes, de verdad. Lo he pasado muy bien. Tenemos que hacerlo otra vez —dije yo, mientras me preguntaba a mí misma qué estoy haciendo.

—¡Genial! —dijo, y se acercó para besarme.

—¡Disculpa! Estoy resfriada. No quisiera pegarte mi resfriado, sobre todo con ese *meeting* tan importante que tienes el lunes.

—¿Eh? Está bien, pero… ¿es por eso que te sentías tan acalorada en el restaurante?

—¡Exactamente! Seguro que debo tener la fiebre altísima.

—Vaya… en ese caso aprecio que hayas podido cenar conmigo. ¿A lo mejor te gustaría que subiera contigo a tu casa?

—N-no, no, ¡de verdad! Me meto en la cama corriendo —dije yo, como si le leyera la mente.

—Okey…

—¡Hasta pronto! Quiero decir, nos vemos —dije y cerré la puerta del edificio.

Llegué a casa y me senté en el sofá con la luz apagada. Una sombra se movió a mi alrededor. Era mi gato Wink. Encendí la luz. Me echó una mirada gatuna desvergonzada, como diciendo: *ten cuidado con lo que deseas*. Este felino es más sabio que yo. Me arrodillé para intentar abrazarlo. No es fácil abrazar a un gato. Creo que estuvimos

en contacto por dos segundos y medio antes de escurrirse entre mis brazos como si estuviera hecho de algún líquido. Se fue hacia la cocina a comer algo.

Me di cuenta entonces de que del piso de abajo sonaba algo de música. Me agaché un poco. Probablemente Brad estaría viendo una película. ¿A lo mejor iba a tener que decirle que bajase el volumen? Miré mi móvil. Eran cerca de las once de la noche. Cero mensajes nuevos.

De repente el ruido paró. Sentí frío en las piernas y resolví ponerme el pijama y meterme en la cama. Apagué la luz. Unos segundos después mi teléfono vibró con una notificación. Abrí el móvil, casi cegada por la pantalla. Era un mensaje de Brad el *nerd*:

Hey, muchas gracias por la postal. Podemos hablar más.

Me costó un poco dormirme esa noche.

11.

Cuando tenía once años me encantaba leer. Tras la escuela podía pasarme el resto del día leyendo hasta que mi madre me llamaba para cenar. Era popular en la escuela, normalmente sabía todas las respuestas y participaba bastante en clase. Cuando mis amigas y yo entramos en la pubertad, comenzamos a maquillarnos. Era una forma de sentirnos mayores, de acceder a otro mundo. Recuerdo una frase que me dijo mi amiga Tessa:

—Brenda, tienes que dejar de leer. Si sigues leyendo tanto te van a poner gafas. Las chicas con gafas no son guays, ni llevan maquillaje.

Con once años no sabía qué respuesta darle. Me miré en el espejo y pensé en qué tenía que transformarme, y que no había demasiado tiempo para ello. Las niñas a mi alrededor se estaban convirtiendo en mujeres y, en ese momento, había que decidir qué tipo de mujer quería ser.

—Tienes que hacerlo para que no se rían de ti —me dijo Tessa mientras se pintaba las pestañas frente al espejo—. Cuando se ríen de mí, me siento mal un día o dos, después se me pasa. El problema es que ellos no se olvidan. Tienes que controlar el mensaje que das a los demás.

—¡Pero yo quiero ser yo misma! —dije yo.

—Escucha —Tessa se volvió hacia mí y me dirigió una mirada vacía con las pestañas que se acababa de poner—. Brenda, esto es muy bueno. Por eso lo hacen todas.

Todo mi entorno me proyectaba la imagen de mujer que tenía que ser. Pero realmente no era algo impuesto por otros, sino un ideal que la mayoría de las chicas buscaban desde dentro. Porque era muy bueno. Es más, veía que los chicos recompensaban este cambio

de aspecto prestando más atención a las chicas. Era como un superpoder.

Dejé de leer. Dejé de participar. De repente era la más popular. Otras chicas se quedaron atrás, pensé. Yo hice lo que era necesario.

Muñecas, princesas, actrices… Yo hice lo mismo que ellas. Y por eso llegué a donde estoy ahora.

Estudié varios años, siempre manteniendo una activa vida social, lo cual me permitió conocer gente interesante. Mis estudios me sirvieron para hacer *networking* y desarrollar carisma al mismo tiempo. Sé cómo vender una idea o proyectar la imagen que necesito. Conocimiento y buena presentación. Cuando me miro en el espejo, imagino a Tessa y lo que diría de mí. Creo que hice un buen trabajo.

Subí rápidamente escalones en empresas multinacionales, cambié un par de veces de puesto, manteniéndome siempre en las mejores. *Fortune 500*. Soy capaz de alquilar yo sola un apartamento en Manhattan, pagar vacaciones e ir a restaurantes caros.

Y en este punto de mi vida, me está latiendo el corazón como nunca y no me puedo dormir, porque mi vecino, el estudiante, el que no se peina y no para de leer, me ha mandado un mensaje. Brad, el *nerd*.

12.

A la mañana siguiente llegó otro mensaje:

Hey, hay proyección de una película en mi facultad mañana a las siete de la tarde. ¿Te apetece venir? Si no es muy tarde después del trabajo.

Muchos días aún estoy trabajando a esa hora. Probablemente tendría que dar alguna explicación a los que se quedaban en la oficina a esas horas. Como Tim, por ejemplo.

¡Hola! Claro, ¿dónde nos vemos?, le escribí.

¿Demasiado efusiva? Creo que estoy pensando las cosas demasiado. Por una vez me gustaría dejarme llevar.

Lunes por la mañana. En el trabajo tuve una tormenta de preguntas de Liss:

—¡Brenda, no te escondas! ¿Qué pasó con la cita? Nos tienes a todos en ascuas y yo aquí sin saber nada.

—¿A todos? ¿Qué quieres decir? ¿Es que se lo has contado a alguien más, aparte de Jones?

—Bueno, tú ya se lo habías contado a más gente, ¿verdad? —Liss se mordió el labio.

—Pues no, solo a ti y a Jones —respondí.

Samantha apareció por la puerta como un reptil:

—¡Brenda, cariño! No sabía que tenías un novio. Me alegro mucho y te doy la enhorabuena —dijo con una sonrisa.

—¡Hola, Samantha! Bueno, en realidad no es exactamente así…

—Mi Dilan y yo tuvimos el mejor San Valentín. Muy romántico. ¿Qué tal el tuyo?

Sentí que mi sistema *fight or flight* se activaba.

—¡Samantha, que acaban de empezar…! Aún es pronto para contar esos detalles —dijo Liss.

—¡Pero si las cosas más románticas se hacen solo al principio! En fin, Brenda, ya me contarás.

Samantha se escurrió por la puerta como una cobra.

—¡Liss, qué es esto! ¡A ella no…!

—¡Escucha, no es lo que parece! —se excusó Liss—. Me dijo que estuvo hablando de San Valentín contigo la otra semana y pensé que ya se lo habías contado. De todas formas, no deberías mantenerlo en secreto si es algo que te hace feliz. —Se acercó más a mí y me preguntó en tono confidencial—: ¿Entonces ya es oficial? Tuviste la cita el viernes, ¿y qué pasó?

¿Cómo se lo explico? Mejor no se lo explico. Me lo tengo que explicar a mí misma primero.

—Fue una cita ideal. Brad es un príncipe. Tenemos muchas cosas en común. Cuanto más hablamos siento que conectamos más y más. En fin, es fantástico poder conocer a alguien finalmente.

—¡Oh, Brenda, cuánto me alegro! —exclamó Liss—. A lo mejor podíamos pensar en hacer una cita con parejas, ¿no crees?

—Alto ahí. Para eso es definitivamente muy pronto. Quiero dejar pasar el tiempo un poco, para conocernos más.

—Claro, eso lo entiendo. Un poco de privacidad hace falta también en este momento —me guiñó un ojo.

Al final del día me encontré con Tim.

—Hoy voy a salir un poco antes, termino los informes mañana a primera hora —lo informé.

—Ah, es verdad. Entonces, Brenda, ¿tienes un novio? —me preguntó a bocajarro.

—Bueno, Tim…

—¿Y por qué no fui yo el primero en enterarme? ¡Vaya, Brenda, pensé que teníamos confianza! —dijo riéndose ruidosamente.

Parece que esto es ya de dominio público…

13.

Salí del trabajo dando pasos largos, casi empujando a las personas de la calle. Tomé rápidamente el metro en dirección al campus de Brad.

Durante el viaje me senté y suspiré. Iba vestida de manera formal para la oficina, con traje de negocios. Lo que venía ahora no tenía nada que ver con ello. Miré a la ventana y esbocé una pequeña sonrisa.

La atmósfera en el campus era relajada y distendida, y me llenó de nostalgia. Grupos de amigos se sentaban a charlar en la hierba o en las escaleras de los edificios. Poco a poco se me disolvió el nudo que llevaba en el estómago.

Brad estaba sentado en un escalón, en el atrio del edificio donde habíamos quedado. Sonrió tímidamente cuando me saludó. Llevaba una camisa de franela con cuadros abierta. Su pelo era un desastre, como siempre.

—Espero que no sea muy tarde para ti —me dijo.

—Ah, no te preocupes, acabo de salir del trabajo.

—¿Tan tarde? Yo he salido de una clase ahora mismo.

Brad era estudiante de posgrado en Estudios Culturales y este era el edificio donde tenía las clases. Nos dirigimos al lugar de la película mientras me iba explicando las divisiones y los departamentos. Reparé en que la proyección sería en una de las aulas. No iba a ser en un cine con palomitas.

—¿Entonces vamos a ver la película en una de las salas? —pregunté.

—Sí. Un compañero va a presentar un ciclo de películas para después hacer un comentario cultural.

—¿Quieres decir que van a estar tus amigos y compañeros de clase también?

—Sí, pero no te preocupes, también va a estar Pearl, a la que ya conoces —respondió.

Como si la hubiesen invocado por sus palabras, Pearl salió a nuestro encuentro en el pasillo en ese momento. Vivaracha como siempre. Se desvanecieron mis esperanzas de intimidad y algo romántico para esa tarde.

—¡Hola! ¡Hola, Brenda! ¡Qué bueno que hayas venido! No sabía que te interesaba el cine surcoreano.

—¡Hola, Pearl! Yo tampoco sabía que a ti te gustaba —dije yo—. Me alegro de verte.

—¿Está Santi ya dentro? —preguntó Brad.

—Sí, está ajustando la tela del proyector. Me ha dicho que le ayudes a poner los subtítulos.

—Ok. —dijo él—. Brenda, aquí está Pearl, a la que ya conoces, y luego estas de aquí son Ruth, Crystal, Yijing y Tanya.

—Encantada de conoceros —dije yo—. ¡Vaya, sois casi todas mujeres aquí!

—Bueno, también está Santi, que está dentro, pero él es gay —dijo Ruth, creo.

—¿Y tú eres profesora de qué especialidad? —preguntó Tanya.

—Ah, no, no, yo no soy profesora del campus —dije yo riéndome. Probablemente lo dijo por mi traje, pensé—. Trabajo en Manhattan y soy vecina de Brad.

Hubo un silencio extraño, que fue roto por Santi asomándose desde la sala:

—Por favor, empezad a sentaros dentro, si no, la gente de fuera que venga no va a querer entrar. —Me miró con sus ojos hinchados y me sonrió—. ¡Por favor! Pasad todos. Tenéis un panfleto del ciclo en la mesa del profesor.

Cuando terminaron de hacer el *setup* en el ordenador, me senté junto a Brad en la segunda fila de mesas. Pearl y las chicas estaban sentadas del otro lado. Había risitas que venían de ellas, pero era imposible saber lo que estaban diciendo. Aparte de nosotros había unos pocos alumnos surcoreanos que habían venido para ver un filme en su idioma.

Trataba sobre un monje budista que vivía en el centro de un lago. La película era un recuento de su vida, representando cada etapa como una estación del año.

Miré a Brad un par de veces durante la proyección. Él parecía estar enormemente concentrado en la película. Una de las veces me pilló mirando y me dijo:

—No te preocupes. Yo ya la he visto.

Intenté relajarme. Era una historia muy tranquila y para nada difícil de seguir, pero lo cierto es que mis ojos estaban ya cansados después del largo día y me costaba seguir los subtítulos. Cuando un personaje ya había terminado de hablar, yo todavía no había completado el subtítulo. Por suerte no había muchos diálogos.

Cuando la película acabó, Santi salió a la mesa del profesor y dio un pequeño discurso sobre la dirección. Nos preguntó qué pensábamos de la película. No sabría reproducir con exactitud lo que dijeron algunas personas, pero alguien dijo que era una metáfora de los cambios en la vida. Otro explicó la simbología budista de algunas escenas que por lo general no se entiende en Occidente. Hubo un pequeño debate. En cierto momento Pearl tomó la palabra:

—Me parece que todos vemos la película a través de un prisma cultural y conceptual determinado. En ese sentido creo que sería interesante que alguien ajeno a nuestra especialidad diera su opinión. —Se volvió hacia mí—. Brenda, ¿a ti qué te ha parecido la película?

Ardillita linda. ¿Otra vez me pregunta mi opinión? Sentí todas las miradas de la sala puestas en mí, como una radiografía. Brad me miraba y esperaba mi respuesta. Inspiré hondo antes de hablar:

—Gracias, Pearl. Creo que las imágenes de la película son muy intencionales y sin duda esto debe ser un efecto de la dirección. Tiene una fotografía preciosa.

Hubo un par de murmullos de aprobación. Me quedé satisfecha. He vendido proyectos con más presión. A esto lo llamo yo una improvisación coherente.

—Bueno —intervino Santi—, creo que eso puede abrir la reflexión para muchos de nosotros. —Hizo una breve pausa al hablar—. La semana que viene no vamos a poder tener esta sala, por lo que ya os indicaré dónde podemos reunirnos…

Comenzaron todos a levantarse. Brad conversó un poco con sus compañeros de temas de clase. Yo comenzaba a sentirme inquieta. Estaba a punto de decirle a Brad que me iba cuando se despidió de todos.

—Brenda, te vas ya, ¿verdad? Yo también. Te puedo acompañar al metro.

—Bueno, vivimos en el mismo edificio —respondí.

—Ah, sí, es verdad. Vale, ¿vamos juntos entonces?

¿Por qué me pregunta? No respondí. Caminábamos por los jardines del campus hacia la estación.

—No te enfades con Pearl —me dijo Brad de repente—. Ella es así. Le gusta mucho hacer preguntas. Su padre era policía.

—Bueno, que Pearl me pregunte mi opinión en público no tiene importancia, pero igualmente yo estoy fuera de mi ambiente. Tú estás aquí como pez en el agua —le respondí.

—¿Y tú no?

—Bueno, yo llevo años ya fuera de este mundo de universidades y campus.

—¿Y qué es lo que haces? —me preguntó.

—Como representante de negocios, básicamente esquivar balas mientras me pegan tiros. Pero estoy acostumbrada. Vendemos muchas cosas.

—Me recordaste a la fábula del mosquito y el toro —dijo Brad crípticamente.

—¿Fábula? —le dije confundida. Miré a este hombre extraño. En sus ojos profundos había una intención traviesa, como la de un niño, al mismo tiempo transmitían mucha calma.

—Sí, es una historia que aparece en Esopo y tiene antecedentes mesopotámicos. El mosquito se posó en el toro y se puso a molestarle. Le gritó y le dijo de todo. Al final se fue y el toro dijo: *¿Qué?*

—Bueno —respondí yo un poco perdida—, sí, en ocasiones me siento como el toro.

—Pero volviendo a lo de antes, lo que dijiste tiene sentido. Puedes disfrutar de la película sin importar quién seas o de dónde vengas…

Nos sentamos juntos en el metro. Había bastante gente entre ciertas paradas, por lo que no hablamos mucho. Sé que en Nueva York a la gente le da igual oírte. Me refiero a que la cantidad de gente en esta metrópolis te da cierto anonimato en espacios públicos. Pero finalmente estaba conociendo a alguien…

—¡Es un tema genial para un artículo…! —dijo Brad interrumpiendo mis pensamientos.

De repente me pareció que lo que acababa de decir era un poco raro. Es más, Brad era un tío bien raro. Ninguna de mis citas anteriores hubiera dicho algo así, en este momento. Me hundí en una espiral de pensamientos similares.

—Ok… ¿Y eso viene a cuento de qué ahora? —le solté de manera seca.

Él se quedó un poco parado, sin saber qué responder. Su labio inferior tembló levemente.

—Es solo que… Oh, no te preocupes —dijo él, mientras su mirada se hundía en la multitud.

Nos quedamos en silencio mientras el tren llegaba a otra estación.

Llegamos a casa. Subimos por las escaleras. Al llegar a su piso llegó el momento de la despedida.

—Bueno, muchas gracias por invitarme a ver la película, me pareció muy interesante —le dije.

—Ah, sí, es una que tiene muchas cosas para diseccionar, muchos simbolismos y mensajes para analizar. Me alegro de que te haya parecido interesante —dijo él de una manera muy cerebral—, aunque a alguna gente no le gusta.

—Bueno, pues ya nos veremos.

—Sí. Nos vemos —dijo, y se metió en su casa.

Cuando llegué a la mía, el gato salió corriendo del salón. Creo que había estado arañando el sofá hasta que yo llegué. Era un poco tarde y se sentía abandonado, probablemente.

Me puse a cocinar cualquier cosa, pensando en por qué no había comprado algo de camino, *take-away* o comida callejera.

La cita había comenzado tan bien. Reconozco que incluso disfruté la película, aunque no tenía ninguna expectativa de ella. Hubo momentos en los que me sentí en sintonía con Brad. Era refrescante. Y por otro lado…

¿Por qué es tan raro? ¿Qué he estado haciendo esta tarde? Perder el tiempo. Yo merezco a alguien como Brad, el *Finance Bro*.

Antes de acostarme me miré al espejo para quitarme el maquillaje del día. Cuando me metí en la cama, la sentí fría, como si me faltase un abrazo.

14.

Al día siguiente veo que Tim viene corriendo por el despacho de la oficina.

—¡Brenda, has visto el *email*?! —me dice acelerado.

—Buenos días, Tim. No, ni siquiera he abierto el ordenador.

—Ok. Tenemos que estar en San Francisco mañana a las nueve de la mañana. Recibimos una invitación de última hora a un *meeting* no oficial del cliente con un competidor. Nos van a dejar entrar para presentar nuestra propuesta. Tiene que ser en persona.

—¿Cómo? ¿Así, sin ninguna antelación? —pregunté yo atónita.

—Porque no estábamos invitados. Pero el Director acaba de convencer al cliente: quiere que presentemos la propuesta justo después del competidor. En principio será solo un día.

—Entonces, ¿tenemos que ir? —dije. Internamente me preguntaba: ¿por qué yo?

—Ya he hablado con el Director —la mirada de Tim era fija, una mezcla de entusiasmo, miedo y algo más—. Tengo los billetes. Vete a casa a hacer una maleta, nos vemos en tres horas en el aeropuerto.

Volví rápidamente a casa. Abrí una maleta y metí y doblé ropa lo mejor que pude. Me puse ropa cómoda para el vuelo y me dio tiempo incluso a descargar un *podcast*. ¿Un vuelo de seis horas con Tim? Iba a necesitar los auriculares. Wink estaba en algún sitio de la casa haciendo una siesta de catorce horas. No iba a molestarlo. Le dejé más comida y agua y me preparé para salir.

Tim no es mi jefe. El Director de Ventas, Irving Lasalle, que nos ha pedido asistir al *meeting*, es mi superior, pero está tan arriba en los escalones corporativos que no tiene tiempo de ver lo que sucede

abajo. Por eso Tim, que está en mi equipo como *senior*, acabó siendo mi mentor. ¿Cómo explicarlo? Me siento agradecida por haberme enseñado cómo navegar en el puesto. Es el que me recuerda mis responsabilidades, cómo hacer mi trabajo y vigila que no me salga del camino. Pero tengo que reconocer que es muy pesado.

Llegué al aeropuerto antes de tiempo. Tim ya estaba allí.

—¡Hey, Brenda! ¿Ya lo tienes todo? Para mí fue fácil —dijo señalando a su maleta—. Llevo varios días durmiendo fuera de casa.

Me daba miedo preguntar.

—¡Hola, Tim! Sí, ya lo tengo todo. Vamos a pasar los controles.

Tras un rato, tomamos un pequeño almuerzo en silencio y subimos al avión. Viajábamos en clase *Business* el uno al lado del otro. Me preparé mentalmente para las seis horas de vuelo. Tim suspiró:

—Bueno, ya estamos aquí. Lo mejor de estos viajes es que te ponen en un modo de alerta. Aprendes a priorizar más.

Oh, no. Quería hablar durante el viaje. Me saqué educadamente los auriculares de las orejas.

—Con experiencia no es difícil ponerse en modo automático. Uno no tiene que preocuparse tanto de organizar un día loco como hoy —dije yo.

—¡Exacto! Como un *cowboy* del Salvaje Oeste. Sale al desierto sin saber y, al mismo tiempo, sabe…

—Tim.

—Un duelo a pistola en el Salvaje Oeste debería haber sido así, ¿verdad? Aunque te puede caer una bala, sales a esa calle sabiendo que todo se decide en un segundo, sin que tengas control ninguno, apenas…

—Tim, ¿estás bien?

—Brenda —hizo una pausa y me miró—, me voy a divorciar.

—Cielos, Tim. Lo siento muchísimo —le dije de manera auténtica, sin fingir emoción. De hecho ya venía preparada. Llevaba meses viendo

esto venir. Para lo que no estaba preparada era para tener que hacer de terapeuta durante seis horas, o más.

—Maria me dio el aviso ayer. Yo ya tenía mis cosas fuera de casa. Pero igualmente es un golpe.

—Lo lamento muchísimo.

—¿Cómo podía haber previsto esto? Brenda, Maria y yo éramos perfectos el uno para el otro.

—¿Perfectos en qué sentido?

—¿Cómo decirte? Ella podía leer todos mis pensamientos. Todas sus experiencias en la vida tenían un equivalente en la mía. Se podría decir que antes de conocernos habíamos llevado vidas paralelas.

—Comprendo —dije yo de manera simpática. Creo que Tim entendió literalmente que yo lo comprendía.

—¡Claro! —dijo él—. ¡Tú estás enamorada de tu nuevo novio, Brenda! Tú sabes de lo que estoy hablando.

—Tim, bueno, eso es un tema complicado —respondí. No quería empezar a hablar de los Brads.

—Siempre es complicado, Brenda. Por eso no hace falta poner etiquetas.

—De todas formas, Tim, cada experiencia es distinta y las personas son tan diferentes. No se puede predecir…

—¡Déjame que te diga lo que tienes que hacer y lo que no tienes que hacer! —continuó—. Escucha siempre, pero no hagas caso a todo. Aprende a tomar la palabra si estás en silencio…

—Es verdad, la comunicación es muy importante…

—¡La gente no sabe qué significa esa frase! —exclamó Tim—. La comunicación no, más bien la intención es importante. Es decir, si haces algo, explícame qué cuernos quieres decir, por qué lo haces…

Fue una hora muy intensa, pero al final Tim se durmió. Llevaba toda la noche sin dormir. A veces no queremos que nos afecten los mensajes que nos rodean, pero es inevitable que nos toquen, a no

ser que vivamos protegidos como plantas exóticas de un invernadero que necesitan una cierta temperatura, luz y humedad.

Me pregunté qué había pasado en mi vida últimamente y qué se me escapaba. La cita con Brad el *nerd* fue una decepción, pero solo al final. Estoy empezando a conocerlo, pero no estoy segura de si quiero seguir. Brad el San Valentín fue una cita soñada y perfecta, y si no salió mejor fue por mí. Las palabras de Tim hacían eco en mi cabeza. Sentí algo de miedo. Quiero estar segura de lo que estoy haciendo, y quiero seguridad. Resolví enviar un par de mensajes esa noche.

Yo también dormí un poco en el vuelo. Tuve un sueño muy corto. Paseaba por un prado cercano a la casa donde crecí, en el campo. Alguien me dijo que la gente había estado cortando plantas y que ya no era lo que era. Yo me senté en el suelo. De repente era una niña. En ese instante, de la tierra salió un manantial de agua.

Me desperté con un respingo de Tim. Parece que el pobre estaba teniendo una pesadilla.

15.

Llegamos al hotel casi a las siete de la tarde. Mi habitación era una *suite* para mí sola. Estaba cansada, así que le mandé un mensaje a Tim para irnos a cenar temprano al restaurante del hotel.

—¿Por qué no le pedimos a Samantha que haga estos viajes? —le dije mientras me llevaba un bocado de ensalada a la boca.

—Brenda, no puedo. Ella tiene una familia con tres niños. Se me parte el alma.

—Debería haber igualdad en el equipo para estas cosas —dije yo de una manera un tanto sentenciosa. Tim siempre protege a Samantha.

—Las prioridades cambian con una familia. Mis hijos son ya mayores, pero siempre lo tuve en cuenta.

No quise continuar la conversación en esa dirección. Ya habíamos hablado bastante de esas cosas en el avión. Pasamos a planificar el *meeting* de mañana. Había un problema: a lo mejor no nos daba tiempo a revisarlo todo. Es más, Tim me dijo que parte del equipo del cliente iba a llegar pasado mañana, es decir, que íbamos a tardar varios días, probablemente el resto de la semana. Entretanto quizás me daba tiempo a preparar unas diapositivas por la noche.

—Déjame que las haga yo —dijo Tim—, por las noches apenas duermo de todas maneras.

Tomé un baño de burbujas en la habitación. Tenía unas vistas fantásticas de la bahía que casi podía ver desde la bañera. Tomé unas bebidas del minibar y las llevé al baño.

Me acordé de que nunca puedo hacer esto en casa: solo tengo una ducha. Me pregunto si ya se secó el recalo. Brad. Ya estaba en mi cabeza otra vez. Hice un gesto para sacudirme los pensamientos.

Ya seca y con el pijama, me quedé mirando las luces del puerto y la bahía desde el *fauteuil* con otra copa de vino blanco. Mandé un mensaje a Brad de Finance:

¡Hey! Aquí estoy en San Francisco por un viaje de trabajo, mirando las luces desde mi habitación. ¡Un beso! Adjunté una foto de las vistas. Él estaba conectado.

¡Hey! Wow, impresionante. ¿Es desde el Hyatt?, respondió él en breve. Por supuesto, alguien de su perfil debería estar familiarizado con este tipo de hoteles. Él era muy viajado también.

¿Cómo lo sabes? Las vistas desde aquí son brutales.

Si estás en esa zona deberías probar el Allington mañana para cenar. He ido tres veces y me encanta.

Me envió un emoticono guiñando el ojo. *Winking*. Wink. Mi gato. No había pensado en el gato. Si me tengo que quedar hasta el fin de semana, estará solo unos días. La comida y el agua le deberían durar. O a lo mejor no, por ejemplo, si tira el plato del agua.

¿Y si le pedía a mi vecino que se pasara a echar un vistazo? A Brad. Comencé a escribir un mensaje. Estaba conectado. En Nueva York sería un poco tarde por la diferencia horaria, pero bueno…

Hey. Estoy en San Francisco por un viaje de trabajo. Al principio era solo una noche, pero las reuniones parecen que se van a alargar hasta el fin de semana. ¿Te puedo pedir que vayas a ver si mi gato Wink está bien y con comida? Le puedes pedir las llaves a Dukakis.

Me responde:

Hola. Eso parece mucho trabajo para cualquiera. ¿Cómo te sientes? En cuanto a lo del gato, sí, claro. Mañana me paso.

¡No me preguntes cómo me siento! Esa es la puerta que precisamente estoy tratando de mantener cerrada.

Miré los barcos y las luces de los puentes recortados en la noche. Se veía mucho menos que antes. No sé qué me hizo hacer una nueva foto de este paisaje y mandársela a este Brad, que me respondió:

Las letras del edificio del puerto están montadas al revés a propósito, para que se lea SAN FRANCISCO cuando llegas de barco. La vista desde el otro lado de la bahía debe ser también bonita.

Es una respuesta rara, pero me gustó.

16.

Al día siguiente tuvimos el *meeting*. Tim había conseguido sacar tiempo de no sé dónde para terminar un PowerPoint muy extenso.

—¿Lo quieres presentar tú? —me preguntó con ojos rojos.

—Pero, Tim —le respondí—, estos son tus pensamientos, tus palabras.

—Simplemente hazlo, conoces el tema mejor que yo —después se reclinó en el sofá—. Estoy totalmente agotado. Mejor que lo presentes tú, en serio. Somos un equipo.

Estábamos en un café en el edificio del cliente, justo antes de entrar a la sala. En ese momento Tim vio a alguien:

—¡Ah, Braulio! —dijo Tim levantando la voz.

Un hombre de unos cuarenta años se volvió. Elegante, con el cabello corto y la barba bien cortada. Se dirigió hacia nosotros.

—¡Hey, qué bien que estáis aquí! ¡Bienvenidos a San Francisco!

—Brenda, ¿conoces a Braulio Mejías? Es el representante de nuestro competidor hoy —dijo Tim.

—¡Hola! Solo por videoconferencia. Brenda Higgins.

—Un placer en persona, siempre. Dicho sea de paso, aquí y ahora los dos tenéis un aire cansado. ¿No queréis tomaros algo antes?

—Acabamos de tomarnos un café.

—De acuerdo. Escuchad. El cliente decide lo que tiene que decidir, o va a decir lo que tiene ya pensado de antemano. Poco se puede hacer hoy aquí. Por esto yo estoy dispuesto a ayudaros. Lo que nosotros no podemos ofrecer, se lo dais vosotros… Y ahora, creo que tenemos que pasar —dijo con una sonrisa, mientras apuntaba a la sala y se adelantaba a entrar.

—¿Qué piensas de este? —le pregunté a Tim cuando el otro se alejó.

—Está lanzando globos sonda a ver qué pasa. Sigue tu instinto —respondió Tim.

Pasamos a la sala. Se hablaron de muchos detalles técnicos, cuyo trasfondo yo misma no conozco, pero en resumidas cuentas ilustraban el problema del cliente.

Braulio soltó primero su parte. Después de presentar brillantemente la solución de su empresa, cargó contra nosotros, exponiendo todos nuestros puntos flacos y debilidades. Parecía un ataque directo.

Antes de comenzar mi parte, Tim me susurró:

—Ha ido a provocarte. Ten cuidado.

Me levanté lentamente con una sonrisa. Me puse a resumir primero y luego a detallar los pormenores de nuestra oferta. En ningún momento mencioné a Braulio y a su empresa. Para mí era como si no existieran. Cuando acabé me senté de nuevo junto a Tim:

—¡Bien hecho! —me susurró—. ¿Pero no dijiste nada del competidor?

—Tim, es como en la fábula del mosquito y el toro. Ni te inmutes.

El cliente agradeció las dos intervenciones. Mañana teníamos que exponer de nuevo a sus equipos técnicos y de investigación.

Braulio se nos acercó cuando ya estábamos fuera de la sala:

—Por favor, dejadme que os haga de anfitrión en San Francisco esta noche y acompañadme en la cena. Os llevaré a un restaurante de nivel —dijo con innecesaria galantería.

Yo ya estaba agotada de estar el día en la reunión. Se habían hecho ya las seis de la tarde.

—Por supuesto —dijo Tim—. ¡Pero tienes que saber que estamos acostumbrados a lo mejor de Nueva York!

—No os arrepentiréis —dijo.

Yo ya sentía que me arrepentía. Tenía un par de horas para descansar en el hotel. Miré el móvil. Tenía un mensaje de Brad, con foto:

Wink decidió que su agua no era lo bastante buena. Lo tiró todo. Limpié y le puse más.

Eché un vistazo a la foto. Era mi gato, posando con cara de deleite, como si estuviera en un anuncio de televisión. Miré bien, de nuevo muy extrañada. ¡Él nunca me deja que le saque fotos así! Nunca se está quieto. No sé qué ha hecho Brad o qué le ha dado.

¡Gracias! Parece que le gustas, le dije por mensaje.

Cuando bajé por el ascensor me pregunté cuántas cosas hago de forma automática y cuántas son de verdad el resultado de una reflexión. Quizás me parezco al *cowboy* que mencionaba Tim cuando estaba desvariando.

17.

El restaurante se llamaba *Temptation* y ofrecía una experiencia única con un *show* teppanyaki, cocina de fusión y vinos internacionales.

—Aunque ya que estáis aquí deberíais probar los de California, por supuesto —dijo Braulio.

Yo quería creer que el ambiente era distinto, ya que no estábamos en la reunión y no íbamos a tratar de negocios. Se trataba exclusivamente de una cena informal entre colegas de industria.

—Oh, creo que es algo que a Tim le va a gustar —dije yo, mientras le esperábamos en la puerta del restaurante—. Me imagino que vendrá enseguida.

Recibí en ese momento un mensaje de Tim:

Brenda, discúlpame, pero voy a quedarme descansando en el hotel. Ya no me puedo ni mover.

—Braulio, parece que Tim no va a poder asistir a la cena de esta noche —informé—, por lo que podemos ir a sentarnos tú y yo.

Los ojos de Braulio centellearon rápidamente:

—Por favor, llámame Leo.

Elegimos una mesa con plancha privada. Un cocinero se pasaría más tarde a hacernos los platos.

—¿Quieres una recomendación? —dijo Braulio—. Pide el menú completo para que traiga todos los ingredientes, luego le pides que te cocine lo que tenga la pinta más apetitosa.

—¡Caramba, veo que eres todo un experto! —le dije.

—Aquí donde me tienes, soy de los que tienen un pie en la oficina y otro en la cocina. ¿Y a ti te gusta más cocinar o que te cocinen?

—Si la comida es buena, los dos me gustan.

Sentí que estaba cenando con un tiburón experimentado. Rápido, pasaba de un tema a otro como si nadase entre las palabras y, en el momento más inesperado, mordía.

—Dime, Brenda, ¿qué piensas de California? Dicen que hay más espacio aquí que en Nueva York.

—A decir verdad, no he tenido la oportunidad de conocer demasiado —respondí.

—Me refiero para vivir.

—Estoy muy acostumbrada a Manhattan. Necesito ir en metro a todos lados —dije riéndome—. Además, tardo poco para ir al trabajo. Si tengo que ir en coche, no iba a conseguir pasar tiempo con mi gato.

Las pupilas de Braulio se dilataron.

—¿No sería un problema para tu familia si tienes que mudarte?

—Ah, vivo sola. Mis padres viven en otro estado.

Braulio hizo una pequeña pausa antes de volver a hablar:

—Escucha, hay una gran oportunidad ahora mismo. Mi director te vio en la presentación y ha dicho que está dispuesto a abrir una vacante para que puedas entrar en mi equipo. No me digas tu salario. Me ha dicho que está dispuesto a darte lo que le pidas. ¿Qué me dices? ¿Te gustaría ir sin abrigo en febrero?

Me quedé en silencio. Después cogí aire y le respondí:

—Escucha, Braulio…

—Puedes llamarme Leo.

—Leo, estoy segura de que es una gran oportunidad. Pero en el terreno profesional tengo el apoyo de un equipo muy bueno: Tim, Samantha, a la que no sé si conoces…

—Sí, una mujer formidable.

—…y por la parte personal, ahora hay ciertas cosas en mi vida que han empezado y me gustaría saber cómo acaban.

—Ya veo —Braulio se acariciaba el dedo anular.

—Por eso en este momento tengo que rechazar la propuesta —dije, y bebí un trago de vino blanco despacio.

—¿Nunca pensaste cómo sería empezar de nuevo? ¿Una nueva vida?

—Uno siempre sueña, eso no se puede evitar —reconocí yo.

—En efecto, inevitable sería que una bella mujer no alimentase los sueños de alguien —dijo sin desviar la mirada.

Me acordé de Tim de repente. *Está lanzando globos sonda*. Mi instinto ya me estaba dando pruebas de que este tío era un tiburón en todos los sentidos, pero nadie quiere dejar mal a nadie esta noche. Estamos en el mismo barco y nos vamos a ver las caras más veces. Decidí responder de forma directa con humor:

—¡Caramba, Leo, ya veo que eres un gran cocinero. llevas un rato cocinándome a fuego lento! Pero voy a tener que rechazar la oferta. El vino de California no me compra —dije riéndome.

Braulio rió mirando a la mesa. Pasamos el resto de la cena hablando de las *celebrities* de una costa y de la otra, y del tiempo en verano e invierno.

Me levanté de buen humor por la mañana. Abrí el balcón por el que entraba la luz del sol. Mi autoestima estaba por las nubes. Quise hacerme un café en la máquina de la habitación antes de bajarme a desayunar. Estuve respondiendo mensajes. Liss, mi padre, Brad el *Finance Bro*.

Este último no conocía el restaurante de anoche, pero comenzó a hablarme de otro restaurante parecido en Manhattan. Aún no me he decidido sobre qué va a pasar con él, pero todos necesitamos amigos, ¿verdad?

Brad el *nerd* me envió otra foto de mi gato. Parece que Wink se ha buscado un amo nuevo, a juzgar por su expresión en la foto. En medio de todo esto, sentí el impulso de preguntarle *cómo estás*. Y lo hice.

¿Cómo estás?, escribí.

Estoy bien, no muy ocupado, aunque tengo un trabajo importante para entregar esta semana.

¡Oh! ¡Buena suerte!, escribí con un par de emoticonos.

Tardé un instante en darme cuenta de lo que acababa de hacer. No es que lo lamentase, es que se me cruzó en mi mente la palabra que más miedo me daba.

Se sentía *natural*.

Me encontré con Tim en el desayuno. Parecía notablemente renovado.

—Buenos días, Tim. Me alegro de que descansaras. Pero te voy a decir que te perdiste algo por faltar a la cena —dije yo guiñando un ojo.

—Buenos días —saludó mientras se sentaba—. A ver, ¿qué se trae ese buitre?

—Me invitó a formar parte de su equipo.

—¡No! ¿De verdad? —Tim estalló en una carcajada

—.Oye, tú me tienes cariño, ¿verdad? Que si no, no voy a hacer las maletas y ya me quedo en San Francisco —le dije de broma.

—Esto explica muchas cosas —dijo él mientras se reía. Después se quedó absorto en sus pensamientos.

—Hay más —continué—. Después de que le rechazase la oferta, se me insinuó como un galán de telenovela.

Tim dio una carcajada más fuerte.

—Este Braulio es de lo que no hay. ¿Te crees que ya es famoso por eso en el sector? Luego le preguntas a Samantha lo que le dijo a ella.

Mis cejas se arquearon.

—Ella sigue con nosotros y tiene un marido y tres hijos, así que voy a pensar que le dio calabazas —dije yo con fingida seriedad, pero me estaba partiendo por dentro.

—¿Y tú le diste calabazas?

—Ya te he dicho, Tim: yo soy un toro y él es un mosquito.

18.

Durante la mañana tuvimos el *meeting* con los otros departamentos, escuchando gran cantidad de dudas técnicas que el equipo de investigación del cliente le hacía a su equipo técnico. Parece que todavía estaban muy verdes para tomar una decisión.

Fue muy aburrido. Braulio ni siquiera asistió. Probablemente porque era un tiburón que ya sabía que no le quedaba nada que aprovechar.

Tim se acercó a mí antes de la pausa:

—Brenda, sálte del *meeting* si quieres y aprovecha el día en la ciudad. Me quedo yo.

Tim estaba más protector que nunca. Creo que influenciaba el hecho de su reciente divorcio. Yo ya había pasado por algo similar con el divorcio de mis padres, hace tiempo.

—Gracias, Tim. ¿Te veo para cenar?

—Lo que quieras. O quédate a cenar en el lugar que te guste esta noche, no te preocupes. Ya nos veremos en el desayuno mañana. Tenemos el vuelo a las once.

De verdad, da totalmente *vibes* de padre. Quizás debería llamar yo al mío pronto.

En mi habitación me puse cómoda con ropa casual para salir. El día estaba soleado y se podía pasear sin el abrigo grueso, como Braulio había dicho.

Me apetecía hacer algo diferente. No quería ir a ver las típicas cosas que hacen los turistas. Además, estaba cansada. Fui a la recepción del hotel:

—¿Cuál es el sitio más cercano en el que tengan algo de meditación y masajes, en plan alternativo? Si puede ser, cerca de la naturaleza.

Me dieron la recomendación para poder llegar a un parque cercano donde había un sitio así. En un momento estaba subida en el taxi:

—Tiene suerte —me dijo el taxista—, el día está muy despejado, por lo que si va al mirador puede ver las vistas de la bahía.

—Me interesan más las del atardecer —respondí yo.

—Eso es fácil con el Pacífico al lado.

Cuando llegamos me quedé con su tarjeta para poder llamarlo de vuelta. Estaba delante de un lugar llamado *Karma*. El establecimiento estaba decorado con decoraciones indias y nativoamericanas. Tenía un pequeño café por el que entraba la luz del día y una brisa fresca. Salió un chico a recibirme con una sonrisa:

—Buenos días, ¿en qué te puedo ayudar? —me saludó.

Llevaba ropas holgadas y un estilo descuidado, como Brad, pero la diferencia era que este chico parecía hacerlo de una manera mucho más deliberada. Era el estilo del sitio.

—¡Hola! Buenos días. Me gustaría saber si hay masajes para hoy, y si puedo almorzar algo rápido.

—Por supuesto. Mi mujer puede verte ahora después para un masaje holístico. Te traigo la carta entretanto.

◆ ◆ ◆

—No sabía que mi espalda estaba tan mal. Estoy empezando a acumular las cosas que me pasan de forma física.

—A eso se le llama somatizar —me respondió Reggie, la masajista, mientras distribuía la presión de su muñeca contra mis lumbares.

—Noto que mantengo mucho las apariencias. Mi cara, mi voz, mi postura: está todo perfecto y acorde al momento —proseguí—. Pero en alguna parte de mi cuerpo se carga algo que me deja rígida.

—¿Y en tus sueños?

—Normalmente no sueño nada. Y continúo así hasta que finalmente tengo un sueño raro cuya visión me acompaña durante días.

—Mira, ahora estoy aplicando presión en unos puntos concretos para liberar tensiones. Tú aplicas presión de otra manera, si me permites que te lo muestre…

—Sí, por favor. No hay problema.

—Por ejemplo, ¿notas esta parte en el hombro? —dijo haciendo presión—. Está duro. Probablemente este no te lo puedo quitar. Pero he visto otras personas en las que algo así se termina soltando solo, que se arreglan con un cambio de vida.

—¡Pero me gusta la vida que tengo! Solo es que…

—…elegiste cosas y tuviste que rechazar otras. Ahora te faltan aquellas que pensabas que no necesitabas.

Me quedé en silencio un instante mientras continuaba el masaje. Sí.

—Sí —respondí finalmente—. Tengo una puerta cerrada en algún sitio de mí. Pero no deseo abrirla yo sola.

—Está todo bien —me dijo Reggie.

—Disculpa tener que contarte estas cosas —le dije con algo de vergüenza.

—No te preocupes. Forma parte del masaje de apertura.

—Me enseñaron a ser la mejor sin pensar en las consecuencias.

—¿Tuviste que renunciar a algo?

A mí misma, pensé.

◆ ◆ ◆

Caminé al atardecer cerca de la costa y comí algo de pescado en un restaurante de playa. Esperé a que el sol se hundiera y a que salieran las estrellas, mientras hundía descalza mis pies en la arena. No hablé con nadie, pero me sentía en conversación continua.

Quizás era el momento de empezar una nueva etapa. No estoy segura de si había sentido esto otras veces. Pero adivinaba un sentido simbólico que se despierta y le da sentido a lo que viene después. Todo esto era complicado. Miré las estrellas mecidas por el mar. Un fuerte sentimiento se apoderó de mí.

—Señorita —me dijo el taxista—, tengo que reconocerle que yo ya me encontraba preocupado. Pensé que le había pasado algo.

—¡Se me fue el santo al cielo y me olvidé de la hora! Lléveme al Hyatt, por favor.

Esa noche dormí profundamente.

19.

Tras muchas horas de viaje en el avión de vuelta, finalmente llegué a casa a las nueve de la noche del viernes.

Había sido un viaje tranquilo. Tim, en el desayuno, me dijo que se me notaba cambiada. Ciertamente me encontraba mucho más tranquila. Él parecía que ya había tenido suficiente terapia durante esta semana, por lo que durmió durante la mayor parte del vuelo.

Había comprado un par de libros en el aeropuerto, por lo que estuve entretenida con la lectura. Hacía tiempo desde la última vez que hice esto. Antes había sido un hábito natural.

Wink estaba bien. Daba la impresión de que Brad se había pasado también hoy por casa. Luego le escribiré algo. Espero que su tarea en la universidad haya ido bien.

De repente escuché un ruido atroz. Brad discutía con alguien. La voz de la otra persona no se oía, probablemente estaba al teléfono. Un par de exclamaciones más. Después silencio.

Le envié un mensaje a Brad:

¡Hola! ¡Gracias por cuidar de Wink estos días! ¿A lo mejor podemos vernos luego? Besos.

No oí nada más de él esa noche.

No tenía nada planeado para el fin de semana, por lo que empecé el día siguiente muy lentamente. Quería descansar del estrés del viaje. Después de desayunar salí a comprar algo de comida. Bajé por las escaleras, necesitaba mover las piernas.

Oí una conversación que venía detrás de mí:

—…¡No puede ser que después de este tiempo hayan estado jugando conmigo! ¿Es injusto o no? —dijo la voz de Brad.

—¿Y si te están poniendo a prueba? A lo mejor deberías esperar otro poco —dijo una voz femenina. Era Pearl, seguramente.

Esperé un poco en el rellano de abajo. Efectivamente, eran ellos dos. Brad venía acalorado y bastante enojado; su tono de voz era mucho más fuerte de lo que yo pensaba. La expresión de su cara era de enorme irritación pero, bajo todo, de dignidad ofendida. No sé por qué, sentí un deseo muy fuerte de ver más de eso.

—…¡Para que luego me vuelvan a hacer lo mismo otra vez! ¡Eso es lo que ellos quieren…! —Brad estaba apasionado en su discurso incendiario y no me vio al principio.

—¡Hola! ¿Todo bien? —saludé yo ingenuamente.

Brad se quedó congelado y sin saber qué decir:

—¡Brenda…! ¡Ho-ola! —dijo de una manera un poco torpe.

—¡Hola, Brenda! —saludó Pearl—. ¿De camino al trabajo?

—No, estuve de viaje de trabajo hasta ayer… hoy descanso —dije, pero no pude resistir enterarme de lo que estaba pasando—. ¿Está todo bien?

Los dos guardaron silencio. Noté que Brad estaba particularmente nervioso.

—Es un asunto de la universidad —dijo Pearl—, que se resolverá al final.

—No, no se va a resolver —dijo Brad con resolución.

—Ok, Brad, deberías darte una pausa en relación a esto. Vámonos al café como habíamos pensado —dijo Pearl mientras comenzaba a caminar.

—Brenda, ¿quieres venir? —preguntó Brad de repente.

—¿Eh? —dije yo confundida.

—Al café —el pobre estaba transpirando.

—Sí, claro —dije yo—. ¿Es aquí cerca? Vámonos.

En unos minutos estábamos los tres sentados en una mesa de un café del barrio. Brad miraba a su *matcha latte* fijamente. Pearl me

miraba con cierta suspicacia:

—Brenda, ¿tú no tienes planes para hoy? No quisiera hacerte cancelar alguna cosa si tu agenda está llena.

—Para nada —respondí—. Estoy de relax. Este café me recuerda al de *Friends*.

—Es que se hizo en homenaje al de *Friends* —dijo Pearl.

—¿En serio? Ahora que lo dices, es verdad. ¡Vaya! Esta parece una situación de la serie —dije yo riéndome mientras me estiraba en el sofá—. Pero ya no estamos en los noventa. Ahora tenemos internet, teléfonos móviles…

—*Matcha lattes* —dijo Brad.

—¡Exacto! —dije yo—. *Matcha lattes*, tostadas con aguacate…

Pearl estaba inquieta. Brad no decía nada. Terminé por romper el silencio.

—Entonces, Brad, ¿qué pasa?

—Es un sueño que no se va a realizar. Un espejismo. Un pozo sin fondo.

—Brad recibió una noticia de la universidad —se adelantó Pearl.

Ardillita, pensé, *¿por qué no le dejas a él que me lo cuente?*

—Entiendo que no es buena. ¿De qué se trata? —pregunté.

—Estuve cuatro años preparando mi candidatura para una plaza. Hice los trabajos necesarios. Asistí con ayuda a los catedráticos, colaboré con el departamento…

—Suena a mucho trabajo. ¿Estaba pagado?

—En parte, pero eso es lo de menos. Escribir y revisar artículos. Hacer administración. Es lo de menos.

—Es lo de menos —repitió Pearl, para recordarme que ella ya lo sabía todo.

—Estuve esperando a que hubiera un movimiento de personal en el departamento. Eso quería decir que se iba a abrir el proceso para la

elección de un nuevo candidato y… ya estaba… —dijo él sin terminar la frase.

—¿Ya estaba qué?

—Ya estaba elegido desde hacía tiempo —respondió agotado.

—Oh… entonces esta semana…

—Preparé mi candidatura de manera oficial y la entregué. Un profesor vino a hablar conmigo y me dijo: *Brad, te pido disculpas, tu ayuda ha sido indispensable todos estos años, pero esta posición pagada para doctorado no es para ti.* Y a continuación me dio todo tipo de razones absurdas…

—Pero él ya lo sabía desde hacía tiempo… —completé yo. Sí, ya había visto este mismo tipo de movimientos en empresas. Es curioso cómo el ámbito académico se parece tanto al *corporate*.

—Sí. Aún no es oficial. Pero no va a ocurrir.

—Bueno. ¿Quizás significa algo, no? —dije yo.

Brad y Pearl me miraron abriendo los ojos. Ahí estaba yo, haciendo interpretaciones de movidas laborales, igual que ellos hacían de sus películas y libros.

—Me refiero —continué— a que si la cultura de esa organización es tan sectaria, quizás no te merecía la pena quedarte allí.

—¡Esa es la palabra! Sectaria. Donde cada iniciado requiere rito y ceremonia para pasar al siguiente nivel —dijo Brad con amargo placer. Estaba empezando a disfrutar.

—¡Brad! No te rindas —exhortó Pearl—. Quizá el año que viene haya otra oportunidad.

—¡Imposible! Voy a tener que esperar a que el acólito que elijan pase la prueba de los brujos.

Me reí y Brad también se rió. Pearl, no tanto.

—Bueno, igual tienes que explorar otras oportunidades —dije yo.

Brad me miró con ojos tranquilos.

—Sí. Gracias, Brenda.

Ellos dos se quedaron mientras yo salía a hacer mis compras. Pensé que la situación de Brad era más segura que inestable. Aún conservaba su beca de ayuda al departamento.

Mi situación propia era holgada, pero los trabajos siguen la fortuna de las empresas. Fusiones, adquisiciones, ventas. Cada cierto tiempo somos vendidos.

No sé qué me pasa. Pienso que Brad es muy puro para este mundo de tejemanejes detrás del telón, personas que no se dicen la verdad y palabras que no significan lo que suenan. A mí esas cosas me resbalan. Es decir, no me afectan en lo personal. Se puede decir que esa es una de mis fortalezas. Otra de ellas es que, bueno, no soy muy mala cocinera.

Fui al supermercado. Compré ingredientes para cocinar esta noche.

Voy a hacer un *poké bowl* para dos.

20.

Eran cerca de las seis de la tarde. Había dejado todos los ingredientes frescos cortados, el pescado arreglado y el arroz hecho. Todo fresco para servir cuando fuera necesario. ¿Y ahora? El paso final.

Aún no le había dicho nada a Brad. Miré el móvil. Cero mensajes. Parece que voy a tener que ser yo. Le escribí:

Hey, Brad, me gustaría agradecerte por cuidar de Wink estos días. ¿Quieres subirse a mi casa a por una cena?

Me miré al espejo. Me había arreglado un poquito, pero no se notaba casi nada. La ropa bien puesta. Ningún pelo fuera de su sitio.

No hubo respuesta. No había pensado que a lo mejor él podía tener otro plan. Llevaba toda la tarde cocinando y quizás tendría que haber pensado en esto antes.

Brad me respondió:

Hey, estoy caminando por Central Park.

¿Oh, ok? ¿Dónde estás?

Cerca del lago.

Uf. Eso es un paseo un poco largo desde aquí. A los dos minutos me respondió:

Ok. Estoy un poco más lejos en realidad. Voy a tardar un poco.

Lo bueno es que esta comida no se queda mal por enfriarse. Podría quedarme esperando, o…

Aún es un poco temprano, le escribí. *¿Qué te parece si me encuentro contigo a la mitad y nos volvemos juntos?*

Eso podría funcionar. Comí algo ligero y me abrigué bien. Salí a la calle preparada para cualquier cosa, porque la cena iba a tardar hoy.

Central Park está frío en esta época del año y, además, ya está oscuro. Sin embargo, en este momento hay menos personas. Los espacios son más melancólicos, aptos para el paseo. Me puse en camino por un sendero entre los árboles. Había bastante gente en la pista de hielo, pero por lo demás la gente se apresuraba a buscar su cena o a descansar.

Mi corazón me temblaba un poco. Estaba aprendiendo a poner mis expectativas a examen. Lo que yo quiero es una cosa. Lo que se supone que tengo que querer, o que me dicen que debería querer, puede ser otra.

Caminé hasta que finalmente, en medio del camino, aún no vi a Brad. Al final llegué yo hasta el lago. Finalmente vi cómo poco a poco su silueta se aproximaba. Por su forma de andar parecía que llevaba horas caminando por el parque. Me alegré de que se hubiera abrigado bastante.

—¡Hola…! —le dije.

—Hey.

—¿Estás bien? ¿No tienes frío?

—Tengo un poco de hambre —me dijo con un hilo de voz.

—Está bien, tengo unos *crackers* aquí.

Nos sentamos el uno al lado del otro en un banco en silencio, solo interrumpido por el crujir de los *crackers*.

—Estás pensando en lo de esta mañana, ¿verdad? —le pregunté al cabo de unos minutos.

—Toda la tarde —respondió él con la mirada en el agua del lago. Después se frotó la cara con ambas manos—. Ya está. Ya está bien —me miró ahora—. Tenía que pasar.

—Si tenía que pasar, tenía que pasar —dije—. Estaba fuera de tu control.

—En su mayor parte, sí. Por mi ignorancia de muchas cosas que no tenía manera de saber —hizo una pausa—. ¿Sabes quiénes fueron los estoicos?

—Ah, no es una palabra muy común. ¿Los estoicos son como los masoquistas?

—No. Los estoicos hablaron de la aceptación del destino como condición del hombre —dijo Brad.

—Suena un poco masoquista.

—No es lo mismo. ¿Quieres que te ponga ejemplos de cada uno de ellos? —dijo Brad con sorna.

—¡Disculpa! —respondí. Pero la verdad es que me apetecía verlo en esa tesitura. Verlo cambiado, de otro humor, alterado, enfadado.

Pero él no dijo nada. Era un hombre pacífico que rechazaba mantener el conflicto.

—¿Sabes a lo que me recuerdas? —seguí—. Al toro de tu fábula. Y yo soy un mosquito ahora mismo.

—¡Ja! —expresó él con ironía.

—De verdad. De alguna manera estoy acostumbrada a la lucha, desde siempre. Acostumbrada a ponerme a la altura de la jugada de mi oponente.

—Metafóricamente, supongo —sus gafas se empañaron.

—¡Déjame terminar! —le rogué—. En ocasiones es necesario atacar, de manera directa, indirecta... Pero siempre pienso en la victoria como objetivo final.

—Es la típica mentalidad capitalista. Sustituye *victoria* por *profit* —dijo Brad.

—No cambies de tema. Leí un libro hace poco: *El arte de la guerra*, de Sun Tzu. ¿Lo conoces?

Brad abrió mucho los ojos y después sonrió mirando el suelo.

—Pues claro.

—¿Lo has leído? —pregunté con un poco de desafío en mis palabras.

—No es uno de esos libros que uno *lee*. Es uno de esos que uno *consulta*. Lo que está escrito va más allá de lo que uno puede retener —sentenció Brad.

Eso me dejó tranquila. Lo había intentado leer en el avión después de comprarlo en la librería del aeropuerto. El vendedor me dijo que el libro hoy en día era material valioso para ejecutivos. No llegué muy lejos en mi lectura.

—Te soy sincera. Retuve muy poco. Pero lo que me caló fue que a veces una distracción es la estrategia más eficaz. Algo que se sale totalmente del esquema. Como apartarse del conflicto, o más bien…

—No reconocer el conflicto… Sí, es la misma idea, expresada en otro tiempo, en otro lugar —dijo Brad.

—Tú haces eso sin darte cuenta. Y yo…

Mi corazón se aceleró. Contra esta montaña nunca podría ganar la batalla. Me quedé totalmente desarmada. Me sentí vulnerable, tan vulnerable como él. No sabía lo que él era, pero venía hacia mí sin lucha, sin presión. ¡Ganar, ganar… aquí no puedo ganar!

Toqué su mano y, junto al lago, en ese banco del parque, besé a Brad por primera vez.

21.

Él se quedó en silencio, sin decir nada.

Me inundé de inseguridad en ese momento. ¿Había sido un error? Intenté traducir su mirada, su gesto. Noté que se fue dibujando una sonrisa muy poco a poco en su rostro, como un sol amaneciendo. Después de un instante me quedó claro que estaba muy feliz.

—Brenda, tú no paras de sorprenderme —dijo él esbozando esa sonrisa.

Volvimos a casa para cenar. Estuvimos devorando el *poké bowl* sin mediar palabra. No fue una cena muy romántica, pero ¿qué se le iba a hacer? Teníamos hambre.

—Está muy bueno —consiguió decir Brad tras cinco minutos de engullir sin parar.

—¿Te gusta? Le puse wasabi.

De nuevo nos sumergimos en el silencio.

—Disculpa —dije yo, apartando la mirada—. No querías que te besara.

—Yo te puse en una situación en la que tú me ibas a besar —dijo Brad.

—¡No! Yo quería hacerlo. Ese beso fue responsabilidad mía.

—Yo no digo que no quisiera.

¡Entonces dilo claramente!, pensé. Mi gato comenzó a frotarse contra la pierna de Brad en ese momento.

—Wink, ¿me echaste de menos? —dijo él.

Después mi mascota maulló audiblemente, como si los dos hubieran ensayado antes y estuvieran representando el guion de un anuncio.

—Brad, ¿tú me estás poniendo a prueba?

—Sí —dijo él con un poco de humor en su sonrisa.

—Esperaba una respuesta más esquiva de nuevo.

—Es que esta vez diste en el blanco completamente —se encontraba feliz.

—Ahora no sé si te estás riendo de mí —dije yo. No es que lo creyera completamente, pero quería oír sinceridad en sus palabras. Lo necesitaba.

—Si tenía que pasar, tenía que pasar —dijo, repitiendo mis palabras en el parque.

—Ah, ¿ahora eres un… estoico?

—O un masoquista.

Ambos nos reímos.

Le saqué un helado de chocolate. Después de unas cucharadas me preguntó:

—¿Qué hay que hacer para que tú aceptes compartir la responsabilidad de ese beso?

—¿Así, retroactivamente? ¿Y de manera activa? —pregunté yo sin ocultar el coqueteo. Lo estaba acorralando.

Él no dijo nada, después se rió. Supongo que se ponía a la defensiva. Es tan raro. Somos muy diferentes.

Finalmente se levantó y me dio las gracias por la cena y mi compañía. Después añadió:

—Necesito pensar un poco. Han pasado muchas cosas últimamente. Lo siento. ¡Estamos cerca! Nos veremos.

—¡Claro! Aquí estoy. Estamos. El gato también.

Nos despedimos amigablemente con una sonrisa y después salió de mi casa.

¿Qué cuernos significa eso de que necesita pensarlo? ¡Así es como nos distanciamos las chicas! ¿No será que hay alguien más? Mi cabeza daba vueltas a todo tipo de conjeturas. Entre ellas estaba

Pearl, las compañeras de clase de él y otras que seguramente no conocía.

¿Y qué derecho tenía a irritarme por todo esto? ¿No había estado jugando a dos bandas yo también, saliendo con el otro Brad?

22.

Hay meses en los que no pasa nada y luego meses en los que pasa de todo. En eso pensé yo el resto del fin de semana. Me dediqué a descansar el día entero, a cuidar de mi casa y de mí misma. También a intentar recuperar el amor de mi gato, pero no hubo manera. Wink estaba huraño tras estos días que estuve fuera.

Me acordé de la visita al museo que hice hace semanas. De algún modo despertó mi vena crítica, y algo más. Siento que hay una parte de mí de la que no estoy hablando a las personas. Me pregunto si a Brad le gustaría hablar sobre este tipo de cosas. Necesito que alguien me escuche hablar sobre cómo estoy.

Ser superficial es la manera de ser general de la gente en Manhattan. Me refiero a que es difícil encontrar un oído amable y mucho más una conexión auténtica. A veces me pregunto si el sueño de vivir aquí, cueste lo que cueste y sin pensar en ninguna otra razón, hace desconectar a las personas de lo que de verdad quieren. Es como si estuvieran creando una simulación de una vida.

El lunes por la mañana tuve un *meeting* a primera hora con Samantha. Es un *meeting* mensual que tenemos para ponernos al día de las ventas del mes, aclarar puntos y alinearnos con la estrategia de la empresa. Normalmente Tim viene, pero le habían puesto otra reunión antes, por lo que se iba a retrasar, así que nos encontramos las dos solas en la habitación de la reunión.

Era la Green Room. Esta era una de las salas que más me gustaban. Era pequeña y cuadrada, con espacio para una mesa redonda solo y seis sillas máximo. Desde la ventana hasta el suelo se veían los rascacielos de Manhattan compitiendo unos con otros. El día era gris y frío. Yo no me podía quejar ya que venía de un sitio con mejor tiempo. Como si me hubiera leído la mente, Samantha dijo:

—Brenda, cariño. Tienes buena cara, ¡debe ser el sol de California!

Estoy aprendiendo a bajar mi guardia con ella. Quizás no sea tan mala después de todo. Le conté los puntos clave de la visita y, en cierto momento, pensé: ¿por qué no contarle lo que pasó con Braulio?

—Lo conoces, ¿verdad? —dije yo, y vi que prácticamente por primera vez desde que la conozco, Samantha se puso tensa.

—Es famoso en el sector.

—Me hizo una oferta para quedarme con él en el departamento de su empresa.

Samantha abrió mucho los ojos y movió las cejas hacia arriba.

—¡Es una trampa! —dijo ella.

—Bueno, rechacé su oferta. Después me lanzó una oferta en el terreno de lo personal —me reí—, y me estuvo tirando los tejos.

Samantha empezó a partirse de la risa. Nunca la había visto así. Finalmente consiguió articular palabra:

—Ah, Brenda… Os dejo solos y pasa esto. Hace años, cuando yo era más joven, también intentó sellar un trato conmigo —dijo riéndose y secándose las lágrimas—. Yo no estaba casada por aquel entonces. Pero me iba a casar en breve. Creo que es justo eso lo que le frenó después.

—¿Mmm? Entonces ¿la culpa es mía por estar disponible?

—¿Tú ya le dijiste que tienes un novio? —soltó Samantha de sopetón—. Y aunque no lo tuvieras, él no tendría que hacer eso. Está mal.

—Mejor tenerlo lejos. Quién sabe cuándo volveré a encontrarme con él de nuevo.

—¡Para la próxima vez, quizás estás casada! —se rió—. Entonces, ¿cómo va con el novio? —me soltó.

—Ah, bueno. Todo bien, sí…

—¡Hola a las dos! —dijo Tim entrando en la sala como un huracán y dejando su maletín en la mesa—. Os pido disculpas. —Hizo una

pausa y sonrió ampliamente—. Brenda, vengo de hablar con Irving Lasalle. El cliente se ha comunicado con nosotros esta mañana. No van a cerrar el contrato de momento, pero van a crear aparte un contrato totalmente nuevo para aceptar la oferta que les presentaste.

—¿Qué quieres decir? ¿Entonces el cliente tiene capacidad de comprar más?

—Sí. Creo que van a jugar a dos bandas y seguir trabajando con el competidor. Ese Braulio sabe moverse. Pero bueno, lo que importa es que están creciendo y creando nuevas oportunidades, y para el año que viene van a comprarnos a nosotros.

—¡Oh! ¡Enhorabuena! —dijo Samantha.

—Pero… ¿lo sabe ya Irving? —dije yo un poco confundida.

—Sí, ya está informado. Mándale tú de todas maneras tu informe. Esto es bueno y va a tener un alcance global en la empresa.

Terminamos hablando de un par de dudas técnicas. Al final mi cabeza estaba completamente agotada cuando salí del *meeting*. ¿Y las repercusiones de esto? Parece que para mí iban a ser bastante buenas. En ese instante vi a Liss por el pasillo:

—¡Ah, Brenda! No sé si has visto el *email* esta mañana. Hay una vacante en el departamento de contabilidad. ¿A lo mejor le interesa a Brad?

—¿A Brad? —respondí yo. Mi cabeza estaba confundida.

—Claro, a tu *Finance Bro*. Mira, nos vemos más tarde en la cocina y ya nos ponemos al día —dijo ella mientras se metía por otra puerta.

De alguna manera se ha terminado filtrando en mi oficina una historia, primero por Liss, quizá por Jones, Samantha, Tim… ¿Qué está pasando aquí?

Me senté en la mesa de mi despacho y respiré hondo. Estaban pasando muchas cosas al mismo tiempo. En ese momento recibí un mensaje de Brad, el que me escribe postales:

Hola! ¿Qué tal tu viaje de vuelta? Espero que no estés muy cansada para el resto de la semana. ¿Igual hacemos algo? Añadió un *emoji* con una cara feliz que me hizo arrugar el gesto. *Por cierto, he visto que hay una vacante en el departamento de Finance de tu empresa. ¿Sabes algo? Está en LinkedIn.*

Esto está yendo demasiado lejos. Es el momento de decir que no, de rechazar y de hacer un *ghosting* si es preciso.

Hola, Brad. La verdad es que estoy teniendo mucho trabajo últimamente, además me encuentro un poco enferma. Debe ser algo contagioso. Estoy estornudando mucho. Lo siento, pero no va a poder ser. Del trabajo no sé nada.

Enviar.

Probablemente soy demasiado suave. ¿Pero qué decirle? Me da un poco de pena. El chico no tiene culpa de nada. Y yo no tengo tiempo de gestionar mis emociones con él.

Tenía que hacer el informe sobre la visita del otro día para informar a mi director, Irving Lasalle. Tim ya le había contado todo, pero quería darle mi punto de vista de todas maneras. Pude pasarme por la cocina a las tres de la tarde para tomarme un café con Liss.

—¿Qué tal estás, Liss? Últimamente no me cuentas nada de ti —comencé yo. Quería empezar a desviar la conversación de mis historias. Siento como si fuera siempre la protagonista.

—Oh, estamos bien, como siempre. Reth quiere comprar una guitarra. Yo estoy empezando a comprar plantas de interior y a saber cómo se cuidan —hizo una pequeña pausa—. ¡Brenda! No son cosas interesantes. ¡A ti siempre te pasan cosas!

—¿Pero por qué se interesan tanto todos por mí? Ya sabe lo de Brad media empresa.

—Mira, la gente en la oficina está muy aburrida, pero por lo menos lo que se dice de ti es bueno —respondió dando unos golpecitos en la mesa—. Y las personas se alegran por ti.

—No hay nada de lo que alegrarse, de verdad… —suspiré—. Liss, ya le he dicho a Brad que no voy a verlo.

—¿Qué? —Liss abrió los ojos. Su boca se contrajo, como si le estuvieran anunciando una tragedia.

—No va a pasar nada con él. No me siento cómoda, de verdad.

Liss se relajó. Se echó hacia atrás en la silla y guardó silencio un momento. Después dijo:

—A ti hay otro que te gusta.

—¿Qué? No, yo… —empecé a balbucear.

—¿Quién es? Espera. Es el otro, tu vecino. El *nerd*.

—Oh, vamos, Liss…

—¡Te has puesto colorada! Espera, antes de que hables más, déjame que te diga algo. La otra vez me fui de la lengua. Entiéndeme, no es fácil. Pero esta vez me voy a callar, de mi boca no sale una palabra más del tema… Ahora bien, tengo que decirte esto… ¡Qué pena!

—¿El qué?

—Justo ahora que sale una vacante en la empresa. Podríais estar los dos juntos y trabajar en el mismo sitio. Ibais a ser la pareja perfecta.

—¿Es eso lo que yo proyecto a los demás? ¿Mi igual es este Brad…? —reflexioné yo en voz alta, con un poco de amargura.

En ese momento apareció Jones de buen humor por la puerta de la cocina:

—¡Brenda! Tengo algo que decirte —dijo con una sonrisa—. Brad ha mandado su aplicación al trabajo.

—¿Qué? —dije yo. Empecé a descomponerme un poco por dentro. Esto no estaba previsto en absoluto. Jones era *recruiter* en el departamento de recursos humanos y podía ver las ofertas y los aplicantes a las vacantes de la empresa.

—El tipo tiene un currículum brillante. Estuve hablando con él por teléfono. De verdad, su experiencia nos vendría muy bien para el puesto.

—Espera, ¿ya le has hecho la entrevista? —pregunté.

—¡Claro! Y lo he pasado con el Director de Finance, Joseph McCarthy, para una entrevista esta semana. No he hablado de ti ni de vuestra relación, por supuesto. No sería profesional —respondió Jones.

—¿Pero realmente está preparado para trabajar aquí? —Una parte de mí aún quería sentar algunas dudas sobre él, inútilmente.

—¡No te preocupes! Ya he informado al director —informó Jones—. Dada la conexión, McCarthy va a querer ver si puedes dar un *referral*. Probablemente te va a enviar un *email* esta semana.

—¡Pero yo no puedo decidir si él se queda o no!

—No, ¡claro que no! Pero puedes ayudarlo. ¿Qué te parece? Estoy seguro de que estás muy contenta —dijo Jones—. Ahora, si me disculpáis, tengo que salir para otra entrevista que empieza… ¡Ups, ahora mismo! Brenda, Liss, nos vemos.

—¡Hasta luego! —dijo Liss a Jones mientras este se escabullía por la puerta.

Nos quedamos Liss y yo en silencio. Oíamos el zumbido del frigorífico de la cocina.

—Ya ves, yo no digo nada —dijo Liss.

Yo di un gran suspiro.

—¿Entonces no quieres nada con este? —preguntó finalmente.

—Mmm, no. El caso es que yo nunca le hablé de esta posición. Ha debido buscarla él.

—Entonces no es algo que tú pudieras evitar.

—¿Tenía que pasar? —pregunté yo, con la mirada perdida.

—Oye —dijo Liss con un brillo en la mirada—, sabes que todavía puedes jugar un papel en esto. ¿Estás pensando en…?

—¿En dar una mala *review*? No puedo. Quiero decir, ¿cuánto cuenta mi opinión para decidir su contratación? Que yo dé una mala referencia de él para que no le contraten no es garantía de que no vayan a hacerlo.

—Tampoco es seguro que le vayan a dar el puesto.

—Jones estaba muy optimista —dije desanimada.

—¡Y tú estás muy pesimista!

Liss miró hacia los lados y se inclinó hacia mí con una sonrisa cómplice.

—Entonces, ¿ya tienes una foto del que te gusta? —preguntó.

—Solo tengo esta de su perfil. Se puso una montaña.

Abrí el móvil por inercia y fui a su perfil y sus mensajes. Para mi sorpresa Brad se había cambiado la foto y había puesto un *selfie* tirado desde la montaña. En la foto se lo veía guapo y con una sonrisa leve, parecida a la que tenía la última vez que lo vi, cuando nos besamos.

—¿Puedo verla? —preguntó Liss.

—Adelante —dije yo pasándole el móvil, mientras me llevaba la mano a los ojos, sin poder evitar sonreír—. Es este.

—¡Ay, Dios, es un *nerd*!

23.

No había hablado con Brad desde que lo vi la última vez, después de la cena con el *poké bowl*. Pensé que estábamos comenzando algo, quizás. Estaba esperando una fluidez en la comunicación con él, pero de momento no estaba dando señales de vida. Y yo además quería que él me enviase un mensaje primero. Yo ya había dado el paso de hacerle una cena y besarle.

Llegué a mi edificio después del trabajo. En el portal me crucé con Pearl.

—¡Oh, hola, Brenda! —me saludó, vivaz como siempre.

—¡Pearl! Nos vemos mucho últimamente.

—Sí, vengo de ver a Brad.

Ya no puedo controlar mis pensamientos como antes. No sé si le ha contado algo a ella de nuestra cita, o si ella es su novia, o qué diantres hace ella aquí. Sea como fuere, esta vez sentí celos. No es una sensación agradable. Creo que mi expresión traicionó mis palabras. Pero en cualquier caso le dije:

—Ah, vaya, yo voy a verlo también. El sábado por la noche cenamos juntos.

Después me despedí de ella abruptamente. Subí las escaleras en vez de usar el ascensor. Estaba enfadada. Estaba ya resoplando por el tercer piso cuando en ese preciso instante Brad salió de su casa.

—Brenda…!

—Hola…

Nos quedamos en silencio, sin saber lo que decir. Allí estábamos, desarmados, sin guion alguno. Sin decir nada, él tiró de mi mano suavemente y me metió en su casa. Ya dentro, nos besamos, no sé

por cuánto tiempo. Abrí los ojos y vi a un hombre maravilloso. En ese momento tan romántico, se me ocurrió decir:

—¿Qué estaba haciendo Pearl aquí?

Brad se apartó de mí ligeramente.

—Ah, ella… vino a ver cómo estaba después de unas clases.

—Entiendo —dije yo sin entender.

Me di cuenta de que estaba por primera vez en su casa. Había cajas de la mudanza aún sin deshacer. Muchos papeles. Y libros.

—Bienvenida —dijo Brad, notando que me fijaba en los detalles.

Sonreí y le dije:

—Te pega bastante. Aunque no le vendría mal un poco de orden.

Brad estornudó. Lo miré. Tenía el tipo de complexión física que me apetecería abrazar.

—¿Te resfriaste? —pregunté—. Debe haber sido durante el paseo en el parque.

—No. Quiero decir, no lo sé. Puede ser eso o el polvo.

—¿Quizá fui yo la que te pegué algo? —dije de manera juguetona, acordándome del beso.

—Si ese fuera el caso, ya es tarde entonces —dijo él siguiéndome la broma—. Además, ahora vas a tener que cuidar de mí.

—¡Lo digo en serio! Créete que en la oficina pilla uno de todo por ese aire acondicionado. Rodeada de compañeros estornudando. En fin… —noté como mi humor se venía abajo ligeramente.

Brad notó algo y me preguntó:

—¿Te fue bien el día?

Es curioso cómo esta pregunta lo cambia todo. No, no fue muy bueno. Pero me sentía de repente acogida.

—Sí. Gracias.

Él hizo una pausa, como pensando en lo que iba a decir ahora. De repente me pareció un poco nervioso. Después me hizo la siguiente pregunta:

—¿Crees que… estaría bien si empezáramos a vernos más?

—¿Más? ¿Como qué? Nos vemos mucho últimamente.

—Ya sabes.

No, no lo sé. Y aunque lo supiera, ¡quiero que hables claro!

—Brad, tú me dijiste que ibas a pensar —dije yo.

—Sí, y he pensado que estoy pensando —dijo él poniéndose a la defensiva.

—Me suena a poco definitorio, sobre todo viniendo de ti, que te gusta usar las palabras exactas —dije. Quería usar un tono de broma, pero noté que él se puso tenso.

—Podría. Pero no me gustaría que me tomases por sarcástico.

—¿Y eso qué quiere decir ahora?

Brad estaba empezando a cerrarse. Afuera en la calle casi apenas entraba luz y, en medio de nuestra conversación, nos olvidamos de encender las luces, quedándonos prácticamente a oscuras.

—Brenda, creo que vas a tener que dejarme solo. Tengo trabajo que hacer esta noche.

—¡Ok! Bueno, pues ya nos veremos. Que descanses.

—Gracias. Adiós —dijo cerrando la puerta.

¡Le dije que descansase en serio! Pero no sé qué pasó, todo empezó a sonar mal, sin importar el tono en que lo dijera.

Llegué a casa y me tumbé en el sofá. Wink vino a saludar. Le acaricié el lomo y me llevé una bola de pelo. Debe estar comenzando a mudar el pelaje.

Suspiré. Sí, él es raro. Pero somos muy diferentes, demasiado diferentes probablemente. El día de hoy me había cansado mucho.

Antes de ir a dormir me miré en el espejo. Miré bien a esa conocida que soy yo misma. Me pregunto cuántas cosas no sé de ella. Quizás yo también tenía que pensar que estoy pensando.

24.

Tuve ganas de llorar al día siguiente. No puedo explicarlo. Los últimos acontecimientos se están amontonando. Estoy buscando la manera de procesarlo, pero no consigo. Esta mañana le respondí mal a Tim después del *meeting*. Mi cabeza está en otra parte.Todo mi cuerpo está en otra parte.

Tras el almuerzo me encontraba de un humor bastante bajo. Me senté en mi despacho a terminar lo que me quedaba por hacer.

Poco después llegó un mensaje enviado no solo a todos los departamentos involucrados con la venta del cliente en San Francisco, sino global. El autor era el CEO de la empresa. Tras hablar de la situación general, había escrito lo siguiente:

…en efecto, en este contexto tenemos que mantenernos ágiles y flexibles. Con todo, tenemos muchos puntos para celebrar nuestro éxito este año. Antes de pasar a detallar nuestro crecimiento en cifras, me gustaría mencionar como un gran ejemplo de nuestra política proactiva la oportunidad ganada por la Business Representative Brenda Higgins, que nos sitúa en una posición incomparable en el mercado…

Comencé a recibir mensajes de compañeros:

Wow, ¿el CEO te ha mencionado en su mensaje?

¡Felicidades, bien hecho!

Sabía que algo bueno vendría. Esto es muy bueno para ti, Brenda, me escribió Tim.

¿Y? Estoy contenta, por supuesto, pero también muy saturada. Y mi cabeza no deja de dar vueltas a otras cosas. Qué poco profesional, pensé. Aquí están todos felicitándome por mi habilidad en los

negocios cuando yo estoy aquí preocupada por lo que había pasado ayer con Brad.

Abrí el móvil instintivamente. Con sorpresa vi que había recibido un mensaje de Krisi:

Hola, Brenda. No sé por qué, pero sentí que iba a hablar contigo hoy. ¿Te apetece que te llame esta tarde?

De verdad que no sé qué haría sin esas personas chapadas a la antigua a las que les gusta llamar por teléfono en vez de chatear por mensaje.

¡Claro que sí!

Me empujé para seguir adelante durante el resto del día en la oficina. Ya en casa, me senté en el sofá con un cuenco de galletitas y un té. Krisi no tardó en llamar:

—No sabes lo que me ha pasado —me empezó a contar—. El otro día soñé contigo. Estaba haciendo cerámica en mi propio estudio. Es una idea que ya había tenido antes, para hacer mi propia producción, cursos para la gente… El caso es que estaba yo ahí moldeando el barro cuando de repente veo que hay tres figuras pequeñas en la mesita a mi lado.

Estaban pintadas a mano, hechas de arcilla, y cada una de ellas es diferente. La primera es un gato grande, una especie de puma o más bien un jaguar. Cuando la vi supe que esta era para mi hermana, que está abriendo un negocio. La segunda era un árbol cuyos frutos eran peces. Este es para un amigo que vive en Francia y que finalmente va a ser padre…

La historia era rebuscada. A esas horas de la tarde me estaba perdiendo en los detalles. Di un sorbo a mi té y presté atención.

—…la tercera figura es una serpiente enroscada, mordiéndose la cola. Esta es para ti.

—¿Qué quieres decir con que es para mí?

—¡No sé lo que significa! —se excusó—. Pero sea cual sea su significado, es para ti.

—¿No pudiste averiguar algo más en el sueño?

—Poca cosa. Las figuras habían sido hechas por alguien hace mucho tiempo. Yo solo las podía cuidar hasta que su verdadero dueño las reclamase.

Qué imaginación. De verdad que Krisi debería perseguir esa carrera de artista.

—¿Qué te dice esto que te acabo de contar? —me preguntó.

—Nada. De verdad que no puedo visualizar la serpiente en mi cabeza. Es un ser de fantasía.

—En ese caso debe ser simbólico o mitológico —la voz de Krisi sonaba misteriosa—. Yo no sé qué representa. Pero quizás puedas contactar con alguien que te pueda decir.

—Brad —dije sin dudar un momento—. Le voy a preguntar. Él sabe de mitología y esas cosas.

Le conté un poco de él, de los últimos días y de cómo fueron estas últimas veces en las que nos habíamos visto. Krisi guardó silencio mientras yo me liberaba hablando.

—¡Brenda, bebe agua! —dijo Krisi al fin—. No hay razón para estar preocupada. Estas cosas son así. Además, déjame que te lo diga si no te lo ha dicho nadie todavía: tú no eres particularmente fácil.

—¿Qué quieres decir?

—Mejor que aceptes ese hecho. Te ayudará a tener más paciencia contigo misma. Y con él.

Nos despedimos, pensando en vernos pronto algún día. Más tarde en primavera habría otros mercadillos en los que podría echarle una mano.

Cuando colgué me sentí bien, aunque un poco mareada. De alguna manera la llamada de teléfono con una amiga me había despertado un sentido de responsabilidad. Además, sabía bien no tener que chatear.

Tengo que verlo. Me pregunto si él seguirá enfadado conmigo. Esta era la primera vez que estaba procesando este hecho. Tengo que

hacer algo al respecto.

No tenía mucho en casa y era un poco tarde ya para salir a comprar algo. Pensé en llevarle una infusión después de la cena. ¿Sonaría un poco raro? Al menos a mí sí. Pero quizás él tiene más tolerancia para cosas que se salen de lo normal.

¿Y si él pudiera aceptar las cosas que yo rechazo de mí misma? Qué idea tan rara. Debe haber sido la conversación con Krisi.

Me armé de valor para llevar a cabo mi plan después de la cena. Sin mandar un mensaje ni nada, me planté en su puerta con una bandeja de infusiones a las diez de la noche.

Podía oírse una música leve que salía por debajo de la puerta. Hice un puño con mi mano y golpeé suavemente con los nudillos. La música paró de repente. Brad miró por la mirilla y, tras una breve pausa, abrió la puerta.

—¡Hola! Te pido disculpas por lo de antes. ¿Te apetece una infusión calentita?

Brad miró las tazas humeantes con las bolsitas.

—¿Esas son de las que dan sueño?

—Un poquito, sí. Es manzanilla.

—Ok. Pasa.

En la salita había un sofá con una televisión, una mesita y, por supuesto, montones de libros alrededor. Era un poco caótico.

—Puedes dejar la música que estabas escuchando —le dije.

—Está bien. No te preocupes —dijo él secamente.

Me senté y él se sentó a mi lado. Podía sentir su calor no muy lejos de mí. Tomé aire antes de hablar:

—En fin, me quiero disculpar por lo que te dije el otro día. Soy un poco complicada.

Brad no respondió inmediatamente. Percibí cómo la tensión se aflojaba de algún modo.

—Está bien —dijo en voz baja.

—¿Quieres un poco de infusión? Bebe —le dije. Nos quedamos en silencio unos segundos.

—No es fácil encontrar gente que diga *lo siento* hoy en día —dijo Brad.

—Lo sé. Vivimos en Nueva York —di un sorbo a mi infusión.

—Tampoco esperaba que alguien como tú fuera a pedir disculpas —dijo Brad con franqueza.

—¿Qué quieres decir?

—Tú me pareces la encarnación de esos valores: audacia, determinación, arrojo… Entiendo que tener la piel dura y saber atacar son virtudes en el mundo donde tú te mueves.

—¿Es esa la imagen que doy? Soy una persona como otra cualquiera —dije yo—. Tengo mis debilidades.

—Las escondes muy bien entonces —dijo Brad con certera precisión.

—Forma parte de lo que ha llegado a ser mi forma de ser —me quedé reflexiva por un momento—. ¿Crees que sería diferente en otra parte?

—¿El qué sería diferente?

—No solo la manera de ser de las personas, todo. A veces pienso en eso. Nos asimilamos al contexto de esta ciudad como un camaleón.

—¿Crees que puedes cambiar en otro sitio? Para mí sería muy difícil.

—Estoy un poco nostálgica, eso es todo. Me paso los días adaptándome a todo.

Brad se quedó mirándome. La luz que venía de la lámpara de la mesita era tenue pero dejaba ver las expresiones de su cara.

—¿Piensas en ir a casa? —dijo Brad, tras una breve pausa, con voz suave mientras yo parpadeaba.

—Sí y no. Soy del Medio Oeste, pero viví la mayor parte de mi vida adulta aquí.

—Yo siempre estuve aquí y mi sueño era quedarme aquí, en la universidad. Ya sabes.

Sueño. Me acordé de la conversación con Krisi. Brad ya se iba a lanzar a otro tema, pero tenía que preguntarle antes.

—Oye —dije mirando a mi taza—, ¿tú sabes algo de sueños?

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres, a un objetivo vital, al Sueño Americano?

—No, a los sueños que tenemos al dormir.

Brad bostezó. La manzanilla estaba haciendo efecto.

—¡No te duermas! —lo cogí del brazo y lo agité un poco. Brad dio un respingo—. Me refiero al simbolismo del lenguaje de los sueños. Tú sabes mucho de interpretaciones de mitologías de ese tipo. ¿Alguna vez has oído hablar de una serpiente que se muerde la cola?

—Sí. ¿Y qué tienes que ver tú con ella? —dijo él arqueando una ceja, con un tono un tanto irónico.

—¡Venga ya! ¿Qué significa?

Brad se puso las manos en la cara con pereza, tapando otro bostezo.

—¿De verdad quieres que te cuente? Te vas a dormir.

—¡Vamos! —le apremié.

—Es un signo llamado Ouroboros, normalmente usado en la tradición alquímica antigua y medieval —dijo arrastrando las palabras con tono de profesor.

—No he entendido nada.

—Está bien, tampoco hay que entenderlo porque pertenece a un misticismo esotérico. Es un símbolo de muerte y transformación, de un ciclo que se repite…

Ciclo que se repite… Las palabras hicieron eco en mí, rebotando en mis recuerdos en busca de un significado. De alguna manera sentía una conexión con ese motivo. Me quedé ensimismada en la reflexión.

No sé qué hora se nos había hecho. No es de extrañar que al final terminara durmiéndome en el sofá de Brad. Cuando desperté estaba tapada con una mantita y eran las cinco de la mañana. Quedaban un par de horas para la alarma de mi despertador todavía. Ya había

algo de luz en la calle. Me levanté sigilosamente. Brad dormía en su habitación.

Me sentí tentada de asomarme para verlo en ese momento tan íntimo, pero por la puerta entornada de su habitación a oscuras no se veía nada; solo se oía un ligero resoplar. Le dejé una nota:

Gracias por la mantita. ¿Con qué soñaste?

Subí a mi casa arrastrándome por la escalera. Me puse el pijama rápidamente, solo para una siesta corta en la cama antes de la alarma.

25.

No oí la primera vez que sonó el despertador, por lo que comencé el día tarde. Me duché y me vestí a toda prisa y llegué a la oficina sin desayunar. Fui a la cocina para tomar un café y unas galletas cuando vi que llegaba Liss.

—¡Brenda, qué cara tienes! Parece como si… espera. ¡Tú no has dormido en tu casa esta noche! —Liss estaba deleitada.

—Buenos días, Liss. ¿Se me nota mucho? —dije yo somnolienta mientras mojaba una galletita en el café y tapaba un bostezo.

—¿Entonces? ¿Cómo fue? No omitas los detalles —dijo con picardía mientras se inclinaba en su silla.

—Liss, creo que voy a tener que decepcionarte. Empezamos a hablar de sueños. Yo me quedé en el sofá…

—¿Y? —preguntó con impaciencia.

—Y nada. Me quedé durmiendo, eso es todo.

—¡Brenda! ¿Por qué no quieres nada con el otro? —dijo Liss medio en broma, medio en serio—. ¡Con este las cosas no funcionan!

Ya en mi despacho, encendí el ordenador y me puse a mirar los *emails* de ayer. Mucha gente se queda trabajando hasta tarde. Nunca sabes lo que te vas a encontrar al día siguiente. Poco después de que yo hubiera cerrado sesión, el Director de Finance, Joseph McCarthy, me envió un *email*:

Buenas tardes, Brenda:

Nos hallamos inmersos en el proceso de cubrir una vacante de Finance Controller de manera urgente. Tenemos un candidato muy potente y capacitado que ya está haciendo varias entrevistas con el equipo. Me han informado de que tiene una conexión contigo, por lo que me gustaría saber si estás disponible para aclarar unos puntos.

¿Podríamos vernos hoy para profundizar?

Saludos cordiales, Joseph McCarthy

Típico: me pregunta por *email* pero, igualmente, sin preguntar, ya me había organizado un *meeting* en la agenda para hoy a las 11:00, solapándose con otras reuniones que ya tenía planeadas.

No tenía muchas opciones. Acepté la reunión y le confirmé mi asistencia. Di un largo suspiro. Por supuesto, era para hablar de Brad, el perfecto, y yo no tenía que ser menos. En una empresa como esta la etiqueta es muy importante, y comportarse de una manera profesional aquí es una prueba de cómo va a encajar uno.

El problema es que aún no sé cómo va a encajar conmigo tener a ese Brad aquí, trabajando en la misma oficina que yo, yendo a la máquina de café de la misma cocina, viendo a los mismos colegas, yendo a las mismas cenas de Navidad. ¿Juntos o separados? Me pregunto si no estoy oponiendo demasiada resistencia a algo que es inevitable y natural. ¿Mi destino es Brad de Finance entonces? El camino más fácil, sin duda. Podríamos ir al trabajo juntos.

Se me fue el santo al cielo. Ya casi eran las once. Una cosa tenía clara: no iba a mentir ni a inventar. Voy a ser profesional y al mismo tiempo voy a ser sincera.

Avisé de que no iba a poder asistir a las otras reuniones y me puse en marcha, dirigiendo mis pasos por el pasillo hacia la Yellow Room, donde tenía reservado con Joseph.

Llegué antes. La habitación era un cubículo grande de cuatro por seis metros con una puerta de cristal. Hacía honor a su nombre con las paredes con motivos amarillos. Desde una ventana que cubría una de las paredes del suelo al techo podía verse el río. Me senté en la mesa ovalada de madera clara a esperar a mi interlocutor.

Toqué la fibra del asiento y me recordó a la del sofá de Brad. Recordé la luz tenue, su voz…

—¡Brenda! Buenos días, te agradezco que hayas venido —dijo McCarthy mientras entraba por la puerta, interrumpiendo mis pensamientos. Era un hombre ancho y corpulento. Su cabeza era

completamente calva, sin arrugas. Su rostro parecía ser capaz de generar cualquier expresión.

—Buenos días, Joseph —dije yo echándole la mano—. ¿Cómo está? ¿Cómo está su perro?

Joseph se quedó parado medio segundo, sin entender.

—Ah, no esperaba que te acordases. Sí, está bien —dijo con una sonrisa—. Ahora tenemos dos. Un golden y un collie.

Lo había conocido hace un año en un evento de la empresa. Soy buena para recordar estos detalles personales. Hace mucho más fácil hacer *networking*.

Tras las formalidades nos sentamos y él fue directo al grano.

—Brenda, me gustaría informarte de la situación. Tenemos una vacante inesperada en el equipo. Tuvimos que dejar ir a un compañero por varias razones. Hay empresas que se dedican a robar buenos empleados ofreciendo salarios más altos. Es siempre así.

—Claro.

—Por eso nosotros somos una empresa competitiva donde cada uno recibe según su potencial y su trabajo, pero también nos gusta asegurar la calidad de vida de las personas y, sobre todo, la estabilidad —dijo él. Estaba empezando a tejer algo con sus palabras. Es muy astuto.

—La estabilidad es muy importante para los negocios.

—¡Efectivamente! Y tú, que vienes de Sales, lo debes saber mejor que nadie —sonrió un poco y gesticuló con las manos—. Por tanto, este es el contexto en el que nos encontramos. Necesito contratar a un *Financial Controller* cuanto antes —sacó unas hojas de papel donde tenía información, el currículum de Brad—. Ahora, he recibido este CV de un candidato que es perfecto. Totalmente perfecto.

No dije nada.

—No quiero adelantar nada —continuó—, porque aún tenemos que revisar otras solicitudes y HR tiene sus propios procedimientos, pero la cosa promete. —Hizo una pausa—. Me he enterado de que tú

tienes una conexión con el aplicante Brad James. —Inspiró y me miró directamente—. Puede que parezca un poco intrusivo, pero por mi parte tengo el deber profesional de preguntarte el carácter de esta conexión…

—Oh, claro. Está todo bien —dije yo.

—Como te decía, estamos muy preocupados con la estabilidad en esta empresa y en el departamento en concreto. ¡Y HR tiene sus procedimientos! Disculpa que lo repita de nuevo, pero hay políticas para evitar el favoritismo en estos casos. Recursos humanos tiene que registrar el carácter de la relación. Dado que estáis en departamentos diferentes, no creo que sea un problema.

—Por supuesto, no hay conflicto de intereses —dije yo.

—¿Verdad que no lo hay? No es preciso que digas más.

Yo me quedé muy sorprendida.

—¿Entonces no le gustaría que yo diera una referencia de su carácter?

—No hace falta. Este candidato es perfecto. Y si estáis juntos, yo ya tengo muy clara la calidad de su carácter —sonrió—. No hacen falta más referencias. Eso sí, como te decía, nosotros valoramos la estabilidad…

—No se preocupe.

—¡Veo que nos entendemos! Muchas gracias, Brenda, por tu franqueza. Ahora me voy a comer. Que tengas un buen día.

Salí de la Yellow Room con la sensación de ser un engranaje más en una máquina que no conduzco. Quizá nunca tuve la capacidad de impedir que Brad aplicase. Realmente era su derecho hacerlo si él quería. La empresa no es mía. Ahora bien, está llegando muy lejos lo que las personas están sobreentendiendo de nosotros dos. Porque es un malentendido.

Quizá podría hacer lo contrario: hablar mal de mi empresa a Brad. Le escribí un mensaje en la pausa del almuerzo:

Hola, Brad. ¿Cómo estás? A lo mejor podemos vernos para que te cuente del trabajo.

Él respondió cinco minutos después:

Hey. Ahora que lo dices, va todo genial. Tengo dos entrevistas con ellos esta semana. ¡Viento en popa! Por eso mejor que no nos veamos, como me dijiste que te pusiste enferma, no me gustaría pillarlo yo y arriesgar mi presentación. La presencia física es muy importante. Seguro que lo entiendes. Añadió una carita sonriente.

Oh, es que me enteré de algunos detalles que te pueden interesar, le escribí de vuelta. *También quería hablarte un poco más de esta empresa. Como todo, no es lo que parece. La hierba es siempre más verde en el jardín del lado…*

No te preocupes, de momento el salario sobre la mesa es excelente, envió él con una cara sonriente. *¡Podré aguantarlo!*

Por supuesto. Como siempre, el dinero lo justifica todo.

Reparé en que Brad el que ronca me había respondido:

Tuve un sueño con una casa que ahora está siempre vacía. He tenido una idea para el fin de semana. Me gustaría contarte. ¿A lo mejor quieres tomar un helado esta tarde?

Sí. Necesito distanciarme de estas movidas de trabajo. Aún no sé mucho de Brad el *nerd*. Creo que empiezo a oscilar con naturalidad hacia él, como si se volviera un lugar en el que me siento segura. Con todo, ¿cómo son sus padres? ¿Cuál es su comida favorita? ¿Quiere hijos? ¿Estoy pensando de más las cosas? Y Brad de Finance: me apresuré con él y ahora parece que va a ser lo que me toca, como si fuera mi destino.

26.

—Ah, ¿te has hecho algo en el pelo? —preguntó Brad de una manera un tanto torpe. Esto es un cumplido, supongo.

—No, no lo lavé hoy. Literalmente no me daba tiempo.

—Pues te queda bien.

Estábamos comiendo un helado en Central Park. Nunca sé qué va a decir. Aún no me había dicho nada de eso que me iba a decir.

El aire era frío, pero había un atardecer bonito que se reflejaba en las hojas de los árboles perennes con luces doradas. Estábamos caminando. Noté que Brad cojeaba un poco.

—¿Te pasa algo en la pierna? Parece como si te estuvieras arrastrando.

—No es nada… —hizo una pausa—. Ayer fui al gimnasio.

—Ah… ¿por qué?

—Por supuesto, para ponerme en forma.

Qué tontería. A mí ya me parecía atractivo. No le dije nada.

Esa tarde había algunas parejas que daban paseos por los senderos del parque, además de gente haciendo deporte, solos y en grupo. Unos pocos incluso estaban leyendo, disfrutando de los primeros rayos de luz de la primavera.

En cierto momento noté cómo Brad se acercaba más a mí. Tocó mi mano. Lo miré.

—Disculpa —me dijo—. No sé si te importaba que te cogiera de la mano.

—No es que me importe —respondí un poco irritada—, pero tu manera de hacerlo y pedirlo está muy poco pulida.

Su boca hizo un gesto duro. Retiró su mano y se apartó un poco.

—De acuerdo —dijo en un tono sarcástico—. Entonces me vuelvo adonde estaba. Tienes una manera muy rara de hacer las cosas. Es como si estuvieras esperando algo de mí, al tiempo que sigues un manual o una guía que te dice qué está bien y qué está mal.

—¿Qué quieres decir? —repliqué ya un poco encendida.

Él no se frenó.

—Me refiero a que pones en mí el peso de tener que leerte la mente y darte lo que tú quieres y en la manera que tú quieras. Y eso es ser raro.

—¿Tú me estás llamando rara a mí? Disculpa, pero tú no eres precisamente un ejemplo de lo que se entiende por normal.

—¡Ja! —rió él con sarcasmo—. Es eso probablemente lo que tenías en mente desde el principio, cuando me conociste. Pero me lo dices solo ahora. ¿Sabes qué? Voy a vivir la vida como yo quiera. Iba a contarte mi sueño y cómo se relaciona con el presente, pero pareces muy absorbida en…

—¡Basta! ¡Basta, Brad! —le chillé yo en medio del camino. La gente se nos quedó mirando—. Yo… necesito otra cosa en mi vida ahora mismo, ¿sabes? Es por eso. No quiero discutir.

Brad levantó las manos levemente, como si hubiera roto algo.

—Yo pensaba que te encanta discutir.

—¡Así no! Sí, soy competitiva —admití—, y me gusta marcarme objetivos. ¡Pero aquí y de esta manera no!

Brad se quedó en silencio. Los dos nos quedamos en silencio el uno frente al otro durante lo que pareció un tiempo bastante largo. Al final, Brad sonrió levemente y dijo así:

—*Como dos árboles erguidos el uno frente al otro, en silencio, que comienzan a susurrarse el uno al otro cuando el viento mece sus hojas* —recitó.

Oí su respiración un poco acelerada, como la mía.

—Hace… un poco de viento por aquí —dije yo mirando al suelo.

—Podemos volver si quieres —me sugirió.

—Está bien —le respondí.

Le cogí la mano y volvimos sin decir apenas nada en el camino de vuelta. Hacía frío. Su mano estaba muy caliente.

Cuando llegábamos a nuestro edificio lanzó esta pregunta:

—¿No crees que eso fue un poco raro?

—¿El qué?

—La parrafada de los árboles. Ponerme a hablar de poesía griega alejandrina en el parque.

—Sí. Pero déjalo. Me gustó.

—¿De verdad? Había mucha gente mirando —dijo él guiñando el ojo.

—Se les olvida pronto. Es Nueva York. *Mind your own business* —dije con una sonrisa tranquila.

—¿Entonces puedo darte el contexto? Es de las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas, cuando Jasón se encuentra finalmente con Medea…

—No, no. Con lo del parque está bien.

Habíamos llegado al rellano del tercer piso.

—¿Y esto, puedo? —dijo, al tiempo que se agachaba un poco para besarme.

Cerré los ojos y respiré. Pensé en las hojas y el viento que me traían la esencia de su cabello, su cuello y sus labios. Me he portado un poco mal, pensé. Él también. Agarré su brazo. Parecíamos los dos enraizados en el momento infinito de ese beso que no terminaba.

Pero terminó.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa, y se metió en su piso.

Volví a mi apartamento. Me quedé con la sensación de que al final no me dijo eso que me quería decir.

Wink estaba rascando algo con sus uñas cuando llegué. Salió corriendo porque sabe que está mal y que yo me enfado.

Me desplomé en el sofá. Estaba un poco cansada. Llamé al gato, pero no vino. Él nunca viene cuando yo quiero.

De repente se me ocurrió una comparación no tan absurda: ¿Brad es como un gato? Hace y dice lo que quiere. Cuando yo quiero que venga no viene, pero cuando le apetece se acerca a por un beso.

—Miau —dijo mi gato acercándose finalmente, ahora que ya me veía más abierta, relajada.

No tenía mucha hambre. Estuve haciendo tests de personalidad en el móvil. Después hice otro pensando en cómo respondería Brad. Probablemente somos opuestos. Pero muchos libros y películas nos dicen que eso puede funcionar, pensé. ¿Los opuestos se atraen?

Pensé en el divorcio de mis padres. Tengo que llamar a mi padre, por cierto.

27.

Tim y yo estábamos en la cocina de la oficina. Eran las diez de la mañana. Teníamos un *meeting* en un rato y era agradable tomar algo antes de meternos en una llamada de dos horas.

—Brenda, tienes una sonrisa en la cara que no tenías antes.

—¿Ah, sí? Yo me siento como siempre.

—Escucha, algo que he aprendido es que la gente cambia —dijo solemnemente—. Tú también cambias, pero no puedes hacer cambiar a los demás. Solo evolucionar al mismo tiempo.

—Qué filosófico —dije yo con ligera ironía.

—Es que al final me he vuelto un experto en observar relaciones.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Estoy pensando en escribir algo, ¿sabes? —me explicó bajando el tono, como si fuera confidencial—. Algo donde pueda poner todo lo que he aprendido de mi ruptura. Yo hice cosas mal. Y ella también. Pero se veía venir por los dos lados y no hicimos nada.

—Te cargas de mucha responsabilidad, Tim.

—Yo mismo no estoy ya seguro. ¿Y si en vez de haber existido una oportunidad de arreglarlo, nunca la hubo? Me refiero a que quizás éramos incompatibles desde el principio.

Guardé silencio. De alguna manera me hizo reflexionar. Es difícil no verse reflejado en otras personas. Tim adivinó mis pensamientos:

—Pero yo estoy aquí amargándote la mañana como un viejo loco, cuando tú estás radiante. ¿Cómo estáis vosotros dos?

En ese preciso instante oigo la voz de Jones por el pasillo:

—…las habitaciones para las reuniones. También hay cubículos individuales si necesitas encerrarte para una llamada. Y pasando por

aquí está la cocina…

En ese momento Brad de Finance apareció por la puerta de la cocina mientras hacía un tour por la oficina.

—¡Oh, hola! —dijo él sonriente.

—B-Brad, ¿qué estás haciendo aquí? —dije yo sin ocultar mi sorpresa.

—¡Ah, y aquí está la cocina con los compañeros de Sales! Pero no hacen falta las presentaciones, ¿verdad? —dijo Jones muy divertido —. Estamos haciendo una visita por el edificio para Brad después de las entrevistas.

—Entonces, ¿eso quiere decir que ya estás…? —aventuré yo con un mal presentimiento.

—Aún no. Estoy esperando el *feedback* de las de hoy. Brenda, no me habías dicho que trabajabas en un sitio tan chulo —dijo Brad mirando a los cristales de la cocina. Se había arreglado mucho para la entrevista, con su pelo rubio todo repeinado.

—Ya sabes, yo estoy aquí todos los días —me excusé—. Por cierto, este es Tim.

Los dos se estrecharon la mano. Qué momento incómodo. Pero hay que manejar la situación.

—Bueno, tampoco queremos interrumpiros la visita… —comencé a decir.

—¡Para nada! —exclamó Jones—. De lo que se trata es de que Brad absorba nuestra cultura, para que pueda ver qué gran lugar es este para trabajar. Si tienes alguna pregunta, no dudes en hablar.

—¿Tenéis microondas? —preguntó Brad.

—¡Tenemos microondas y hasta *airfryer*! Hay fruta gratis también, y puedes hacer alguna sugerencia si quieres algo específico. Claro está, si al final consigues el trabajo.

—Parece el lugar perfecto para mí. Tengo la seguridad de poder encajar aquí —dijo Brad de forma calculadoramente optimista.

—Eso también es importante. Bueno, con estos dos de aquí estoy seguro de que no tendrás problema, sobre todo con ella —bromeó Jones guiñando el ojo.

—Yo no le pongo problemas a nadie —dijo Tim en el mismo tono—. ¡Simplemente ponle auriculares a tu portátil y somos amigos!

—Ya me veo trabajando con todos en la sala *open space* —respondió Brad moviendo la boca muy despacio.

—Fantástico. Chicos, ya veis: tenemos un candidato —aseguró Jones —. Brenda, buen trabajo con este chico.

—De verdad, yo… ¡Es todo mérito tuyo, Brad! Claro está, si te dan el trabajo. Cruzo los dedos.

—Gracias, Brenda.

—¡Qué tiernos…! —dejó escapar Tim.

—Brad, vamos a ver el resto de la planta y después volvemos al *hall* —dijo Jones mientras iniciaba la salida.

—Jones, no te olvides de enseñarle la sala de los sofás, por favor. Brad, ya me cuentas —pedí yo con una sonrisa.

Salieron los dos. ¿Qué demonios había sido eso? ¡No quiero trabajar en la misma empresa que él, mucho menos en el mismo edificio! Tener que verlo por los pasillos, trabando conocimiento con la gente que me es familiar. Y lo peor es que ahora todos piensan que tenemos una relación.

—Brenda —me dice Tim con ojos húmedos—, lo veo muy claro. Este es para ti. Me siento tan feliz por ti. Os deseo toda la felicidad.

28.

El día había llegado a un extremo de ser absurdo. Volvía a casa después del trabajo y me paré a hacer unas compras en el supermercado cuando me llega una llamada de Brad Felino.

—¿Hola? —respondí yo rodeada de personas en el pasillo del supermercado—. ¿Está todo bien?

—Hola. Sí —dice Brad con toda la tranquilidad y animado—. ¿Te importa que te llame?

—No, claro. Me gusta que me llamen. Pero la cosa es que probablemente este no es el mejor momento.

—Ah, ok —él sonó desanimado de repente—. ¿Quieres que te llame luego?

No hay luego. Luego a lo mejor estamos cansados o de mal humor, o vaya usted a saber cómo.

—¡No! Está bien, de verdad —respondí intentando sonreír. Alguien había chocado contra mi carrito de supermercado.

—Verás, quería contarte algo.

—¿Sí?

—He estado pensando en lo que ha pasado estos días y una de las grandes conclusiones que he sacado es que me he pasado muchos años demasiado proyectado en el futuro. Después de hablar contigo me he dado cuenta de que no se trata de vivir el presente, sino de celebrar el presente.

—¿Yo? ¡Pero si yo no he hecho nada!

—Estuvimos hablando de sueños… Soñé con una casa vacía con muchas habitaciones, cerca del bosque —explicó—. Me di cuenta de que es una casa que tienen mis padres en el campo. Estaba

pensando que, sea lo que pase en el futuro, me gustaría celebrar el presente en esa casa.

—¿Celebrar de qué manera? —dije alzando un poco la voz. Unos niños pasaron gritando a mi lado.

—Pues… ¿esos son niños? ¿Dónde estás?

—¡No te desvíes! ¿Qué quieres hacer? Disculpa. Estoy en el supermercado.

—¿Puedes comprar…?

—No, no puedo. Ahora cuéntamelo.

—Vale. Me gustaría invitarte este fin de semana para esta celebración —y recalcó la palabra *celebración*.

Me quedé flotando en una nube, ajena de repente a los adolescentes que estaban jugando a hacer pases con bolsas de patatas fritas enfrente de mí.

—Yo… sí, claro —dije mientras sonreía tímidamente.

—¡Genial! Entonces voy a confirmar con los otros.

—¿Los otros? ¿Pero hay más gente? —Estaba empezando a sudar. Llevaba el abrigo puesto, pero dentro del supermercado hacía calor.

—Ah, quería invitar a mis amigos de la uni para poder celebrar este momento. Ya sabes: Pearl, las otras chicas, Santi…

—¿Pero entonces va a ser una reunión de amigos? —pregunté yo con menos ánimo. En vez de ser una escapada romántica, iban a juntarse a hablar de sus asignaturas y sus profesores. Estaba ya viéndolo.

—Ah, no te preocupes. Van a venir también los novios de algunas de las chicas —dijo él, ajeno a mi decepción.

—¿El novio de Pearl también viene?

—No, Pearl está soltera.

—Entiendo —visualicé a la ardillita lista y su cohorte. La última vez que la había visto había habido cierta tensión. ¿Y qué? Quiero estar en este momento.

—¡Será divertido! Tengo un par de ideas.

—Ok. Está bien. Voy a tu fiesta. Solo me preocupa una cosa: no sé de cuántas personas estamos hablando al final. Si somos muchos y la casa no es muy grande, ¿cómo vamos a dormir? ¿Has pensado en eso?

—Sí —dijo él muy despacio, con una sonrisa que podía oírse—. Estoy dándole forma a una idea que he tenido.

—Oh. Ok. Te dejo que seas creativo —respondí, sin tener muy claro cómo y con quién iba a dormir yo esa noche.

—Solo una cosa, Brenda —dijo con misterio.

—Di.

—¿Puedes cogerme pasta de dientes, por favor? Después te pago eso y el helado.

—¡Venga ya! Eso era lo que te invitaba.

—De acuerdo. ¡Gracias! Hablamos.

Cogí las cosas y fui rápido a la caja. Brad es un gato, definitivamente.

29.

Liss vino a verme a mi despacho al día siguiente. Se quedó apoyada en la puerta, medio asomada por si venía alguien por el pasillo:

—¡Brenda, lo he visto! —susurró y sonreía al mismo tiempo.

—¿A quién?

—¡A Brad! ¿A quién va a ser? —hizo una pequeña pausa y después me habló con ligero tono de reproche—. ¿Tú estás segura de lo que estás haciendo? Este hombre es un diez. ¡Un Brad Pitt!

—Le gustan los perros y yo ya tengo un gato.

—¡No seas tan cínica! Haríais una pareja perfecta. Jones lo paseó por Atención al Cliente y pude hasta hablar con él. En ese momento me di cuenta. De verdad, sois tal para cual.

—Justo eso es lo que no me atrae: alguien que es igual que yo. ¿Qué me aporta? —dije yo con sequedad.

—¿Sabes lo que creo que te pasa? Te da miedo porque sabes que podría funcionar —explicó Liss—. Sin grandes conflictos, la cosa solo puede ir para adelante de manera natural. Uno comienza una relación, hace planes, se compromete… en fin, haces una vida con él. Si estás con él, la relación se pone en modo ON, por así decirlo, ¡y luego ya no puedes pararlo!

—¿Es eso entonces? ¿El camino fácil? —suspiré. Cerré el trabajo que tenía en mi pantalla y me estiré en mi silla. Liss me sonrió.

—¡Claro! Lo que tienes que tener es un poco de paciencia y no ponerte nerviosa. ¡Es normal que dé miedo! Las cosas suceden de manera natural. Cuando encuentras a la persona correcta, no hay tantas peleas ni discusiones. ¡Todo fluye!

—Si así fuera, ¿por qué no ha sucedido nada hasta ahora? ¿Por qué no estoy con Brad de Finance?

—Porque, permíteme que te lo diga, eres muy terca y solo vas buscando desafíos. Es una manera más de hacerte infeliz. ¡La vida es más fácil! —rió—. Además, no me haces caso nunca. Los que te vemos de fuera te podemos ayudar también.

—Yo creo —comencé a decir— que una cosa es que sea natural y otra inevitable. Pero, al fin y al cabo, ¿puedo elegir, no?

—¡Puedes elegir y equivocarte!

—Ahí estás siendo muy categórica.

—¡Y tú te estás haciendo una filósofa inaguantable! Me pregunto quién te estará echando a perder. ¿Es Tim?

—Tim es más bien un profeta —dije con ironía. En efecto, parece que cada uno viene aquí a decir su verdad.

—Brenda, abre los ojos. Además, estamos todos en la ofi muy entusiasmados con una pareja así.

—Uff. Es verdad, ya me había olvidado… —dije yo tapándome la cara con las manos.

Aprendí hace tiempo a no hacerme responsable de todo lo que me ocurre. Quiero decir, a todos nos pasan cosas malas a veces. Muchas de ellas están fuera de nuestro alcance y no se podían haber prevenido. Es decir, que no me merezco todo lo que me está ocurriendo. Tener a este Brad en el trabajo es una de ellas.

Pero después de haber tenido citas con él e incluso con esta oportunidad para tenerlo cerca, aún así no he sentido el deseo de estar con él. Ojalá fuera tan fácil para los demás darse cuenta de esto que me está pasando.

Con todo, tampoco es fácil para mí verlo.

Suspiré, le di las gracias a Liss y quedé con ella para tomar un café más tarde. Todo en lo que podía pensar era el fin de semana en la casa de campo con Brad, el *nerd*. Y los otros *nerds*.

30.

Viernes por la tarde en la oficina. El plan era el siguiente: justo al salir del trabajo tenía que volver a casa, donde ya tenía mi maleta preparada desde ayer. Después Brad y yo bajaríamos para esperar a uno de sus amigos, que nos recogería en coche para ir a la casa.

Era agradable la atmósfera del fin de semana. Yo misma me sentía positiva y con ganas de disfrutar de lo que venía por delante. Con este humor, me encontraba aún delante del ordenador a las tres de la tarde, terminando unas cosas.

Recibí un mensaje de Jones:

Brenda, HR va a enviar un mensaje esta tarde. Añadió un emoticono de sonrisa.

¿Qué es?, pregunté yo con un presentimiento palpable.

Déjame que me pase por ahí y te lo cuento en persona.

Solté el portátil y me impulsé con la silla de ruedas hacia atrás. Ya no iba a hacer gran cosa en lo que quedaba de día. Miré hacia el río que se iluminaba con colores dorados esa tarde. El Valle del Hudson. Ahí vamos.

—¡Brenda! Oye, tengo que darte una buena noticia —la sonrisa de Jones iba de oreja a oreja.

—Ok…

—De verdad, no sé lo que le dijiste a McCarthy, pero han acelerado todo el proceso de contratación. Normalmente recursos humanos tarda un montón, pero se ve que tienen necesidad de este candidato y están llevando a cabo un proceso excepcional.

—¿Estás hablando de Brad? Puede ser también porque él es muy bueno.

—¡Exacto! No lo quieren dejar escapar. Hay que atraparlo rápido mientras está disponible. No queremos que se vaya con un competidor.

—Eso quiere decir que…

—¡Sí! Van a contratar a Brad.

En mi trabajo hay veces en las que debo presentar la mejor versión de mí misma. Yo lo llamo *sonrisa profesional*. Con los años he ido refinando esto y me sale natural. Sin enseñar demasiado los dientes, cuidando cómo se enmarcan los ojos. Postura corporal abierta. Realmente, un enfoque neutro pero amigable a una situación. Lo uso con clientes que me dan una mala noticia, con Samantha y cuando las cosas dan un giro inesperado.

La usé ahora con Jones.

—¡Oh! ¡Qué gran noticia! ¿Entonces ya es oficial?

—Sí. Una compañera está redactando el *email* ahora que se va a enviar para anunciarlo. ¿Cómo te sientes? —me preguntó.

—Bueno, es una gran noticia. Ver su capacidad recompensada así, de esta manera… —improvisé yo.

—Eso está claro. Pero me refiero en lo personal. Tener a tu pareja en el trabajo es algo fenomenal.

—¡Claro! ¡Qué suerte! —dije haciendo de nuevo el papel que me tocaba hacer—. Sé que hay empresas que no lo permiten…

—Ahora bien, déjame que te diga algo —miró a los lados para asegurarse de que nadie estaba cerca para oír—: la gente ha estado hablando de ti.

—¿De mí? ¿A qué te refieres? —Sentí una pequeña punzada de ansiedad que no se reflejó en mi cara.

Él volvió a cerciorarse y dijo:

—Hasta McCarthy se enteró de tu éxito de la otra semana. ¡Eres más que famosa! Esto es bueno para ti.

—Pero, Jones, yo no voy hablando de esto por ahí, no creo que…

Jones chistó con el dedo en la mano. Alguien venía por el pasillo.

—No digas nada —dijo finalmente—. Deja que las cosas sigan su evolución natural. Lo que sigue a partir de ahora es fruto de tus logros. —Sonrió—. Ahora me tengo que ir. ¡Disfruta del fin de semana!

—¡Tú también! —respondí yo muy confundida.

Naturalmente me quedé con la cabeza totalmente revuelta después de esta conversación. Sé que Jones no hace las cosas con mala intención y, hasta donde puede, está incluso ayudando. No obstante, veo desencadenarse una serie de cosas que no sé dónde van a parar. Y hasta cierto punto me da igual, y lo pienso con toda sinceridad. Porque es viernes y voy a salir de viaje con Brad, y eso me importa mucho más que quién habla de quién en esta intriga de la oficina.

31.

De vuelta en casa abrí la maleta un instante y puse dentro alguna ropa que antes no había pensado. No sé muy bien cómo presentarme en esta situación, pero al menos me gustaría ir bonita. ¿Maquillaje? Demasiadas incógnitas.

—Miau.

Uf. El gato. Me había olvidado completamente de él. ¿Estará bien él solo durante este fin de semana? Ya no tenía tiempo de avisar a alguien para dejarle comida. Va a tener que aguantar con lo que le deje hoy en el plato. Le acaricié el lomo con un poco de pena.

—Esta es toda la atención que vas a recibir el fin de semana. El domingo nos vemos.

Recibí un mensaje de Brad:

Estoy listo. ¿Bajas? Santi está llegando.

Suspiré un instante. Allá voy.

Bajé la maleta hasta el tercero y toqué el timbre de Brad. Cuando abrió la puerta sentí ganas de darle un beso. Lo hubiera hecho de no ser porque él bajó la vista hacia mi mano.

—¿Está todo bien? —pregunté.

—¿Te trajiste una maleta?

—Claro, está bien, ¿no? No es muy grande. ¿Qué llevas tú?

—Una mochila —dijo él girándose para enseñarme la que llevaba a la espalda.

Hice una mueca mentalmente. Era exactamente la misma mochila que normalmente lleva a sus clases.

—¿Al menos sacaste las notas y los bolígrafos, verdad? —pregunté divertida.

—¿Qué? Ah… —tocó los bolsillos—. No, pero… déjalo, da igual. Ya llevo las demás cosas dentro.

—Bueno, ¿bajamos?

Abajo en la calle, Santi estaba esperándonos en su coche delante de nuestro edificio:

—¿Ya estáis aquí? Salimos ya entonces. Os informo: son dos horas de coche y vamos a tener tráfico al salir.

—Ya lo sé. En cuanto salgamos de la ciudad se arregla —dijo Brad.

—¡Hola, Brenda! —saludó Santi mirándome con sus ojos hinchados —. Podéis poner las cosas detrás. ¿Eso es una maleta? Empujad los trastos hacia el fondo.

—¡Hola! Gracias. Me siento aquí detrás.

—¿Y Pearl? —preguntó Brad sentándose delante.

—Va a ir con Crystal y su novio. Dice que le pilla mejor —dijo Santi.

Di un suspiro largo de alivio que ellos no oyeron.

Pensé que durante el viaje ellos dos estarían hablando de las clases y sus cosas, pero en realidad parecía que Santi tenía interés en conocerme:

—Entonces, Brenda, ¿te gusta el cine surcoreano? —me preguntó cuando salimos del atasco.

—Eehm. Lo cierto es que no sé nada sobre él —reconocí.

—¡Brad! ¡Vaya idea la de traerla a mi ciclo de películas entonces…! —gritó Santi medio en broma, medio en serio, después se volvió hacia mí—. Te pido disculpas si fue aburrido.

—Brenda dice que le gustó, así que no tienes que disculparte —saltó Brad.

—Bueno, fue interesante. ¿Habéis hecho más? —pregunté.

—No. La universidad me cerró el chiringuito. Me están pidiendo los *copyrights* para poder proyectar. Pude escaparme para la primera porque en realidad no le hice promoción como evento público. De manera oficial, éramos solo unos amigos viendo una película.

—¿Y a ellos qué les importa, si no vas a hacer dinero? —se quejó Brad.

—¡Nosotros no estamos aquí para hacer dinero, Brad! Si quisiera hacer dinero me hubiera metido a contable en finanzas.

Me pareció recordar que sí había visto un panfleto del ciclo de películas en alguna parte, pero no hice más preguntas. Santi cambió de tema:

—Entonces, Brenda, ¿a qué te dedicas? Brad me ha contado algo —preguntó. Desde el asiento de atrás vi cómo las orejas de Brad se ponían coloradas.

—Trabajo en Sales. Soy representante de una empresa del *Fortune 500*.

Santi silbó.

—¡Brad, buen partido!

—¡Santi…! —apeló Brad.

—Está bien, soy bueno… —dijo en un tono condescendiente pero cómico al mismo tiempo—. Pero no creas que las chicas van a ser más buenas que yo.

—Para que sepas que ellas te van a preguntar por tu ruptura —dijo Brad cruzándose de brazos y mirando a la ventana.

—¿Oh, acabas de romper con alguien? —pregunté yo.

—Sí —su gesto se volvió un poco más rígido, pero no mucho—. Un chico al que estaba viendo. Tuvimos un desacuerdo sobre una relación abierta.

—Lo siento. Realmente, si tú querías estar solo con él y él quería abrirse a otras personas, tiene que ser difícil.

—No —respondió Santi un poco seco—. Fue él. No quiere que yo me abra a otras personas.

—Oh.

—Tienes que coger la siguiente salida, Santi —indicó Brad.

¿Quién soy yo para asumir las cosas de los demás? Me hice una nota mental para no tener muchos prejuicios. Al fin y al cabo estaba fuera de mi ambiente y solo eso ya se sentía refrescante, conforme me alejaba de la ciudad y éramos engullidos por el campo.

32.

Se irguieron ante nuestros ojos enormes bosques, muchos de ellos aún desnudos tras el invierno, pero con brotes verdes que asomaban en las puntas de las ramas. Coníferas perennes también. El río apareció majestuoso en un puente, justo antes de desaparecer la última luz del día.

Brad se giró.

—¿Alguna vez has estado en el valle del Hudson? —me preguntó.

—Estuve una vez en Albany —dije—, pero no conozco el campo.

—A lo mejor podríamos ir mañana a enseñarte la naturaleza. No sé si has venido preparada.

—Pues sí, puedo ir como un todoterreno. Traje de todo en mi maleta —respondí divertida—. Ahora bien, me gustaría saber qué has preparado tú.

—Eso, Brad, ¿qué has preparado tú? —siguió Santi con ironía.

—Hay un súper cercano donde podemos comprar de todo. No hay nada de qué preocuparse.

—¡Qué! ¡No! —exclamó Santi—. Error de principiante. No traemos bebidas.

—¿Entonces hay que parar de camino? —pregunté.

—No. Se compran allí. No hay problema —dijo Brad con confianza.

Me gustaba verlo tomar control de la situación. Me había dado la impresión de que normalmente es una persona reservada que prefiere dejarse llevar en este tipo de situaciones. Quizás tengo que verlo en más contextos diferentes.

—También he traído el Trivial Literario —continuó.

—*Easy peasy* —dijo Santi.

Al cabo de un rato llegamos a West Hurley. Aparcamos junto a una casa grande de madera y salimos a estirar las piernas. Hacía un poco de frío. Brad fue a buscar mi abrigo.

—Ten. No te resfríes.

Ya había un coche junto a la casa. En cuanto nos vieron, se abrió una puerta y una chica salió a saludar:

—¡Brad, ya era hora! ¡Nos estamos helando! ¡Solo tú tienes llaves!

—¡Os abro! —se sacó un manojo enorme de llaves del bolsillo que rechinaron sonoramente. El sitio parecía pacífico, rodeado de árboles.

Finalmente Brad consiguió abrir y nos abrió la puerta al completo para dejarnos pasar, como si fuera el ujier de un cine.

La puerta de la casa daba directamente a un salón muy grande con chimenea. Era un tanto básico, pero se veía bien cuidado y confortable: había un par de sofás, mesitas de centro, una mesa grande con sillas y una cocina americana detrás.

—¡Hola! Nos vemos otra vez —me saludó la chica del coche, ya dentro.

—¿Te acuerdas de Yijing? —dijo Brad mientras se dirigía a la chimenea para encenderla—. Y este es su novio Jin-Hyuk.

—Hey. Encantado de conocerte. Me puedes llamar Jimmy —me pareció que era uno de los chicos surcoreanos que acudieron a la película.

—Y yo soy Tanya —dijo ella misma presentándose.

—¡Ah, nos conocimos en la película! ¿Cómo estás? —dije con simpatía.

—¡Ah, ya me acuerdo de ti! La profesora.

—No, no, yo no soy profesora. Quiero decir, ese día yo…

—Disculpadme que os interrumpa —dijo Santi con los ojos muy hinchados—, pero hay aquí una cuestión aún más importante que las presentaciones. Brad, ¿dónde está el alcohol?

—Hay un mueble con botellas, pero vas a querer comprar cuando veas lo que hay. ¿Por qué no vas a la gasolinera y de paso consigues unas pizzas congeladas? Está siguiendo la carretera.

Mientras Santi se iba, miré si podía echarle una mano a Brad con la chimenea.

—Déjalo. Solo tengo que encontrar el encendedor para prenderlo —me dijo mientras se arrodillaba junto a la chimenea. Parecía que quería hacerlo solo.

Las chicas ya se habían sentado en el sofá y se habían enfrascado en sus respectivos teléfonos móviles. Tanto viaje para hacer lo mismo que hacen en casa, pensé.

Jimmy me vio contemplando la situación del salón:

—¿Entonces tú no eres de la clase de Yijing? Qué alivio —rió.

—No, no. Yo soy amiga de Brad. Soy Brenda. Encantada.

Amiga, pensé. Porque ahora mismo no puedo definirme de otra manera. ¿Qué somos, Brad?

Conforme pasa el tiempo me quedo más confundida y me pregunto si al final solo vamos a ser eso.

Tras este flash de reflexión, le devolví la pregunta:

—Me pareció verte en la proyección de la película. ¿Entonces vosotros dos ya erais una pareja?

De repente Yijing apartó la mirada de su móvil para ver lo que Jimmy respondía:

—Bueno, sí. No. Quiero decir, es complicado.

—¡Sí somos! —gritó Yijing.

—No es fácil ponerle etiquetas, ¿verdad? —dije yo sonriendo, con la esperanza de que Brad estuviera oyendo la conversación.

—¡Jimmy! Ya le he hablado de ti a mis padres. Faltas tú.

Bueno. Esto son palabras mayores. Me pregunto qué pensarían ellos de Brad. Tengo que llamar a mi padre también, si me acuerdo.

—¡Es por eso! ¡Así no va a funcionar! —exclamó Brad. Todos nos giramos.

Había apretado la botella de líquido inflamable y soltado un chorro en la leña. Inmediatamente le acercó una llama con el encendedor. La chimenea pegó un fogonazo tan fuerte que Tanya pegó un grito.

—Ahora está mejor —dijo Brad. Dio un suspiro y me miró. Yo le devolví una sonrisa.

No tardó en llegar el último coche. Eran Crystal, su novio y Pearl.

Hubo un par de saludos. Cuando llegó mi turno de saludar a Pearl, ella me escaneó mirándome de arriba abajo. Voy a ser honesta: creo que yo hice lo mismo.

—Hola, Brenda —me dijo—. Me alegro de que hayas venido. No sé si te vas a saturar mucho esta noche —rió—. Tenemos pensado hacer un par de juegos temáticos.

—¡Hola, Pearl! Por supuesto, estoy a la altura del desafío para esta noche. Pero tampoco quiero ser el centro de atención, lo más importante es pasarlo bien juntos. Deberíamos disfrutar de la naturaleza también si podemos.

—¿Ah, pero quieres salir por la puerta? ¡Hace mucho frío!

—Por supuesto que no, mañana. Vamos a ir a dar un paseo.

—¡Qué buena idea! —dijo ella midiendo sus palabras—. ¿Todos juntos? No sé si el tiempo lo va a permitir.

—Bueno, me he venido preparada —respondí un poco más secamente, usando mi *sonrisa profesional*.

—¡Ya lo veo! —dijo ella, pizpireta como siempre.

—No dejáis de hablar de que hace frío. ¿Por qué no os sentáis todos cerca del fuego? —dijo Brad intentando ser un buen anfitrión.

33.

Todos se acomodaron en los sofás y empezamos a charlar. Hubo algunas preguntas sobre mí, dónde vivo y mi trabajo. Resulta que Darrell, el novio de Crystal, trabaja al lado de mi oficina en la cocina de una pizzería a la que voy de vez en cuando.

En medio de la conversación, Santi llegó gritando por la puerta:

—¡Brad, cuánto tiempo hace que no vienes aquí! La gasolinera de la que hablaste lleva tiempo abandonada. He tenido que ir al pueblo de al lado a por pizzas y bebidas. Luego os paso la cuenta.

Enseguida hubo un ambiente agradable entre amigos con risas y bromas mientras todos empezábamos a probar unos trozos de pizza. Alguien puso música. Nunca antes había bebido con Brad. Lo cierto es que nuestros encuentros hasta ahora han sido muy cándidos: ir a pasear, tomar un helado. Nada de malo en eso, pero una parte de mí simplemente quiere verlo también en otros contextos. Vi que se reía más y que su mirada se volvía más penetrante. O quizás era el efecto de los otros.

En cierto modo empecé a llegar a la conclusión de que él no era tan raro, y ellos tampoco. Son simplemente personas, diferentes en muchas cosas de mí misma y de otras personas. Tuve un pequeño pensamiento mientras me quedaba ensimismada con mi bebida en la mano: que para llegar a esta conclusión tuve que salir de mi caparazón y atreverme a conocer a otra persona. Brad se fijó en que me encontraba perdida en mi reflexión y me preguntó:

—¿En qué piensas?

Por supuesto no iba a responderle lo que de verdad estaba pensando.

—Estaba simplemente disfrutando del momento, con todos, contigo.

—Eso está bien. Me preocupaba que fuéramos muy *nerds* para ti.

—¡Oh! Espérate, porque aún no he visto ese juego, igual luego tengo una segunda opinión —dije guiñando un ojo. Brad parecía encantado con mi broma e iba a decir alguna cosa, pero fue interrumpido:

—¿Juego? Alguien está hablando del juego… —dijo Santi con los ojos más hinchados que nunca—. ¡Traed ya el juego! Que me lo echen.

—¡Santi! —dijo Yijing dramáticamente—. ¡Tú no puedes jugar! Si juegas tiene que ser sin puntos, para no arruinar la experiencia a los demás.

—¿Pero entonces qué gracia tiene?

—¡Entonces tienes que jugar con hándicap! —dijo Pearl riéndose—. Cada vez que ganes un punto tienes que beber un chupito.

—Ese sistema me gusta más —dijo Santi de vuelta.

La versión literaria del Trivial Pursuit incluía preguntas sobre autores y estilos literarios, de lo cual no tengo la más mínima idea. Quiero decir, puedo deducir que si están hablando de romanticismo, los tiros no van por ciencia ficción, pero hasta ahí llego.

Como era de esperar, Santi iba en cabeza a pesar del hándicap que le habían puesto para que no ganara. Brad iba segundo y las chicas iban detrás. Por mi parte, los novios de las chicas y yo nos quedamos empatados al final.

—No te preocupes —me dijo Jimmy—. Yo me manejo bien en temas de arquitectura. Me sacas de ahí y no sé nada.

—Yo me voy sirviendo más bebida. Igual acierto así, quién sabe —añadió Darrell.

Sí sabía la respuesta de la pregunta que le hicieron a Tanya porque había visto la película de Romeo y Julieta con Leonardo DiCaprio, pero del resto no acerté ninguna. Como siempre, Pearl estaba muy atenta a mis respuestas:

—¡Qué pena, Brenda! Lo importante es participar y pasarlo bien —me dijo compadeciéndose tras mis respuestas.

¿Y qué? Me da igual, porque sé que no necesito impresionar a Brad. Pero sí me lo pasé bien. Incluso le seguí el juego a los chicos con las bromas cuando alguien leyó una pregunta que mencionaba a Balzac. Pearl me echó una mirada de recelo.

Como tardábamos mucho por ser tantos jugadores, se decidió un límite de rondas. Finalmente Santi fue el ganador. Las chicas, en medio de la broma, sacaron el tema de su ruptura:

—¡Santi, por qué tienes que llevártelo todo! ¡Deja alguno para nosotras!

Fue una noche divertida. De alguna manera conseguí distraerme de una de las incógnitas del viaje.

—Chicos, tenéis habitaciones al fondo para dormir cuando queráis —anunció Brad—. Debería estar más o menos preparado. Mis padres dejan el mantenimiento a una empresa que se lo va dejando alquilado la mayor parte del año. Son cinco dormitorios dobles en total.

Yijing y Jimmy se fueron a un cuarto no mucho después. Crystal y Darrell a otro. Tanya hizo lo mismo.

Nos quedamos en el sofá Pearl, Santi, que se había desplomado de sueño, Brad y yo.

—¿Entonces tenéis planes para mañana? —preguntó Pearl.

—Bueno, había pensado ir con Brenda al bosque que hay aquí detrás —dijo Brad.

—¡Oh! Suena a que vais a hacer algo. No sabía que tú eras de esos, Brad. ¿Te vas con Brenda al bosque a hacer qué? —dijo ella con sorna.

—Pearl, ¿qué te pasa? ¿Por qué tienes que hablar con ese tono, como insinuando algo? —replicó Brad visiblemente molesto.

—¿Qué? ¿Te molestas conmigo? ¿Porque estoy insinuando algo o porque estoy cuestionándote?

—Oye, estás muy rara esta noche.

—Tú eres el raro y lo sabes. A mí eso me daba igual, cosa que ya te he dicho, pero quizás no eres tan bueno al fin y al cabo.

—¿Qué? ¿A qué viene eso ahora?

—Escucha, me voy a dormir, para que pienses en lo que haces.

Se levantó y se metió en uno de los cuartos.

—¿Qué fue eso? —Brad se levantó irritado del sofá y me miró.

—No sé, Brad. Igual tenías que haber sido más claro con el tema de los dormitorios mucho antes —repliqué.

—¿Para qué? Hay camas de sobra. Todos pueden dormir donde quieran.

—¿Y yo? ¿Puedo dormir contigo?

—Puedes elegir: está el cuarto de Tanya, el de Pearl…

—Olvídalo —lo corté.

—¿Qué te pasa a ti también? —preguntó Brad mezclando en sus palabras la irritación que le había causado Pearl.

—¿A mí también? ¡A mí no me pasa nada! —exploté.

—Igual que Pearl —comenzó a caminar de un lado a otro—. ¿Es porque me rechazaron de la universidad, a que sí?

—Tú no te enteras de nada, ¿verdad?

—Y tú no hablas claramente.

—Lo que está claro es que después de beber tú te enteras aún menos que de costumbre, que ya es decir. Yo me voy a una habitación a dormir ahora mismo —dije levantándome del sofá—. Buenas noches.

34.

Me dejé a Brad farfullando algo incomprensible y a Santi totalmente dormido en el sofá.

Cogí mi maleta, que estaba en la entrada junto a la puerta, y me fui a la habitación de Tanya. Encendí la linterna del móvil. Había dos camas. Tanya estaba durmiendo plácidamente en la cama de la derecha. Me fui a la cama de la izquierda sigilosamente. O eso creo. Había bebido bastante y hacía más ruido del que hubiera querido. Aún así mi compañera de cuarto parecía tener el sueño profundo. Me metí en la cama con ropa.

Había visto algo en el móvil. Una notificación. Brad de Finance me había escrito un mensaje a las cinco de la tarde.

Hey, Brenda, ¿cómo va todo? No hemos tenido tiempo de hablar y ponernos al día, había escrito. Eran más de las doce de la madrugada, pero aparecía como conectado hacía apenas unos minutos.

Le respondí ahí tumbada en la cama, sin más luz que la pantalla del teléfono.

¡Hola! ¡Felicidades por conseguir el puesto!, envié con una carita feliz.

Oh, ¿ya te lo han contado?, respondió él casi al momento.

Pues claro, ¡eres ya una celebrity en la empresa!

Jajaja, bueno. Eso quiere decir que nos veremos más a menudo.

¡Tengo ganas! ¿Empiezas el lunes? Te haremos una bienvenida, escribí yo con unos emoticonos de confeti.

Genial. La verdad es que también tengo ganas de pasar tiempo contigo.

Paré un momento antes de responder. Él envió otro mensaje:

Después de nuestra última cita me quedé con ganas de verte de nuevo… Quizás en un ambiente más cómodo, más sugerente.

Ya sabía lo que él estaba pensando. Esos mensajes tipo *player* dejaban muy claro lo que quería. Pero para mi sorpresa, una parte de mí estaba disfrutando. Quería más de este tipo de atención. Debe ser por eso que no lo corté en ese instante.

Ya me lo estoy imaginando, respondí. *¿Con una cena antes, quizás?*

Estoy abierto a todo, respondió él con el emoticono que guiñaba un ojo.

¿A todo, todo?

Mira, si quieres hablar sobre ello, no es tan tarde y estoy disponible.

Pero si es por teléfono voy a despertar a los vecinos, mejor que no.

¿Entonces voy directamente a tu casa?

Alto ahí. Esto está mal. Me sentí mal conmigo misma. Brad está ahí fuera, en alguna parte de esta casa. No quiero hacerlo.

Empecé a sentirme deshidratada y a frotar mis ojos secos. La pantalla con luz azul del móvil tampoco ayudaba. Salí al salón a buscar un vaso de agua. Las luces estaban ya apagadas, pero pude ver la luz de la luna iluminar la estancia de manera tenue. Se escuchaba resoplar a Santi. Brad había marchado a una de las habitaciones y ya no estaba ahí. Cogí un vaso de la encimera y lo llené de agua del grifo. Estaba muy fría.

Pensé en ponerme el pijama enseguida y meterme a dormir. Cuando estaba a punto de entrar en mi habitación, otro pensamiento se me vino a la cabeza: ¿a qué habitación fue a dormir Brad?

Todo el mundo se levantó tarde el sábado. Me desperté casi a las once de la mañana. Entraba ya toda la luz del día por la ventana. Se oían unos gritos que venían de la habitación de al lado: Yijing y Jimmy estaban discutiendo.

Tanya estaba leyendo en su cama.

—¡Oh, Brenda! ¡Buenos días! ¿Te desperté? —dijo con su acento alemán—. ¿Cómo te sientes?

—¡Hola…! Mmm... Un poco reseca. Necesito agua.

—Debe ser que no estabas acostumbrada. Yo por eso apenas bebo. Ten, aquí hay agua.

—Gracias —dije casi al tiempo que daba un trago a la cantimplora—. Mejor ahora.

Ella se volvió a meter en su libro. Miré hacia la ventana. Algo como un río o un lago parecía que estaba a lo lejos, rodeado de grandes bosques.

Es verdad. Yo iba a salir con Brad de excursión. Me acordé de repente de todo lo que había pasado anoche. ¿A las once de la mañana sería ya demasiado tarde?

Parece como si Tanya se adelantase a mis pensamientos:

—¿Vas a salir, verdad? El día parece bonito. ¡Hace frío y sol! Yo me quedo aquí leyendo. Es el plan: relajarme un fin de semana en el campo, fuera del bullicio de la ciudad. ¿Y tú, qué plan tienes?

—Yo… —empecé a decir—, creo que voy a salir. Sola o con alguien. Me da igual.

—Oí la puerta hace no demasiado. Creo que Crystal y Darrell han salido a dar un paseo.

Salí en pijama al salón. Santi seguía durmiendo. Fui corriendo al baño con una toalla para ducharme.

35.

Era un cuarto de baño grande. La ducha estaba detrás de una pared y tenía una cortina de plástico. Me desvestí y me metí dentro de la ducha. El suelo estaba mojado con agua y jabón. Alguien se había dado una ducha hacía poco. Abrí el grifo: el chorro de agua caliente era revitalizante.

Pensé en la noche anterior, sin enfocarme en ningún recuerdo en particular. Las imágenes iban pasando a través de mí como una corriente. Me quedé ensimismada en el agua caliente.

En ese momento oigo la puerta del baño abrirse.

—¡Está ocupado!

—Oh, Brenda. Es un momento solo. Disculpa.

Era Brad.

—Brad, ¿qué haces aquí? —le dije a través de la cortina, que por fortuna era opaca—. Me estoy duchando.

—Ya lo sé —respondió él con cierta vergüenza en su tono de voz.

—¿Cómo que ya lo sabes? ¿Lo sabes y entras aquí así?

—Disculpa, es que necesito mi ropa —respondió, y acto seguido fue víctima de un estornudo.

—¡Jesús! ¿Es que te has resfriado?

—No sé. Sólo llevo una toalla ahora mismo.
—Brad, ¿en qué estás pensando?
—Por favor, ¿me puedes pasar mi ropa interior? Está colgada dentro de la ducha.
—Espera, voy a ver. ¡Ni se te ocurra mirar!

Efectivamente, unos calzoncillos con estrellitas estaban reposando en un gancho. Este hombre es como un niño. Debo estar loca.

—No dejes que se mojen.
—¿Por qué, es que no trajiste más?
—¡Claro que traje! —contestó—. Pero tengo solo estos y muda para mañana.
—Toma, anda —dije, y se los colgué desde mi lado.
—Gracias —Brad hizo una pausa. Se oyó un ruido de ropa deslizándose—. Ya está.
—Oye, Brad, no seas rarito. Déjame disfrutar de mi ducha en paz.
—¿Te vienes a dar una vuelta por el bosque? Vamos a salir.

Esperé un poco para contestarle.

—Sí.
—No te preocupes. Te espero y que ellos salgan delante —propuso Brad.
—Ah, a mí no me importa.
—A mí sí —respondió sin más explicación.

Cuando salí de la ducha, Tanya estaba en la cocina del salón, preparándose su almuerzo. Espero que encontremos algo de comida por ahí, pensé. Voy sin nada en el estómago y ya no hay tiempo. En la habitación, rápidamente me puse mi ropa preparada para caminar.

Me eché un vistazo brevemente en el espejo. La resaca no le sienta bien a mi cara. No era el humor más optimista para salir para una caminata, pero esperaba que el movimiento ayudase a mi autoestima al final del día, como una sesión de gym.

Brad estaba esperándome en el sofá, mirando su móvil. Me regaló una sonrisa cuando me vio:

—¿Estabas arreglándote? No hacía falta.

36.

El día estaba radiante. Era uno de aquellos en los que el sol brilla sin nubes tras un invierno largo, pero que todavía son fríos, especialmente a la sombra.

Brad y yo salimos de la casa y comenzamos el recorrido a pie.

—He pensado en un sitio para comer —me dijo.

—Espero que sea un sitio que todavía esté en pie. ¡No como esa gasolinera de la que hablaba Santi! —recordé yo en tono de broma.

—Esta vez lo he revisado en internet y parece que el sitio existe. Parece una opción segura. Podemos ir allí y buscar un brunch.

—Uno no hace brunch todos los días. Me gusta.

Los árboles se erguían a nuestro alrededor. Avanzábamos por un camino que había sido invadido por las hojas tras la estación fría.

—¿Solías venir por aquí con tus padres? —pregunté mientras nos envolvía la sombra de las ramas.

—Solo de pequeño y hasta cierta edad. No recuerdo todos los detalles. Mis padres son profesores en una ciudad cercana. Se tomaban las vacaciones solo cuando el horario lectivo se lo permitía. Normalmente veníamos en verano. Por eso lo recuerdo todo diferente.

—Debe ser bonito en verano también.

—¿Y tus padres, dónde están?

—Es una larga historia —comencé—. Vengo de una ciudad pequeña del Midwest. Mi padre vive aún allí. Era periodista, pero fue herido hace años mientras investigaba en un país en guerra…

—Lo siento. ¿Y cómo…?

—¡Ah, él está bien! —lo interrumpí—. Solo cojea un poco. Ahora se dedica a escribir. Probablemente te caería bien.

—¿Y tu madre? ¿No están juntos?

—No. Están divorciados. Mi madre es la CEO de una empresa multinacional en Chicago. No hablo mucho con ella.

—¿CEO? Wow.

—Sí.

Estuvimos un momento en silencio.

—¿Sientes que tu madre dejó una estela y que te encuentras en la obligación de seguirla? —preguntó Brad despacio, como eligiendo las palabras.

—Mmm, qué observación tan rara.

—Disculpa. No pretendía psicoanalizarte.

—No. Puede que haya algo de razón en eso —dije perdiéndome en mis pensamientos.

Más bien puede que esté en competición con ella, pensé.

—No hace falta que hables de ello si no quieres —dijo él sin acritud.

—Está bien —concluí.

Dimos la vuelta al bosque y llegamos al lago. El sol se reflejaba en la superficie y daba la impresión de ser más cálido de lo que era en realidad. Había una cafetería con restaurante cerca de un pontón de madera, *Premonition*. En temporada baja había poca gente. Nos sentamos en una mesita pequeña con vistas al agua y pedimos algo para comer. Huevos, beicon, aguacate.

—¿Y los otros? —pregunté mientras empezábamos a comer.

—Ah, probablemente están ya de vuelta. Crystal se cansa mucho.

—¿Pero nos estaban esperando?

—Tampoco había nada decidido. No sé qué pasa con Pearl, la verdad —respondió Brad, y tomó un bocado de tortilla.

Decidí enfrentar a Brad en cuanto a este asunto de una vez por todas.

—Oye, ¿no crees que Pearl está intentando algo contigo? —dije en el tono más sensible que pude.

—¿A qué te refieres?

—Deja de hacerte el tonto. Es muy evidente.

—Dices eso porque está celosa de ti. Eso sí que es muy evidente. Me lo dijo hasta Santi.

—¿Y a ti te gusta? —continué.

—¿A mí? —hizo una pausa—. No. Por supuesto que no. Es solo una amiga.

—Ahora parece que dudaste.

—¿Seguro que no eres tú la que está celosa? —dijo él de vuelta.

—Escucha. Lo admito. Estoy celosa de ella. Más bien, estuve celosa de ella. Ahora me da igual. Pero lo cierto es que ella se ha dedicado a poner murallas a tu alrededor. Tampoco me hizo sentir muy bienvenida algunas veces.

—No te enfades con ella. Hace muchas preguntas, lo sé. A veces indiscretas.

—Como te digo, a mí eso me da igual. He peleado batallas más difíciles… —dejé pasar el tiempo mientras masticábamos—. ¿Y ya has hablado de esto con ella?

—Claro que no. Sería violento —dijo Brad con seriedad.

—Tú siempre te quedas en tu sitio dejando que las cosas pasen y no te afecten.

—Eso no es así, Brenda.

—Es lo que yo veo —añadí con un tinte de sorna—. Eres un sabio estoico.

Brad se rió.

—¿Usas mis palabras contra mí? Voy a tener que prepararme entonces.

—En serio, no dejes que las cosas se enturbien por un malentendido.

Brad se quedó pensativo, jugueteando con una cucharilla entre sus manos con la mirada perdida en el cubierto.

—¿Un malentendido, eh? —dijo él dibujando una mueca en su cara.

—A ver, ¿quieres que yo te ayude? ¿Cómo te sientes teniendo dos mujeres celosas por ti?

—Me juzgas como si fuera uno de esos que se dedican a ligarse a las mujeres —sonrió con ironía.

—Como un *womanizer* que se mete en mi ducha.

—Bueno, ahora me vas a hacer pagar por eso.

—¡Pero no te pongas a la defensiva ahora!

—Es que lo pones como si todo esto fuera el resultado de mis acciones. Pero déjame decirte que yo nunca he sido precisamente el más popular. Me pasé la vida estudiando, renunciando a ser otro tipo de persona más atractiva…

—Qué tontería —interrumpí. Con su pelo, sus ojos, su sonrisa, a mí ya me parecía muy atractivo.

—…porque estaba realizando mi sueño, que al parecer no va a cumplirse, y esa es otra historia —continuó divagando—. Ahora bien, si en medio de esta cadena de acontecimientos me sucede que dos mujeres me han prestado atención, dime: ¿está mal que por un momento me haya sentido bien? Yo nunca busqué a Pearl. Y a ti…

—A mí, préstame atención ahora —dije.

—¿Puedo? —sus ojos me sonrieron. En un momento se acercó a mí inclinando su cuerpo sobre la mesa y me besó.

Nos quedamos en silencio después. Parece como si hubiéramos reparado entonces en la música *lofi* del café. Yo había estado tan enfocada en la conversación que ni lo había notado.

—Ven a mi habitación esta noche —dijo Brad.

¿Y yo? No pude dejar de sentir una pequeña punzada de remordimiento. Puede que la manera en que estoy tratando a Brad sea porque me siento hipócrita. Todavía está el otro Brad.

Salimos de la cafetería caminando de la mano, dando un paseo largo de un par de horas de vuelta a la casa. Los días aún no eran muy largos. Con menos luz convenía regresar no muy tarde. En los momentos de silencio durante el camino de vuelta me pregunté a mí misma qué pasaría si Pearl o los otros nos vieran de la mano. Probablemente nada, o un comentario, o el reconocimiento de que somos algo. Y si vamos a dormir en la misma cama además… Es ridículo que esté pensando esto. Pero por encima de todo es demasiado complicado. Deseé que mi vida fuera un poco más simple algún día.

37.

Cuando llegamos el tiempo estaba empezando a cambiar. Hacía viento que provocaba que el aire se sintiera cortante. De vez en cuando caía un poco de lluvia. Iba a llover.

Al entrar vimos que la chimenea ya estaba encendida.

—Buenos días —dijo Santi, totalmente recuperado—. Justo estábamos hablando de vosotros. Brad, he encontrado unas botellas de alcohol en un armario. Son un poco viejas. Me imagino que son de cuando tus padres te concibieron.

—¡Hey! Yo creo que serán de algún huésped que se las dejó —contestó Brad tomando en su mano la botella que Santi le ofrecía—. O quizás no, creo que esto le gustaba a mi padre.

Hubo un par de risas. Parecía un ambiente distendido de nuevo. Pearl apareció y comenzó una conversación como si nada hubiera pasado ayer:

—¡Hola! ¿Dónde habéis estado? —dijo pizpireta como siempre—. Nosotros hemos ido a dar una vuelta alrededor del lago, pero tuvimos que dar la vuelta porque había mucha agua.

—Sí, uno de los lados está empantanado —recordó Brad.

—¿Ah, sí? Nosotros fuimos a dar un paseo solo, y luego a una cafetería —dije.

—¡Oh, os dije que teníamos que haber ido por el otro lado! —suspiró Crystal—. Estoy muerta de hambre.

—Chicos, he descubierto que podemos pedir un *take-away* en el pueblo —anunció Tanya saliendo por la puerta con su teléfono en la mano—. Si hay que ir en coche para recogerlo, acompaño a quien sea. Yijing lleva el día entero discutiendo con su novio y ya no puedo más.

Yo me quedé en el sofá descansando del paseo, mientras algunos iban a buscar comida para todos. Estaba reclinada de la manera más cómoda posible, por eso probablemente me pilló desprevenida cuando Pearl se acercó a hablar conmigo.

—Brenda, ¿tienes un rato para charlar? Mira, creo que de verdad no nos hemos comunicado bien en el pasado —comenzó, en un tono de voz suave que nunca le había oído—. En ocasiones soy un poco polémica. No quiere decir que tenga mala intención.

—Bueno, nos puede pasar a todos —respondí—. Al fin y al cabo tú estás en tu territorio.

—¡Exacto! Creo que me he sentido un poco a la defensiva. Pero oye, si a ti te gusta Brad, está todo bien con eso. Como amiga cercana, obviamente voy a querer saber qué pasa, porque lo conozco mejor.

—A mí me dio la impresión de que lo estabas protegiendo.

—¡Por supuesto! Yo te entiendo, porque él es muy guapo. Pero quizás no estás viendo la parte de él que es la más valiosa —dijo ella con una entonación aguda al final de la frase.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, ¿a ti quién te gusta más? ¿Brad Pitt o Brad Mehldau?

—¿Quién? —pregunté yo confundida.

—El pianista de jazz.

—Pearl, de verdad no entiendo lo que me quieres decir —dije con una sonrisa.

Comprendo que estaba poniendo un ejemplo, pero sacar en la conversación así, sin más, dos Brads me puso en alerta.

—Lo que digo es lo mismo que te dije una vez, cuando tú y yo vimos una obra de arte en el museo hace tiempo —explicó Pearl con creciente condescendencia—. Para apreciarla y comprenderla es necesario saber el contexto. Es más, hace falta mirar y ver más allá. Saber de arte.

—Probablemente lo he dicho ya alguna vez, pero creo en mi capacidad para juzgar y apreciar libremente lo que sea que tenga

delante —argumenté—. De disfrutar con lo que tengo a mi alcance.

—No te falta razón —contestó Pearl—. Pero también puede ser una experiencia vulgar si no conectas con lo que el autor quiere decir.

—Volviendo a Brad —tercié—, quizás lo interesante sería esperarlo para escuchar su propia voz y que nos diga él mismo lo que él quiere decir.

—Él puede confundirse, como todos. Y de hecho se confunde mucho. Solo espero que sea capaz de ver tras las apariencias. Este año lo pasó muy mal, como sabes.

—Pearl, déjame que te diga algo —comencé a hablar, ya ligeramente encendida—, y quizás te va a sorprender: tú y yo no somos tan distintas. Yo también puedo ser controvertida, polémica. Y como tú dijiste, yo tampoco tengo mala intención. Al final todo será el resultado de lo que tenga que ser.

—¡Ok, Brenda! No te enfades por favor. Te comprendo perfectamente. Escucha, vamos a cenar y a tomar unas copas y, como tú dices, al final se verá. *In vino veritas*, como decían los antiguos.

—Quiere decir que en el vino está la verdad —dijo Santi, acercándose a nosotras—. Es decir, no hay secretos. Sinceramente, chicas, venid a cenar.

38.

A causa de la conversación no bebí mucho durante la cena. Algo me había dejado inquieta. No es solo la actitud de Pearl, que ya se sentía totalmente intrusiva, sino la mención de los dos Brads. Creo que era solo un ejemplo que ella usó en su maquinación mientras hablaba, pero me creó la pequeña sospecha de que ella sabía algo más.

¿Y si ella había visto mi móvil mientras yo me duchaba? ¿Y si había visto mi conversación con Brad de Finance? Debería haberla borrado al momento, o haberlo bloqueado directamente. Pero quizás ya no puedo hacer eso, porque va a ser un colega de oficina a partir de la semana que viene.

Comencé a darle vueltas a los detalles mientras cenaba. Probablemente Tanya estaba todavía en la habitación cuando yo me había ido a duchar. No creo que Pearl se hubiera metido a rebuscar en mis cosas. Pero también es verdad que Tanya enseguida se salió a hacerse la comida y, entretanto, la otra podría haber aprovechado el momento para introducirse en mi cuarto. Estoy pensando las cosas demasiado.

¿Y si Tanya estaba compinchada con Pearl y mi móvil estuvo a su alcance durante un tiempo? No creo que sea el caso ni que hayan hablado de esas cosas ellas dos, pero me hizo sentirme inquieta y un poco ausente en la cena.

—Brenda, ¿estás bien? —me preguntó Brad.

—Sí, es solo el cansancio del día —dije con una sonrisa a la que le siguió inmediatamente un bostezo.

Al no haber ningún juego planeado esa noche, algunos se empezaron a retirar a los dormitorios para descansar. Nos quedamos Santi, Pearl, Brad y yo. Además Yijing apareció cuando la mayoría se

estaba yendo y se quedó con nosotros mientras apuraba las sobras. Había estado todo el día discutiendo con el novio y ahora estaban peleados.

—No me apetece verlo ni hablar con él —dijo.

—Déjame que lo adivine. ¿Es por esa cuestión de los padres otra vez? —conjeturó Santi.

—Exacto. Tenemos puntos radicalmente opuestos. Y de hecho comprendo el suyo igual que comprendo el mío, y sé que no le falta nada de razón. Sin embargo esta vez no es cuestión de razón, sino de obligación. En fin, no me meto en detalles, pero cada vez más me hace dudar. En verdad los opuestos no se atraen, o si se atraen, no funciona.

—Tampoco hace falta generalizar —opiné.

—No es un factor determinante —añadió Santi—, excepto cuando lo es.

—Eso equivale a no decir nada —intervino Brad.

Santi miró a Brad como si le estuviera leyendo la mente. De verdad, estos dos se conocen muy bien. Le preguntó con voz guasona, como acordándose de algo:

—Te recuerda a algo, ¿verdad?

Brad, ya bebido, se rió y habló con ironía:

—¡Sí, a la universidad!

Ahí los cuatro se pusieron a hablar de profesores, de materias, de cursos, de posgrados y más. Probablemente Brad aún necesitaba desahogarse con el asunto, pero en esta ocasión el alcohol le encendía aún más. Los otros no dejaban de expresar su opinión:

—Tú tiras la toalla con ese departamento —dijo Pearl—, pero son ellos los que se lo pierden.

—¿Esperaban que le hicieras un favor a alguien, o qué? Así se consiguen muchos trabajos ahí —Santi se reía con los ojos hinchados.

—Ni aunque me lo regalasen querría estar ahí —dijo Yijing.

—Cada uno tiene el derecho de buscar su perdición. *Pick your poison* —respondió Santi.

—Brad, dales tiempo a que noten que te has ido —aconsejó Pearl mientras le servía otra copa—. Lo van a lamentar.

—En unos meses acaba mi beca, y después… —Brad bebió un sorbo grande—. Después veré qué hago. Por primera vez en muchos años.

Así habló. Después se hundió en el sofá y se quedó pensativo, de repente sumido en una profunda reflexión, hasta el punto de cerrar los ojos y roncar.

Hubo un momento de silencio.

—¡Se ha quedado dormido! —exclamó Yijing mientras se levantaba —. Con suerte Jin-Hyuk también está durmiendo. Yo estoy que me caigo. Buenas noches.

—¡Vaya! Esta cosa es potente —dijo Santi cogiendo y mirando la botella—. Tampoco ha bebido tanto.

—Brad… ¿Y si lo llevamos a su habitación? —propuse yo.

Ellos me miraron como dándose cuenta de que yo también estaba ahí. En efecto, había estado callada durante los últimos minutos.

—Sí —resolvió Santi—. Este ya no se levanta. Ayudadme a llevarlo, por favor.

—Voy yo —saltó Pearl.

—G-gracias —masculló Brad.

Ocurrió muy rápido. Cogieron a Brad por los brazos y lo arrastraron hasta su habitación. En seguida vi que Santi salía del cuarto:

—Anoche no pude dormir en una cama, pero hoy van a cambiar las cosas —me dijo, y se metió en el que era el cuarto de Pearl.

¿Y Pearl? No salía del cuarto de Brad y la puerta ya estaba cerrada. Yo me había quedado sola en medio del salón de esa casita en West Hurley. En un momento se había dado la vuelta al plan de lo que iba a ser la noche. En vez de irme yo al dormitorio de Brad, era Pearl la que estaba pasando la noche con él.

39.

¿Qué hago? ¿Digo algo? ¿Entro?

Por un momento no asimilé lo que estaba pasando. Pensé que probablemente era un error, que era yo la que iba a dormir en su cama esa noche. Pero poco a poco se fue adueñando de mí una sospecha que se convirtió en certeza. Sí, Brad estaba borracho y eso quería decir que no estaba en sus facultades. Pero me pareció que era capaz de expresarse. Podía decir que no quería a Pearl ahí, a no ser que en el fondo sí quisiera.

Me quedé paralizada por la vergüenza. En pocas ocasiones me quedo sin saber qué hacer o qué decir, pero esta vez fui completamente sobrepasada por las circunstancias. Y por encima de todo me afectó personalmente.

Eligió a Pearl por encima de mí. ¿Qué es lo que todavía no sé?

Apagué la luz del salón. No quería que nadie viera mi cara en ese momento. La casa se había quedado ya en silencio. Aparentemente, pues desde luego yo no tenía manera de saber si podría suceder algo en la habitación que yo no oyera. No iba a intentar escuchar. Me sentía herida en mi orgullo y en mi confianza hacia él.

Agarré la botella que dejó K.O. a Brad y le pegué un buen trago. Me lo tengo merecido. Esto es lo que pasa cuando se mezclan los opuestos. Nada bueno puede salir de ahí.

Me dormí enseguida en el sofá, totalmente colapsada.

40.

No tengo muy claro cuándo desperté al día siguiente, ya que varias veces abrí los ojos cuando ya había luz y volví a dormirme.

En cierto momento reparé en que había alguien sentado cerca. Me estiré en el sofá débilmente:

—¡Hola! Debe ser que ronco demasiado para que sigas queriendo dormir en mi habitación —saludó Tanya—. Me preocupé cuando te vi durmiendo aquí y te abrigué como pude.

Me di cuenta de que estaba tapada por una mantita.

—Gracias, Tanya —dije—, y te pido disculpas.

—Para nada… ¿Está todo bien? —preguntó notando que algo no estaba bien conmigo.

De repente recordé lo que había pasado ayer. Sentí una mezcla de ridículo y desprecio. Miré a Tanya, que no tenía culpa de nada. Estaba junto a personas amables. No obstante, el motivo que me había traído hasta aquí, es decir, mi relación con Brad, se había evaporado la noche anterior. Ya no había razones para permanecer allí más tiempo.

—Yo… debe ser que bebí mucho —comencé—. Al final me encontré aquí más cómoda.

Se oyó un ruido de una de las habitaciones. Una puerta que se abría. Era Yijing.

—Chicas —dijo acercándose al vernos—, vamos a tener que cambiar el plan de todos para volver en coche. Yo me voy ya. La situación con Jimmy ha llegado a un punto insostenible.

—Yijing, no paráis de discutir. Estáis cansados… —empezó Tanya.

—No me apetece entender sus excusas. Lo correcto para mí es irme. Estoy haciendo mi maleta y salgo en breve en mi coche.

—¡Qué dramática! —exclamó Tanya—. Lo haces para ver qué hace él cuando se entere, ¿verdad? Perdona que te lo diga así tan directamente, pero es lo que parece desde fuera.

—¡No! Esta vez es de verdad —dijo Yijing y se dirigió hacia el cuarto de baño.

Sus palabras resonaron en mí de manera inevitable. En mi caso me daba igual lo que Brad hiciera después. Podía tener a Pearl todas las noches si quería.

Me incorporé en el sofá. Por suerte no tenía resaca.

De repente se oyeron unos ruidos provenientes de la habitación de Brad. Él había pegado dos gritos. Súbitamente se abrió la puerta y del cuarto salió Pearl carcajeándose. Descalza, salió corriendo por el pasillo riéndose a todo volumen.

—Espera, ¿ahí estaba durmiendo Brad, entonces…? —preguntó Tanya como si pensase en voz alta.

Yijing volvía por el pasillo después de haberse cruzado con Pearl.

—Yijing —llamé yo—, espera por favor. Voy contigo.

En menos de quince minutos estábamos fuera, cargando las maletas en su coche. Inhalé el aire frío de la mañana y suspiré. Vuelta a Nueva York.

41.

Durante los primeros minutos de conducción las dos estuvimos calladas, como si estuviéramos asimilando lo que había pasado. De reojo miré a Yijing. Las manos fuertemente apretadas en el volante, los labios entreabiertos, mascullando palabras.

Quizá enfrentándonos poco a poco a lo sucedido podríamos recuperar la normalidad. Mañana lunes iría a la oficina y volvería a mi rutina. A lo que era antes de conocer a Brad. Decidí romper mi silencio.

—¿Estás bien? —pregunté.

—¿Huh? Oh, sí. Estaba pensando simplemente.

—Yo también. Son muchas cosas.

—¿Qué quieres decir?

Probablemente lo que había pasado no era tan evidente para los demás. Al final todos iban a hablar de esto, pero a mí, plin.

—¿Viste a Pearl corriendo esta mañana por el pasillo? Salía de la habitación de Brad después de haber pasado la noche con él.

Yijing abrió mucho los ojos.

—¿Qué? No puede ser. No lo entiendo.

Hubo una pausa larga.

—Un momento… Tú viniste aquí porque estabas saliendo con Brad, ¿verdad?

—Bueno. Más o menos.

—¿Erais novios?

—No.

—Oh, pero… aún así… —me miró—. Lo siento mucho.

—Está bien. Mejor ahora que más tarde, supongo.

—Pero… disculpa —siguió—. No me esperaba esto de Brad. Esos dos han estado muy cerca estos dos últimos años.

—¿Qué quieres decir?

—Tampoco conozco todos los detalles. Sé que ella va mucho a casa de él, donde vivía antes, al menos. Pero ahora… No sé qué está haciendo Pearl. Escucha, yo he discutido con Jimmy por planes de relación, pero no llega al punto de una infidelidad.

Sabía que llegaría el momento de llamarlo así. Es mejor asimilarlo cuanto antes, pensé.

—…porque vosotros dos erais exclusivos, ¿no? Se sobreentiende.

—Yo también lo sobreentendí, por lo visto —dije con sarcasmo.

—No lo esperaba de Brad. Es un chico muy serio. Lo conozco bastante. De Pearl me espero cualquier cosa.

Nos quedamos un rato en silencio.

—Disculpa, te pregunté antes si estabas bien —continué—. Me refería a lo que dijiste sobre Jimmy.

—Ah, él… Yo soy china, aunque he vivido la mayor parte de mi vida adulta aquí. Él es coreano-americano. Me gustaría presentarlo a mis padres como marca la tradición. Él dice que está bien, pero que es muy pronto para eso.

—¿Quieres decir que él sí te presentaría a tus padres, pero más tarde?

—Exacto, dice que ahora mismo es muy pronto. Y eso está arruinándolo todo. Ya ves, ha generado un polo de opuestos en la relación.

—Quizá queréis la misma cosa, pero de maneras distintas —intenté matizar.

—¡¿Y por qué querría yo estar con alguien que no quiere lo mismo que yo, exactamente de la misma manera?! —exclamó ella, mirándome con asombro. Aunque probablemente esa energía no iba contra mí, sino contra Jimmy.

—Yo… te entiendo —dije mirando mis manos—. La hierba es siempre más verde al otro lado, ¿verdad? Nos atrae la novedad, la diferencia.

—Escucha: a ti te conviene alguien mejor que Brad. No lo dudes más. Primero piensa en el dinero, la posición social, cosas prácticas… Y luego está esto que ha hecho. Si te digo la verdad, si nunca hubieras aparecido, habría pensado que la movida con Pearl iba a ocurrir tarde o temprano. Ahora, contigo en escena, esto alcanza otro nivel. Pero él pierde mucho.

Hicimos una parada para hacer un desayuno fuerte. Con la conversación, el viaje se nos hizo bastante corto. Llegamos a Nueva York antes de lo esperado, ya que evitamos tráfico. Era cerca del mediodía. Le di un abrazo a Yijing antes de despedirnos.

En casa, Wink me recibió con desespero. Se había quedado sin comida. Le abrí una lata. Mientras la devoraba, mi vista se dirigió a la ventana. El día lucía radiante, con un azul oscuro en el cielo. Aún no había mirado mi móvil. Cuando lo abrí tenía cinco llamadas perdidas de Brad. Varios mensajes.

¡Lo siento! No es lo que parece.

Tenemos que hablar. Déjame que te cuente lo que pasó.

Brenda, por favor, llámame.

Parecía como si el hecho de haber una explicación fuese a cambiar algo, pero ese algo era imposible. Pearl había dormido con él.

Por primera vez dejé las lágrimas salir y comencé a llorar. Lamenté todo. El gato vino a mí y me rodeó con su cola. Me quedé inmóvil durante mucho tiempo. Finalmente, cuando estaba ya oscuro, el hambre me obligó a levantarme.

Me calenté algo y preparé un bol de helado de postre. Me senté frente a la televisión y me puse a ver programas frívolos y *realities*, cosa que nunca hago. Estuve unas horas así.

Antes de irme a la cama, envié un mensaje a Brad de Finance:

¿Cuándo quieres quedar?

42.

El lunes comenzó de una manera agradable. Levantarme, ducharme, desayunar… Aprecié la rutina en mi casa. La costumbre se sentía cómoda.

Justo antes de salir reparé en una nota de papel que habían metido por debajo de mi puerta. Enseguida me di cuenta de que era de Brad. Los recuerdos del fin de semana vinieron de repente. La nota decía:

Hola, Brenda. Sé que estás enfadada. Por favor habla conmigo. Si no quieres, no te voy a molestar.

Muy típico de él dejarme a mí la responsabilidad de aproximarme. Pero ya no me quedaba nada que decir, o que oír de él. Estaba muy claro. Además, si hubiera otra explicación hubiera venido él mismo.

Llegué a la oficina antes de mi hora de entrada. Tim me saludó por el pasillo.

—¿Qué tal el fin de semana? ¿Todo bien?

—Sí, estuve fuera con unos amigos.

—Aprovecha ahora, Brenda. Luego no vas a tener oportunidad. La vida en pareja es así —dijo guiñando un ojo. Un humor un poco extraño para un lunes por la mañana.

—Gracias, Tim. Vengo recargada.

—Por cierto. Irving Lasalle me ha dicho que te va a hacer un *meeting* esta semana —dijo con una sonrisa misteriosa.

—¿Qué? ¿A mí sola? Solo lo veo en la reunión anual, prácticamente —Lasalle era mi Director. No se podía decir que me conociera personalmente, ni yo a él. Desde que llevaba en la empresa solo habíamos hablado en privado un par de veces.

—Yo no sé nada… A ver, intuyo algo. Pero habla con él.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Nada! Eres muy famosa últimamente —dijo con una sonrisa mientras se alejaba—. ¡Acuérdate!

Este Tim… No lo hace con mala intención, claro que no. Encendí el ordenador en el despacho. No había ningún mensaje del Director todavía.

Empecé a resolver cosas pequeñas: un *email* aquí, otro acá. Un proyecto más grande. Una comunicación con un cliente. El trabajo me ayuda a no pensar demasiado. El tiempo pasa más rápido.

—Toc, toc —dijo alguien a la puerta.

—¿Sí? ¡Brad! ¿Qué haces…? ¡Hola!

—Hey. Aquí me tienes. Más cerca —dijo apoyándose en el marco de la puerta. Sonreía con confianza. Sus dientes, cabello brillante, su traje bien ajustado. Todo acentuaba ese carácter de excelente, en todos los sentidos.

—¿Dónde vas a estar?

—Ahí mismo —dijo señalando al final del pasillo—. 1.08a.

—Vaya, entonces vamos a ser vecinos.

—Vamos a tener más oportunidades de estar cerca —dijo aproximándose a mi mesa. Puso una mano encima de mi escritorio —. Más aún.

—Ya lo creo —sonreí.

—¿Me paso por tu casa esta noche? —dijo, descargando su propuesta directamente.

—Sí. Te espero —dije yo sin dudar.

—Entonces ahora te dejo tranquila. Tengo que hacer varios *trainings* obligatorios de seguridad y tal. Nos vemos pues.

Cuando salió por la puerta me aparté el pelo de la cara y suspiré. La cabeza me daba vueltas. Va a pasar lo que ya tenía que haber pasado, me dije. Esto está bien. Además, no es que vaya a liarme con un compañero de trabajo. Es que antes de que él entrase todos pensaban que ya estábamos juntos. Estoy cubierta.

El día transcurrió sin sobresaltos. Cuando volvía de comer vi a Liss por el pasillo.

—¡Brenda! —saludó, y al instante su cara mudó en gesto de preocupación—. ¿Qué te pasa?

—Hola, Liss. Estoy bien, ¿y tú?

—Bien también. Pero a ti te pasa algo. Algo con Brad.

—¿Por qué dices eso? —Yo también sabía que algo pasaba conmigo, pero ahora quería saber en qué se notaba.

—¿Sabes ese gesto que tienen las personas cuando tienen una idea en su cabeza, o cuando están imaginando algo? Incluso mientras hacen cosas diferentes, hay una especie de luz en su mirada que no se va. Están como inspiradas. Tú estuviste así estas semanas. Ahora te veo como si no estuviera ahí esa luz. Como si quisieras salir de dónde estás.

—Qué cosas dices, Liss… Igual necesito un poco de maquillaje.

—Esta es una de esas cosas que no se pueden maquillar, Brenda. Vas a tener que creerme viéndote en un espejo.

Mi móvil de trabajo empezó a vibrar. Tenía ahora mismo una llamada no planeada del director.

—Tengo que dejarte ahora, Liss.

—¡Hazme caso! Por una vez, Brenda.

Cogí la llamada por el pasillo mientras volvía al despacho:

—¿Brenda? Aquí Irving. Hola, ¿cómo estás? —su voz fina y segura se oía claramente—. Escucha, estamos todos muy ocupados, pero tengo un tema que se ha ido desarrollando rápidamente en las últimas semanas. Tenemos un par de victorias. Quiero hablar contigo de reconocimiento. ¿Tienes unos minutos?

—Sí, claro. ¿Cómo hacemos? ¿Me conecto en videollamada…?

—No, no. Sube a mi despacho. Te espero en media hora.

No tenía muchas ganas de dejar esto extenderse durante más tiempo. Me cansaban las intrigas de la empresa, igual que me cansó la conversación con el Director de Finance. Por suerte me daba

tiempo a tomar un café y poco más. Tomé el ascensor hasta su despacho, dos pisos más arriba.

Se notaba el aire diferente de estos espacios. Pasillos más limpios, más anchos. Obras de arte incluso en las paredes, pintura y escultura. Los despachos eran el doble de grandes, por lo que podía verse a través de las puertas de cristal. Lo observé mientras dirigía mis pasos hacia donde estaba mi jefe. Toqué levemente la puerta de su despacho para llamar.

—Irving, ¿se puede?

—¡Brenda! Por favor.

Era un hombre pequeño. Sus ojos eran rápidos, su mente aún más. A pesar de tener unos sesenta, parecía conservar la agilidad mental de un niño.

—¿Cómo estás? Siéntate por favor. ¿Quieres beber algo?

—Solo agua.

Su despacho era como una sala de reuniones; tenía incluso una pequeña cocina. Ya había estado aquí, en compañía de mis compañeros, para tratar temas globales. El resto de las veces nos habíamos tratado por videoconferencia o correo.

—Aquí tienes. Bueno, hacía tiempo que no hablábamos. Pero me acuerdo de ti, por supuesto. Recuerdo tu entrevista hace algunos años.

—El tiempo vuela —dije yo de manera genérica.

—¡Ya lo creo! Lo más importante es lo que hacemos con ese tiempo. Y veo que el tiempo que llevas aquí lo has aprovechado bien. El trato con la firma de San Francisco es un puntazo a las cifras de este año, pero va a continuar en los próximos años. He visto tu presentación. Es justamente ese el tipo de valores que me gustaría ver en el departamento. Cómo se desarrolla y crece algo desde cero. Sabes crear valor.

—Yo, pues…

—No seas modesta, Brenda. Tú tienes esa hambre. Y estás dispuesta a darlo todo por la empresa. No solo eso. Han llegado a mis oídos que lograste colocar a alguien cercano también.

Oh-oh. Se refiere a…

—¡No sé! ¿Es tu novio, tu marido? No importa. Pero déjame que te diga que para meter a tu cónyuge en la empresa se necesita tenerlos bien puestos. Se ha hablado entre los directivos. No es fácil por reglamento interno. Tú tienes ese poder. Es algo personal, la gente te respeta. Y ya es hora de que se te reconozca.

—Irving, de verdad, me deja sin palabras. Cualquier cosa que me diga ahora me va a sorprender.

—Brenda, nunca abandones esa humildad. ¿Sabes cuál es el mejor cazador de la selva? El cocodrilo del Nilo. Se queda quieto durante horas porque parece un tronco en el agua. Puede elegir cuándo morder. Y su mordisco es el más fuerte de todos.

Sonrió e hizo una pequeña pausa.

—No quiero marearte más. Tras consultar con los de arriba, he decidido la creación de un nuevo puesto de trabajo, un *Business Manager* que tenga visión periférica del negocio. Básicamente vas a estar por encima de Tim, supervisando su equipo, reportándome a mí. Se ha visto lo que vales y queremos garantizar la continuidad de tu buen trabajo.

A continuación hizo una relación de mis potenciales responsabilidades y de nuevos beneficios. Mi salario iba a ser duplicado.

—Te mandaré mañana un *email* —terminó mientras me echaba la mano—. Más adelante los de HR irán a pedirte confirmación. Como siempre, entorpeciendo el negocio. Hay que ir dirigiéndolos. Pero bueno, eso tú sabes hacerlo.

Cuando la puerta del despacho se cerró miré a una de las ventanas del pasillo, cuyo cristal iba del techo al suelo. Miré al horizonte sin enfocar los ojos, con la vista perdida. Es como si estuviera

suspendida en el cielo, sin saber de dónde vengo y adónde voy. Simplemente levitando.

—Donde el viento me lleve —dije en voz alta.

43.

Ese día salí de la oficina más tarde de lo habitual. Me quedé ordenando cosas en el portátil. No pensé demasiado en la oferta de Irving. Tampoco era una oferta como tal; era un puente hacia arriba que había que aceptar. *Uno no sube en una empresa, le ascienden*, es decir, *le suben,* me había dicho mi madre una vez. Hace muchos años.

Brad se había insinuado claramente en la oficina. Si venía a casa, ya sabía qué iba a pasar. Estoy bien con eso. Dejemos que ocurra.

Cuando entré en el edificio pensé que inevitablemente me encontraría algún día con Brad, el *nerd*. Prefiero pasar página. Ya pensaría algo que decirle. No es cuestión de amargarnos la existencia por el hecho de coincidir en el mismo edificio. Pero hoy la verdad es que no me apetecía verlo. Todavía se sentía demasiado reciente. Por eso decidí subir por el ascensor.

Estaba un poco viejo, pensé ya dentro, mientras ascendía lentamente. Quizás debería haber subido por las escaleras, solo para intentar quemar un poco de las calorías del fin de semana. Un poco antes de llegar, el ascensor comenzó a frenar. Se movía cada vez más despacio. Sucedió. Me quedé encerrada en el ascensor. Estaba en el tres y medio, por así decirlo, entre el piso de Brad y mi casa.

—¿Hola? —me puse a golpear la puerta para ver si alguien me oía.

Silencio absoluto.

Comencé a pensar con claridad. Paso a paso. Primero buscar la pegatina de seguridad del ascensor. Este era tan viejo que no tenía línea directa con servicios de emergencia. Había un teléfono del fabricante. La pegatina estaba medio arrancada, pero el número estaba completo.

Marqué en mi móvil. Funcionaba al menos. La empresa tenía ahora un nombre distinto, pero por lo general debería seguir dando servicio. Pasé a un menú de contestador y pedí hablar con una persona.

Esta usted en la posición de la cola número 2. Por favor, aguarde.

Resultaba cómico que hubiera alguien en la misma situación que yo a esta misma hora, pero esta es una ciudad grande. Quién sabe si ya habría alguien más detrás de mí en la cola. Mejor no colgar.

—¿Hola? Buenas tardes. Mi nombre es Martin. ¿En qué lo puedo ayudar hoy?

—¿Hola? Buenas tardes, Martin. Aquí Brenda Higgins. Estoy en uno de sus ascensores. Está averiado.

Pasé a transmitirle mis datos y los del edificio. Me dijeron que venía un técnico de emergencia.

Cuando la llamada terminó, suspiré.

Al momento mi teléfono se puso a sonar.

Papá.

Lo cogí instintivamente.

—Papá, hola.

—¡Brenda…! Hola. Disculpa, no sabía si ibas a cogerlo.

—Papá, no sé si este es el mejor momento… pero está bien.

La voz de mi padre era reconfortante. Me senté en el suelo del ascensor y me hice un ovillo.

—Sé que estás muy ocupada y está todo bien. Como hacía tiempo que no hablábamos, pensé que a lo mejor estaba pasando algo.

—Debe ser un sexto sentido que tienen los padres. Estoy encerrada en un ascensor —dije con media sonrisa.

—¿Ah, ves? Sí, debe ser por eso que te he llamado. Clarividencia. ¿Ya lo tienes arreglado? ¿Vienen a sacarte? —dijo con mucha tranquilidad. Era parte de su sentido del humor. Sé que mi padre no

va a ponerse en pánico como harían otros. Él confía en que yo sé solucionarlo.

—Sí, está casi. Vienen ya a arreglarlo.

—Ok —hizo una pausa—. ¿Cómo va todo?

—Lo siento. Dije que te iba a llamar y no lo hice. Han pasado cosas… Literalmente no tenía espacio en mi cabeza para llamarte. Lo pensé muchas veces, eso sí.

—No pasa nada, solo…

—Espera, espera…! Disculpa, Papá.

Alguien estaba dando golpes fuera, no en la puerta del ascensor, sino en una de las puertas del rellano, un poco más arriba de donde yo estaba. Supuse que estaban llamando a la puerta de mi casa.

—¡Brenda! —era la voz de Brad, el *nerd*.

44.

—Papá, disculpa. Creo que hay alguien fuera del ascensor.

—¿Es la ayuda que ha llegado ya?

—No lo sé. Puede ser. Te llamo luego.

Colgué.

—¡Brenda, escúchame por favor! Tengo algo que decirte —decía la voz de Brad.

En ese momento oí una voz familiar que llegaba.

—Hey, ¿qué pasa aquí? ¿Qué pasa con Brenda? —dijo Brad de Finance.

Efectivamente, tenía a los dos Brads juntos, el uno frente al otro, sin que yo pudiera ver sus caras. Sorprendentemente podía escuchar con facilidad y entenderlo todo. Pensé en dar un grito para pedir ayuda, pero ¿cómo explicarles?

—¿Eh? Tengo que hablar con ella. No es asunto tuyo —dijo Brad el *nerd* en un tono de malas pulgas muy neoyorquino que yo no le había escuchado nunca. Lo visualicé vistiendo la ropa de siempre, camisa de franela, vaqueros.

—¿Ajá, y tú eres…? —le respondió el de Finance. Me imagino que vendría arreglado para encontrarse conmigo. Es un poco pijo. Me pregunto qué llevaría puesto.

—Yo soy… un vecino.

—Ya… bueno. Yo voy a ver a Brenda esta noche. ¿Me dejas el recado y yo se lo paso? —dijo de forma un poco condescendiente.

Oh-oh, problemas, pensé.

—¿Q-qué? No, esto es personal. Disculpa. Y no puede esperar.

—¿Personal? Espera, por un momento pensé que querías decirle algo por un recalo o de un paquete que le habías cogido. ¿Tú qué cosa personal tienes con ella? —parece como si Brad de Finance siempre estuviera sonsacando información. Lo imaginé mirándolo de arriba abajo.

—¡Piérdete!

—Amigo, esto no va contigo. Vas a tener que ser tú el que salga de aquí. Obviamente ella no quiere hablar contigo.

—¿Qué? La conozco, y sé que va a querer hablar conmigo. Solo está enfadada. ¿Por qué te cuento esto…? ¡Déjame en paz! —Brad el *nerd* se pone nervioso cuando hay conflicto, pensé. Esto se puede escalar muy rápido.

—Mira, para mí esto ya es evidente. Llevas un rato gritando y no dice nada. Yo sé con certeza que está en casa porque me está esperando a mí. Ahora vas a ver… ¡Brenda! —llamó mi colega de Finance.

Por supuesto no respondí. Aparentemente mi silencio le dejó patidifuso. No sé si esperaba que yo abriera la puerta en ese momento para saltar a sus brazos. Este tío piensa de verdad que yo estoy por él.

—Pues… parece que no está —concluyó.

—¿Oh, dices que te estaba esperando y ahora no está? —dijo mi vecino con sarcasmo—. No sé quién eres, pero creo que ella tampoco quiere verte.

—Salgamos de dudas. La voy a llamar ahora mismo —dijo Brad el atleta.

—Tú… ¿tienes su número…? Poco me importa —dijo Brad herido en su orgullo.

Casi instantáneamente mi móvil comenzó a vibrar y a reproducir el tono de llamada.

—Espera, el ruido del teléfono no viene de la casa. Viene de ahí detrás.

—¿Del ascensor?

—¿Brenda…?

Ups. No había caído en la cuenta. Ahora el encuentro era inevitable.

—Brenda, ¿estás ahí?

Tardé un poco en responder.

—Sí. Ayuda… —dije con un hilo de voz.

—Espera. Ayúdame a mover esto —dijo mi vecino Brad.

—¿Cómo, a abrir esta chapa? Está oxidada —el de Finance parecía reticente.

—Ayer se abría.

Hubo ruidos de esfuerzo. Vi cómo las puertas del ascensor se movían un poco.

—Chicos, no parece que se mueva mucho.

—Un momento. ¿Me has reconocido a mí, y a él también? —preguntó Brad.

—¡Por favor, ayudadme! —rogué. Quería evitar un drama innecesario.

Estuvieron un rato sacudiendo los hierros, pero la puerta no se movió nada.

—Espera —se me ocurrió algo—. Brad, llama a Dukakis.

—¿Al casero?

—Sí, tiene que saber cómo sacarme de esta trampa.

Por suerte Dukakis estaba en el edificio. Antes de darme cuenta ya lo tenía haciendo palanca con una barra.

—Brenda, agáchate —me avisó—. Voy a tener que hundir la barra un poco más y no quiero golpearte.

—Estoy sentada en el suelo.

—Este ascensor… creo que es la primera vez que pasa esto. Siempre hay sorpresas. Pero cuando me dijeron que eras tú la que había

quedado atascada no podía creérmelo… ¡Hay que cuidar de los buenos inquilinos!

Forcejeó un poco más. Algo hizo *clack*.

—Mmm, ¿igual lo estoy rompiendo? —dijo Dukakis de repente cauteloso—. Espera, dale al botón para llamarlo ahora.

Parece que el mecanismo cedió y la puerta se abrió sola lentamente. Vi la cabeza de estos tres hombres asomarse. Allí estaba yo sentada en el suelo, un metro más bajo que el cuarto piso donde ellos estaban.

Me tendieron la mano. Cuando salí estaba completamente deshidratada y casi no me mantenía en pie.

—¡Qué peligro! Voy a imprimir un cartelito para que la gente no lo use de momento —dijo Dukakis mientras se dirigía hacia las escaleras, luego se volvió para decirle a mi vecino—: Brad, cuida bien de tu novia.

—Disculpe, Brad soy yo —dijo Brad de Finance.

Dukakis nos miró a los tres confuso:

—¡Qué lío! ¡Son muchas cosas para arreglar esta tarde! —dijo bajando las escaleras.

Cuando él se fue me tuve que enfrentar con las miradas de los dos Brads.

—Entonces, Brenda, ¿lista para nuestra cita? ¿Pasamos tú y yo a tu casa a descansar un poco? —dijo mi compañero de oficina.

—¡Otra vez! ¿Cómo que una cita? Brenda, ¿qué es esto?

—Calma, Brad, te lo puedo explicar… Es un compañero de trabajo.

—Vaya, parece que alguien tiene celos —añadió Brad de Finance.

—¡Brenda! Escúchame, te enfadaste porque Pearl se pasó a mi habitación la otra noche. Yo estuve todo el tiempo durmiendo y cuando me desperté le grité para que saliera de ahí. ¡No pasó nada! Pero con toda la confusión y sin saber yo mi versión, me parece hasta normal que te enfades. Ahora bien, viene aquí este tío diciendo que tiene una cita contigo en tu apartamento. Pues bien,

no estoy celoso, no. Estoy muy celoso. Y además me merezco una explicación…

—Un momento —se adelantó Brad de Finance cortándolo—. Brenda, ¿tú y este otro Brad estáis saliendo? Porque tú ya estabas hablando conmigo desde hacía tiempo. Esto no es de ahora.

—Brad, yo... perdóname. Es muy difícil de explicar.

—Escucha, creo que esto es un malentendido —dijo adoptando de repente un tono completamente diferente. Incluso su mirada cambió —. Quizás pensaste que yo venía aquí a hacer algo contigo, pero en realidad solo vine para hablar. De trabajo.

Me di cuenta al instante de que ahora iba a negarlo todo. Este Brad tenía mucho que perder si se descubría esto en el nuevo trabajo. La gente creería que yo tenía un *affair*, o que él era un *playboy*. Aunque por la manera en que buscaba meterse en mi cama tengo la impresión de que esto último es cierto. Es un *player*.

Quería que se fuera de aquí:

—¡Oh! Lo podemos dejar para mañana —dije yo de repente en tono profesional—. Te mando un *email*.

—¡Bye bye! —dijo, y bajó las escaleras corriendo.

Nos quedamos a solas Brad y yo.

—Brad, ¿cómo puedo explicarte esto? Yo…

—Brenda, no entiendo lo que ha pasado. Tú estabas enfadada conmigo. Por eso quería dejar las cosas claras y contarte lo que pasó, porque no pasó nada. Y ya he hablado con Pearl. No se lo ha tomado a bien, pero no me importa…

—¡Sí, y yo te creo…!

—Pero ahora viene este aquí y dice que ya lleváis un tiempo hablando…

—¡No le hagas caso, por favor!

—Tú hablabas con él mientras paseabas conmigo, ¿para citas en tu casa?

—Si alguna vez hablé con él, nunca fue nada….

—¿Qué quieres de mí?! —exclamó con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué no te buscas un ejecutivo trajeado que te dé lo que tú quieres?

—¡Yo no quiero a ninguna otra persona, Brad!

—Y aún así estabas a punto de hacer una tontería, ¿no? Acostarte con él. Es una venganza por algo que yo nunca hice. Pero lo que me sorprende es que ya llevabas tiempo hablando con él. Esto no es de ahora, como él dijo.

—Es solo una persona del trabajo, y no es una buena persona. Es alguien que quería aprovecharse de mí en un momento en que yo estaba mal.

—¿De qué eres tú capaz cuando estás mal, Brenda? Pearl me dijo que tuviera cuidado contigo.

—¡Deja ya fuera de la conversación a esa tía! —exploté con rabia—. ¡No quiero oír hablar de ella!

—Parece como si siempre estuvieras preparada para saltar a algo mejor. ¿Es así como tú eres? —reventó él con sarcasmo—. Claro, siempre valiente, decidida, adaptándose a las circunstancias. Es un ciclo del que no sabes salir.

—Te pido que no me juzgues, Brad. Yo tampoco estoy contenta con lo que ha pasado. Nunca quise que las cosas salieran así.

—¿Sabes lo que me costó abrirme para ti? ¿Sabes lo que estaba dispuesto a hacer? Mis sentimientos ya no valen nada.

—No sigas, por favor… —mi corazón estaba palpitando muy rápido.

—¡Yo te iba a decir que te quiero! Pero ya es tarde —su voz se quebró por las lágrimas.

La declaración me atravesó por completo, sacudiendo mi cuerpo como un relámpago.

Ambos callamos. Yo estaba paralizada, sin poder responder, desconociendo cómo arreglarlo. Quería abrazarlo y decirle que yo también lo quería. Pero lo habíamos hecho todo mal y ahora era tarde.

Su mirada se volvió dura. De repente pareció como si recuperase la compostura.

—Siento que ni siquiera eres fiel a ti misma —sus ojos me miraron fijamente y me desintegraron—. No tengo ningún gusto en verte.

—¡Brad…! —rompí a llorar.

—Conmigo supiste pasar página rápido porque tenías opción. Espero que te queden opciones, porque yo no voy a estar. Olvídate de mí.

Dijo así y se bajó por las escaleras para meterse en su apartamento y dar un fuerte portazo.

Estaba temblando. Tenía un sudor frío en las manos y la cara. Hice acopio de fuerzas y abrí la puerta de mi casa. Tiré mi maletín al suelo. Me puse a caminar de un lado para otro, para la ventana, para la cocina. Para el baño. Me miré sin querer en el espejo. El maquillaje se me había corrido. Me lavé la cara, me limpié. Intenté secarme las lágrimas.

¿Cómo ha podido pasar esto?

Eran casi las diez de la noche. Me senté en el sofá. El gato vino a mí despacio, maullando muy bajo. Parecía como si llorase conmigo.

Me tapé la cara con las manos. Pasé así casi media hora. Finalmente abrí mi móvil y fui a la página de una aerolínea. Todavía había *tickets*. Me da igual lo que cueste. Entré mis detalles y terminé la compra. Después hice una llamada:

—Hola, Papá. ¿Puedes ir a recogerme mañana al aeropuerto? Vuelvo a casa.

45.

Llegué al aeropuerto de LaGuardia a las seis de la mañana para coger el primer vuelo que había disponible hacia Omaha, Nebraska. Tras pasar el control me senté en una butaca de la zona de espera y llamé a Tim. Creo que ya estaría despierto.

—Hola, Tim. Buenos días.

—¿Brenda? —su voz sonaba sin sueño alguno. A veces empezaba a trabajar desde casa—. ¿Está todo bien?

—Oh, Tim, verás. Voy a tener que pasar unos días fuera… No son vacaciones.

—¿Qué? ¿Vas a usar la baja médica? ¿Estás bien?

—No, bueno, yo… Necesito ir a ver a mi padre, Tim. Estoy a punto de coger un avión para Omaha.

No podía mentirle a Tim. Prefiero lidiar con las consecuencias más tarde.

—Pero… —hizo una pausa—. ¡Ok! Brenda, no te preocupes. Está todo bien. Ya me invento yo algo. ¿Salió bien el *meeting* con Lasalle?

Es verdad. Con todo lo que pasó se me olvidó completamente este ascenso.

—Sí. Ya te cuento. Hablaré con él más tarde. Le mando un *email* hoy y que se dé por avisado de mi ausencia con eso.

—¿Pero y la promoción? —de algún modo él lo sabía.

—Ahora no puedo pensar en eso, Tim. De verdad.

—Ok, ya hablaremos. ¡Cuídate, Brenda!

—Miau.

A través de una rejilla, miré a Wink, agazapado dentro de su maleta de viaje. Los viajes no le gustaban, pero no le quería pedir a Brad

que cuidase de él después de lo que había pasado. Nunca lo había visto tan enfadado. Yo quería tener tiempo de asimilar lo ocurrido. Si lo que había dicho Brad era cierto, y creo que es cierto porque confío en él, nunca llegó a pasar nada con Pearl en su dormitorio.

Respecto a Brad de Finance, salió corriendo y no me dijo nada más. Estoy segura de que nunca volverá a hablarme y hará como si nada hubiera pasado. Fue un error garrafal mandarle esos mensajes. Es más, no sé por qué me he forzado a que suceda algo con él. Nada bueno podía salir de una situación en la que me obligo a gustar de alguien.

Y Brad… no sé si volveré a caminar junto a él, a abrazarlo o simplemente tenerlo cerca. El pensamiento me hizo cerrar los ojos. Quería que nada de esto hubiera pasado.

Durante las tres horas y media de vuelo me enfrasqué en estos pensamientos. Suspiré. Voy a casa. Necesito entender algo allí.

Papá me estaba esperando en el *parking* del aeropuerto. Me dio un gran abrazo y un beso. Con las maletas ya dentro empezamos un corto viaje hacia Gretna. Por el camino vi las grandes llanuras de mi infancia, las cuales me despertaron numerosos recuerdos.

—Pequeña, ¿cómo estás? —me preguntó mientras conducía.

—Oh, bien.

—Pareces cansada. ¿Está todo bien?

—Sí. Es solo…

—¿El ascensor, eh? ¡Por eso no podemos confiar en las máquinas! —exclamó con humor.

—Ya ves, Papá. Debería usar más las escaleras.

—¿Y tu gato, cómo está?

—Oh, Wink está bien. Solamente echa de menos estirar las patas. Se estresó un poco al aterrizar… Papá, estoy muy cansada. De todo. Me he venido aquí diciendo que tengo algo personal que resolver esta semana. Avisé al trabajo. Pero me cansa Nueva York, me cansa todo.

—Pequeña, está bien. Te echas luego una siesta. Para comer, Papá va a poner un pollo en el horno.

La casa donde vive mi padre es bonita. Con dos alturas, fachada de madera en blanco y un gran jardín apuntando al este, fue un lugar excelente donde yo crecí. Ahora debe ser un poco grande ya que yo no vivo aquí y mi madre tampoco.

Cuando salimos del coche reparé en la cojera de mi padre.

—Papá, ¿te duele la pierna?

—¡Va por días! Ahora con la primavera está bien. En invierno tengo que quedarme quieto un par de horas a veces —hizo un gesto con la mano, como apartando el pensamiento—. No te preocupes. Pasa a tu casa.

Me senté en el sofá del salón y le abrí la puerta del transportín al gato. Wink se puso a dar vueltas a la habitación rápidamente. Parecía recordar la última vez que estuvo aquí, en Navidad.

Cerré los ojos brevemente y me quedé dormida.

46.

—Brenda, pequeña, a comer.

—Disculpa, Papá.

—Puedes dormir más luego.

Nos sentamos a la mesa. El día era luminoso y la luz entraba en el comedor filtrada por unas cortinas ligeras amarillas.

—¿Qué te parece? —dijo Papá mostrándome una botella de vino como si fuera un niño—. Tengo vino de importación. *La Mancha*.

—Oh, está bien. Puedes abrirla.

Empezamos a comer en silencio.

—Papá, me quieren ascender en el trabajo —informé, sin mucha emoción en mi voz.

—¡Eso es fantástico! Veo que vas a ser como tu madre. De aquí a unos años al consejo de dirección de la empresa —estaba entusiasmado—. ¿Cuál es el puesto?

—Es un cargo nuevo, una especie de *Sales Manager*.

—Suena a que va a ser un gran salto para ti.

—No sé si es la opción correcta.

—¿Qué quieres decir? ¿Es por lo que venías hablando en el coche?

—Puede. Han pasado cosas… El vino es bueno —hice una pausa tras beber—. Papá, ¿puedo preguntarte algo? ¿Qué pasó con Mamá y tú para que os divorciárais?

La mirada de Papá se volvió un poco sombría por la pregunta, pero aún estaba mezclada en ella su afabilidad.

—Es complicado, pequeña. En aquel momento yo quería una cosa y tu madre quería otra. Posiblemente su ascenso en su empresa marcó una influencia importante, pero no puedo señalarlo como la

causa principal. Mucha gente va a decir que las cosas cambian y que no somos nunca iguales, pero decir eso es una platitud, es decir, una nadería —mi padre, como antiguo periodista, siempre buscaba expresarse con precisión—, sobre todo cuando muchos matrimonios sí perduran. ¿Te estoy aburriendo?

—No, te estoy escuchando. Puedes continuar. Nunca hemos hablado de esto.

—Es más complejo de lo que parece, porque por otro lado puedes observar a muchas parejas antes de la separación y parecen estar bien. Desde fuera. Nunca puedes saber lo que pasa dentro.

—Sí, yo también me he dado cuenta. Es un misterio por qué terminan a veces.

—Por mi parte, yo también tengo mi culpa —siguió—. Es algo que he aceptado con los años y ahora estoy en paz. Solo llegué ahí cuando me enfrenté a una parte de mí mismo.

—Me pregunto si Mamá se sentirá también así.

—Después de que me hirieran en la pierna, todo cambió. Yo mismo cambié —continuó Papá, reclinándose hacia atrás en la silla—. Pero quién sabe si las cosas que precipitaron la ruptura no estaban ahí desde el principio, a la espera de germinar en cuanto cambiase el contexto en el que nos encontrábamos.

—¿Te refieres a que erais demasiado distintos desde el principio?

—Por supuesto, teníamos nuestras diferencias. Pero esa es solo una parte de lo que es. Se tarda una vida en ver lo que es, en realidad.

—Las personas son tan diferentes —suspiré— que no entiendo cómo pueden existir las relaciones que funcionan. Con una probabilidad tan baja de encontrar a alguien igual, quiero decir, como yo.

—Brenda, el ejemplo de tu madre y el mío, pese a ser el más cercano, quizás no representa tu experiencia. No debería, porque tú eres diferente de nosotros dos —mi padre se dio cuenta de que me había puesto muy seria—. No tomes lo que te he dicho al pie de la letra. No se puede hacer un manual de cómo tienen que ser las cosas porque, ¿quién está cualificado para eso?

—Pero si tengo que hablar de lo que yo he vivido o he visto, es la conclusión que saco. Los opuestos no se atraen.

—Quizá algunas personas logran complementarse siendo opuestos. Equilibran una parte de ti. Pero considerar que hay un opuesto a ti es pensar el mundo en blanco y negro. No hay nadie que sea tu contrario, igual que no hay nadie igual a ti.

—Entonces ¿de qué se trata al final? ¿De cubrir mis debilidades con las fortalezas de otra persona? ¿Eso es complementarse?

—Es estar en armonía. Es algo natural, después de todo. No debería haber mucho esfuerzo.

—Pero ¿qué pasa si uno de los dos hace algo horrible?

—Define horrible.

—Quise decir imperdonable.

—Si es imperdonable, entonces no se puede perdonar. Pero que sea imperdonable o no, eso lo decide solo uno de los dos. Al principio esas cosas pasan. Todo es una prueba para ver si funcionáis.

—Parece como si supieras de lo que estoy hablando —dije mientras acariciaba el vidrio de la copa con mi mano.

—Claro que tengo mis propios puntos de referencia, pero desde luego no nací ayer —respondió Papá con una sonrisa, adivinando que hablaba de Brad.

—¿Y en caso de que no funcionemos?

—Pues no siempre funciona. Pero existen compromisos que pueden hacerse a largo plazo. *Amor omnia vincit*. El amor lo vence todo, como dijeron los antiguos.

—Creo que te gustaría conocerlo.

—Otra vez lo traes, entonces —apuró la copa.

—Aún tengo que arreglar las cosas con él. O ver si se puede arreglar —tomé aire mientras miraba a mi padre—. Está todo bien.

Papá comenzó a recoger los platos de la mesa.

—Ah, Brenda, por cierto. ¿A que no sabes a quién vi el otro día en el supermercado? A tu amiga Tessa. ¿Te acuerdas de ella? Tengo el recuerdo de las dos pasando la tarde maquillándoos frente al espejo del cuarto de baño. Me dio recuerdos para ti. ¿Sigues en contacto con ella?

—No. La verdad es que después del instituto nos distanciamos… ¿Pero ella todavía vive aquí en Gretna?

—Creo que sí.

Miré hacia la ventana. El sol teñía la tarde con rayos dorados. Del patio de la casa del vecino se escuchaban voces de niños jugando.

—Puede que la llame —pensé en voz alta.

47.

Al día siguiente le pedí prestado el coche a mi padre. Conduje unos veinte minutos por una carretera rural, entre campos de cultivo, algunos bosques y grandes llanuras. Llegué a una pequeña propiedad rodeada de campos. La casa estaba aislada y era de madera, más pequeña que la de mi padre. Tenía un gran porche en la fachada principal, en el que estaban suspensas macetas y cestas colgadas con plantas y flores, igual que en las amplias escaleras.

Me quité las gafas de sol al salir del coche para secarme la transpiración de mi cara. La mañana se sentía sofocante. Era uno de aquellos días resultado del calentamiento climático, uno de aquellos fenómenos meteorológicos de primavera en los que la temperatura era de verano.

Oí los ruidos de unos niños mientras avanzaba por las escaleras del porche. Justo cuando iba a tocar en la puerta, esta se abrió y me encontré a mi amiga Tessa, mucho más mayor que hace trece años.

—¡Brenda! ¡No me lo puedo creer! —dijo dándome un abrazo—. Mírate, estás radiante.

—Hola, Tessa. Me alegro de verte.

—Pasa por favor… espera… —Tessa se escabulló dentro. Un niño había comenzado a llorar—. ¡Pasa, Brenda, pasa!

Crucé un salón con cocina que daba a unas escaleras y salí al patio de detrás, que era precedido por un porche que venía de la parte delantera de la casa, dando la vuelta al edificio. Una mesa con sillas se encontraba en la sombra de este porche, junto a una cuna. Bajando las escaleras de madera, llenas de juguetes, se extendían un par de árboles y un campo enorme. Un niño de unos cuatro años estaba sentado en el borde del porche, comiendo una naranja.

Tessa estaba junto a la cuna. Como no podía calmarlo, sacó el bebé y lo puso en su regazo.

—Brenda, siéntate aquí. ¿Quieres beber algo?

—Sí, gracias. Cualquier cosa está bien. Puedo beber de ese té.

—¡Las hojas de hierbabuena que lleva son de cosecha propia! En fin… ¡Cuánto tiempo! —Tessa sonrió. Su cara parecía cansada y se le marcaban algunas arrugas, sin embargo me di cuenta de que estas se correspondían con su sonrisa; eran marcas de expresión por haber reído y sonreído mucho.

—Pues sí, ¿han sido doce, trece años? Desde que fui para la universidad. ¿Cómo estás?

—¡Estoy bien! Han pasado muchas cosas. Casi una vida. ¿Por dónde empezar? Mira a este pequeño de aquí. Edgar, saluda —el bebé giró sus grandes ojos azules hacia mí y después se concentró en su puño —. Tiene seis meses. Allí en las escaleras está Nate, que va a cumplir cuatro años la semana que viene. ¡Nate, ven aquí!

Nate ignoró la llamada de su madre y se fue al suelo a jugar con los bichos.

—Y luego está Shana, que tiene siete años y está ahora mismo en la escuela.

—Guau, tienes una familia preciosa. No imaginaba que te hubieran pasado tantas cosas en este tiempo —respondí.

—Ya ves. Pero hay años en los que no pasa nada y otros en los que pasa todo —rió—. A mi marido Arnold tampoco lo verás hoy. Está trabajando fuera y vendrá esta noche. No es fácil, como ves, cuidar a estos tres. Arnold ayuda por las noches al menos. Aún así no es fácil.

—Parece un sitio ideal para que los niños crezcan. Tu casa es muy bonita y muy bien arreglada.

—¡Gracias! Le pongo empeño. La compramos hace tres años. No es muy grande para los estándares americanos, pero los campos que ves ahí también son nuestros. Pero dejemos de hablar de mí y hablemos de ti. Tu padre me contó de ti. ¿Vives en Nueva York?

—Sí, así es. Trabajo para una gran empresa. Alquilo un apartamento enfrente de Central Park.

—Parece una vida de película. ¡Sabía que tú llegarías lejos!

—Yo siempre te escuchaba a ti, cuando éramos pequeñas —recordé con una sonrisa—. Nos maquillábamos durante horas y yo escuchaba tus consejos.

—¡Ya ves que me debes parte de tu éxito entonces! —rió demasiado fuerte y el niño se asustó. Tuvo que empezar a mecerlo para calmarlo.

—Es... curioso. Quiero decir, a mí me parece que tú has conseguido el éxito —reconocí con franqueza.

—Bueno, Brenda, la vida aquí es de otra manera. Desde luego es barato. Pero falta el dinero y estamos siempre tapando agujeros. Si se le puede llamar éxito a esto…

—No veo por qué no. Pareces... feliz.

—¡Y soy feliz! Pero incluso así no es fácil, como te decía. Después del instituto comencé con trabajos locales. Supermercados, bares, a veces sirviendo, otras limpiando. No puede decirse que tenga una carrera en sí. He hecho de todo. Ahora cuido de este pequeño, pero luego volveré.

Tessa hizo una pausa y bebió de su taza. Una brisa atravesó el porche.

—Creo que pude sacar fuerzas por mis hijos. Por mi familia. Pero no siempre fue tan simple. Mi hija Shana no es de Arnold. Su padre desapareció. No tuve un gran apoyo de mis padres tampoco.

—Entiendo.

—¿Y tú? ¿Te casaste? ¿Estás con alguien?

—Vivo sola de momento. Es complicado, con un trabajo que pide tanto. Y Nueva York no es una ciudad fácil. Todo el mundo está ocupado o viene con una intención.

—Qué chasco. Pensé que sería como un capítulo de *Friends*.

—No es así. Es una ciudad maravillosa, sí. Pero también tiene todas las cosas que tienen todas las demás. Te acostumbras rápido. En cuanto a mí, sin duda disfruto de una libertad, de una independencia que muchos desean. Pero no lo es todo. Soy totalmente consciente de que muchas personas opinan de forma diferente de lo que es vivir allí, pero se quejarán por otra cosa, al fin y al cabo. Quizá las personas nunca están contentas.

—Sí. Mira a mis hijos —dijo mirando al pequeño Edgar—. Los bebés son muy gruñones, pero se sienten felices con cosas muy simples. Mis hijos me enseñaron esto. ¿Quieres cogerlo?

—Creo que nunca he cogido un bebé.

—Es fácil. Él confía en ti.

Puso a Edgar en mi regazo. Era muy blandito. Tenía que sujetarlo con mis manos para que no se cayera. Una pequeña sonrisa se dibujó en su cara.

—¡Creo que le gustas!

Miré a lo lejos e inspiré el aire cálido del campo. En dos segundos estornudé.

—¡Oye, ya ves que no todo es bueno aquí! Hay mucho polen y enseguida agarras una alergia —dijo Tessa riéndose.

48.

Mientras regresaba a casa de mi padre en coche, un brillo me llamó la atención desde la carretera. Reduje la velocidad y paré antes de entrar en un desvío. No estaba segura de seguir esa intuición. Saqué una moneda que mi padre tenía junto a la palanca.

—Cara, tuerzo para el desvío. Cruz, sigo mi camino.

Hice saltar la moneda y la atrapé al vuelo. Lentamente abrí la mano.

Cara.

La carretera era de tierra y las piedras saltaban al paso del coche. Estaba levantando una nube de polvo. Espero que Papá no se enfade si el coche se ensucia.

Recordé el camino de repente. Intuitivamente me había metido en una carretera que conducía a un lugar que yo conocía de pequeña.

Cuando me pareció que había llegado, paré el coche. Salí y me quedé quieta. Había unos árboles frondosos que se mecían al viento. Empezaba ya a hacer más frío. Las luces del atardecer se reflejaban en las nubes de polvo del horizonte, dándole a todo el paisaje un aire tornasolado.

El brillo que había visto desde la carretera principal se correspondía con un estanque pequeño que había bajando una suave colina. Se sentía familiar, aunque no podía recordar con certeza. El agua era limpia y poco profunda. Cuando me aproximé pude ver mi reflejo. Estuve en silencio unos minutos.

—¿Quién soy yo? —pronuncié en voz alta.

El estanque me devolvió la misma imagen, por toda respuesta. Suspiré. Era como si estuviera tratando de descifrar un sueño. Sentí que había venido a Nebraska con la esperanza de averiguar o

entender algo, pero el sentido aún se me escapaba. Era aún un enigma al que no podía poner nombre ni describir con palabras.

Ni siquiera sé quién soy, ¿cómo puedo decir que soy diferente o compatible con otra persona?

49.

Regresé a Nueva York un par de días después. Por suerte coincidía con el fin de semana, por lo que no tendría que ir a trabajar al día siguiente. Estaba segura de que el trabajo sería un caos en mi ausencia.

Después de dejar mis cosas fui a casa de Brad. Toqué en su puerta, pero no respondió. No se oía nada; parecía estar fuera.

Salí a la calle. Una parte de mí creía que podía encontrarlo en medio de esta gran ciudad. Me dirigí a Central Park. Estuve dando vueltas por los caminos que ambos frecuentamos. Junto a los estanques. Cerca del museo. No había ni rastro de él. Una voz en mi cabeza empezó a sugerir que quizás estaba en casa de Pearl, pero la acallé rápidamente. No, él no era así; me había dicho que no había pasado nada.

Empezaba a hacer más frío ahora que el sol se había escondido tras los rascacielos. Pronto el atardecer dejó paso a un suave crepúsculo. Es una hora melancólica en la ciudad. Las personas vuelven a casa para cenar.

Volvía por el camino del parque cuando me pareció ver a Brad. Era él, caminando a unos metros de distancia. Lo llamé.

—¡Brad!

Se giró algo sobresaltado y se quedó quieto. Avancé hacia él.

Tenía el rostro triste. Tenía la decepción escrita en los ojos. Me imaginé que todavía era muy fresco lo que había pasado el otro día.

—Brenda, pensé que estabas fuera. Quiero decir, no sabía si te había pasado algo.

—Tuve que salir. Estuve en Nebraska.

—¿Con tu padre?

—Sí.

Nos quedamos en silencio. Él parecía incómodo. Faltaban palabras que tenían que haber sido dichas. Miradas, gestos. Sentí las yemas de mis dedos en el aire.

Sin darme cuenta salté para abrazarlo. No me importaba que me rechazase o que la gente de esta ciudad loca se me quedase mirando. De algún modo él estaba esperándome. Él se lanzó a la vez que yo a sus brazos.

Nos abrazamos al mismo tiempo. Nos quedamos un rato entrelazados, sin decir nada.

—Lo siento —me dijo.

—Yo también lo siento —dije sin contener mis lágrimas—. Todo este tiempo he estado dando vueltas. Equivocada. Yo…

—A mí me duele no poder cambiar, de no poder ser de otra manera. Para ser compatible, para no discutir.

—¿Qué estás diciendo? Qué tontería.

—¿Qué puedo hacer? —me cogió de los hombros y me miró a los ojos—. ¿Puedes aceptarme tal como soy?

—¡Pues claro! ¡Yo te quiero tal como eres!

Nos dimos un beso largo y dulce, ajenos a la multitud de personas que caminaban a nuestro alrededor.

50.

Pasamos el resto de la tarde y noche en mi cama y solo nos levantamos para recibir las pizzas que habíamos pedido.

Estábamos descansando, tumbados el uno junto al otro. Metí mi cabeza bajo su brazo y me apoyé en su hombro. Él me miró con humor:

—¿Parece que al final sí somos compatibles?

Se rió. Yo acerqué la nariz a su pecho y lo abracé con fuerza.

—Por cierto —le dije al cabo de un rato—, han pasado cosas que me han hecho replantearme todo.

—¿Te refieres a ti y a mí?

—Bueno, sí. Pero no era eso de lo que iba a hablar —tomé aire antes de decir lo que tenía en mente—. Tengo una idea, pero conlleva dejar Nueva York y tengo que serte sincera: no me veo haciendo esto sola.

Brad no respondió. Yo todavía no podía articular mi plan exactamente. Iba a comenzar a explicarlo cuando él habló:

—Está bien.

—Eh, ¿pero todavía no te he dicho lo que quiero hacer?

—No importa. Vámonos juntos de aquí, Brenda.

—Escúchame; hablo en serio. Voy a necesitar que me ayudes a darle sentido a lo que quiero hacer. También a encontrarme a mí misma. Siento que estoy saliendo de un ciclo. Voy a tener que renunciar a mucho.

—Vale. Yo también hablo en serio. Esto no ocurre por casualidad. Quiero estar contigo y verlo. El destino nos ha reservado esto para nosotros.

—¿Y si todo fuera una gran casualidad? En vez del destino, ¿y si fuera como una lotería?

—En ese caso, ¿qué suerte, no? ¡Jackpot!

Brad bajó los ojos y sonrió.

—¿Otra vez?

—¡Sí!

EPÍLOGO

Han pasado ya seis meses desde que Brad y yo dejamos Nueva York.

Compramos una propiedad cerca de un parque natural junto al río Misuri en Nebraska. Llevamos todo este tiempo trabajando sin parar. Viendo vídeos de tutoriales, Brad aprendió a hacer reformas y reveló tener muy buen ojo para los trabajos físicos. Se dedicó a reparar muros y techos, mientras que yo le eché una mano con la jardinería. Estamos en medio de la naturaleza.

Aparte de eso, me he encargado de hacer una página web, crear un sistema de administración y solucionar todo el papeleo. El objetivo: abrir nuestro pequeño hotel en el campo, el 4Bs, *Brad & Brenda Bed & Breakfast*.

Entretanto pasaron muchas otras cosas, como era de esperar. Mi salida de la empresa fue un caos. Los departamentos de recursos humanos no me lo pusieron fácil y tuve que renunciar a varios *bonus* que debía cobrar este año.

Tim se alegró mucho de mi decisión y me dijo que lo veía venir. Me contó que durante las últimas semanas le pareció que yo estaba un poco desconectada del trabajo, sin involucrarme tanto personalmente como hacía antes. En esto estoy de acuerdo; no me sentía capaz de dar el cien por cien como hice en el pasado. Ya no lo sentía como algo personal. Obviamente a Tim le iba a caer más trabajo ahora, pero con su divorcio y demás me estuvo diciendo que no le importaba estar ocupado.

Samantha fue extremadamente comprensiva y amable. Me dio un gran abrazo y de vez en cuando nos envía una caja de galletas que

ha horneado ella misma. Me sentí verdaderamente apoyada al salir de la empresa y ahora lamento que no hubiera sabido ver esa parte de ella. En general me doy cuenta de que me quedaba mucho por aprender sobre cómo juzgar a las personas.

Mi director tomó mal mi renuncia. Hubo una conversación con un lenguaje muy brusco en el que me acusó de irme a la competencia con Braulio. No hubo nada que yo pudiera decir para hacerle cambiar de opinión en su sospecha, incluso tras contarle que lo que de verdad quería era abrir mi propio negocio. Puesto que en el fondo había tanta desconfianza, me alegro de haberme alejado de la organización en vez de dedicarme a subir. Una parte de mí se arrepintió de no haber aceptado el ascenso pese a todo. Brad me dice que es normal sentirse así y que nunca voy a saber qué hubiera pasado si hubiera continuado. Parte de tomar esta decisión consiste en aceptar eso.

Sigo hablando con Liss por mensaje. Suelo mandarle *selfies* cuando salimos a pasear por los senderos al final del día. La he invitado varias veces para que venga, pero es complicado hasta que no terminemos el hotel. Ella me apoyó, sí, pero también se tomó la libertad que le da la confianza para criticar mi decisión. No la culpo por ello; hizo lo mismo cuando le contaba mis inicios con Brad. Además estoy de acuerdo en algunas cosas que me dijo. Sí, estoy en medio de la naturaleza, lo cual es algo que me encanta, pero aquí no hay nada. Ni siquiera puedo salir a comprar un helado o pedir una pizza.

Al parecer a Brad de Finance no le fue muy bien. Su director salió del puesto justo cuando él entró. Parece como si hubiera estado esperando meter a alguien en su departamento cuanto antes para poder salir sin faltar a su responsabilidad. No es la primera vez que veo esto en mi empresa. Después de eso no lo tuvo fácil, como era de esperar. Liss aún me cuenta chismes. Parece ser que este Brad ya le ha tirado los tejos a sus compañeras, sin éxito alguno.

Cuando tiene tiempo, Brad escribe alguna cosa. Tenemos un par de habitaciones en buen estado, una de ellas llena de libros, aunque ya

no lee mucho. Parece feliz con el cambio. También mantiene contacto con sus amigos de la universidad y sus padres. Al parecer Pearl se echó un novio enseguida. Me da la impresión de que necesitaba alejarse de Brad para poder hacerlo. Aunque no he vuelto a hablar con ella, me alegro de que le vaya bien. Santi dice que quiere hacer un *road trip* para venir a vernos, quizá este verano.

Aunque ahora vivimos en el mismo estado, estoy a una distancia de casi dos horas en coche de mi padre. Vamos a comer con él algunos fines de semana. Se llevó bien con Brad la mayor parte de las veces. Digo la mayor parte porque mi padre tiene una tendencia a corregir el uso de las palabras y cuando eso ocurre Brad se pone rígido y despierta al académico que hay en él. En esos casos me echo más vino. Por su condición, mi padre tampoco puede ayudarnos demasiado con las obras. Me gusta estar más cerca de él por si soy yo la que tenga que ayudarle algún día.

Mi amiga Krisi abrió su propio estudio de alfarería. Durante este tiempo le ocurrieron muchas cosas. Es alguien a quien admiro y me gustaría tener la oportunidad de oír su historia en persona. Aunque ahora no hemos tenido la oportunidad, vamos a planear un encuentro este año.

Dejé mi portátil al final del día, cansada de ver los requisitos y las regulaciones con las que tengo que cumplir. Me dirigí al jardín que tenemos sobre una colina, mirando el río y el bosque. Arrimé una silla y estiré los pies, notando cómo desplazaba la tierra polvorienta. Algún día los clientes se sentarán aquí y una parte del jardín será para nosotros. Me acordé de Tessa e internamente agradecí lo que nos había pasado.

Brad estaba cerca, fijando el asiento de una silla.

—Ya está. Puedes sentarte para ver si está bien —me ofreció.

—¿Me voy a caer?

—¡Espero que no! Me ha llevado un rato arreglarla.

Nos sentamos el uno al lado del otro. La brisa de la tarde, cálida, me meció el cabello.

Siento que estoy más cerca de una parte de mí que en algún momento perdí por el camino. Me acepto más. Me cuesta mucho expresarlo con palabras, y por eso todo lo que puedo decir suena vago. Pese a todo, lo que he hecho con acciones tiene un gran significado para mi.

—¿Entonces vas a hacerlo hoy? Es la hora.

—Sí… tampoco sé si es el mejor momento. Puedo enviarle un mensaje.

—No. Es mejor si la llamas —dijo Brad con firmeza.

Miré el móvil. Está bien. Presioné el botón de llamada y ella cogió el teléfono al instante:

—¿Brenda?

—Mamá, soy yo. ¿Puedes hablar? Me gustaría contarte algo…